

EL

Cielo...

**NO ES
EL FIN
DEL
MUNDO**

David Lawrence

Una teología bíblica de los nuevos cielos y la nueva tierra

EL *Cielo...*

NO ES EL FIN DEL MUNDO

Una teología bíblica de los nuevos cielos y la nueva tierra

David Lawrence



Poema Publicaciones
Medellín, Colombia

© 2015 por Poema Publicaciones.

E-mail: info@poema.co

www.poema.co

Traducido con permiso del libro *Heaven: It's Not the End of the World*

© David Lawrence, 1995, publicado por Scripture Union.

Traducido por Cynthia Verónica Pérez de Canales.

Revisado por Naíme Bechelani de Phillips.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Versión Internacional* ©1999 por las Sociedades Bíblicas Unidas agregando mayúsculas a los pronombres que se refieren a Dios. Las citas marcadas con la sigla RVC son de la versión *Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Las marcadas con la sigla RV60, de la versión *Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Las marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1985, 1997 por The Lockman Foundation. Las marcadas con la sigla DHH, de la versión *Dios Habla Hoy, Tercera edición* ©1996 por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Esta edición en español es dedicada a David Noreña Grisales.

Y a todos los demás que anhelamos ver en la tierra nueva.

Impreso en Colombia

SDG

INTRODUCCIÓN

Como cristianos somos llamados a ser personas que “rebozen de esperanza” (Ro 15:13). *Rebozen de esperanza*. ¿Qué atractivo suena eso en medio de un mundo que parece estar descendiendo en espiral hacia más y más oscuridad? Al mirar alrededor del mundo, en cualquier momento vemos que son pocas las cosas que nos pueden dar esperanza. Miedo, confusión y desesperación, sí. Pero ¿*esperanza*? No.

Los titulares de las noticias nos hablan de las barbaridades de ISIS en Iraq y Siria, el Talibán en Afganistán, Boko Haram en Nigeria, y Al-Shabbaab en Somalia y Kenia. Estas atrocidades solo son la “punta del iceberg” del caos mundial generado por religiones militantes, el narcotráfico, el nacionalismo agresivo, las luchas económicas y otros males.

La persecución en contra de la iglesia sigue creciendo en muchas partes del mundo y la violencia hacia los cristianos parece aumentar sin fin.

En medio de un mundo adolorido y quebrantado, ¿dónde se consigue esa esperanza desbordante? Muchos cristianos intentan analizar los males de esta era como ‘señales de los tiempos’ y los meten en un esquema de calendario para adivinar el día de regreso de Jesucristo. Pero estos intentos frecuentemente generan más riñas que esperanza.

Por supuesto, los cristianos deben estar atentos a los sucesos que ocurren en el mundo. Sin embargo, en este libro quiero llevar las preguntas más allá de los temas “tradicionales” del fin del mundo y hacer una pregunta mayor (y para mi mente, más importante): cuando el Armagedón haya sucedido, cuando la tribulación haya pasado, cuando de seguro sepamos si hay o no hay un rapto (y si lo hay, ¡quién se va a dónde y cuándo!), cuando el Señor Jesús haya regresado, y cuando los pre-, post o a-milenialistas sepan lo que es lo correcto... ¿ENTONCES QUÉ?

Tengo muchos libros en mis repisas que tratan sobre “los últimos tiempos”. Página tras página se discute sobre “las señales de los tiempos”, el anticristo, el milenio, la gran tribulación y el rapto (¡o no!). El regreso de Jesucristo se expone con gran detalle y el juicio de los vivos y los muertos, por lo general, también recibe una buena cobertura. Entonces, casi como una idea de último momento, el nuevo mundo glorioso logra tener *un solo capítulo* en el mejor de los casos o, por lo general, unos cuantos párrafos finales bastante vagos.

Siempre me ha parecido extraño y algo frustrante que se ponga tanta atención en el camino de piedras que hay para cruzar el arroyo y que se muestre tan poco interés en lo que Dios ha reservado en la otra orilla. O, para usar una metáfora más bíblica, las señales de “los últimos tiempos” que Pablo describe como “dolores de parto” (Ro 8:22) ¡muchas veces parecen ser de más interés que la nueva creación que está por nacer!

Sin duda este énfasis sirve para aumentar nuestra fascinación con los medios que Dios ha escogido para traer el fin, pero nos deja poco inspirados para el futuro que nos espera. Estoy convencido de que lo que nos hace seguir adelante cuando las cosas se ponen difíciles no es ni una visión del rapto, ni una creencia en una de las diferentes perspectivas del milenio, sino más bien la esperanza de que un día Dios pondrá todo en orden. Un día la vida, el universo y todo lo demás no serán como lo que son ahora; serán radical e inconcebiblemente mejores. La tierra

misma será renovada, una humanidad justa será resucitada y la vida en nuestro planeta será como Dios originalmente la planeó: gozosa, gloriosa y saturada con un sentimiento de Su presencia en cada parte de ella.

Por lo tanto, he decidido escribir este libro poniendo el enfoque principal en la era venidera, el gran futuro que Dios ha prometido sobre la tierra renovada como la herencia para todos los que son “salvos por fe”.

Si solo pudiéramos pasar más tiempo meditando en esto y aclarando esta maravillosa perspectiva de nuestro destino eterno y menos tiempo discutiendo los medios por los cuales Dios la puede llevar a cabo, entonces quizá la iglesia pueda otra vez ofrecer una esperanza real futura para las personas que en este tiempo están luchando con el sentimiento de que la vida no tiene sentido.

En medio de tanto temor e incertidumbre, las personas no quieren un debate teológico o un calendario de desastres; quieren una esperanza de que Dios ha planeado (y verdaderamente prometido) que algo hermoso surgirá de las cenizas después del fracaso de este mundo. Las personas que no se conmueven con los detalles teológicos del milenio pueden muy bien conmoverse con un cuadro bíblico de la creación redimida. ¡Así que dejemos de discutir sobre la naturaleza, fuerza y frecuencia de los dolores del parto, y comencemos a celebrar lo que está por nacer!

— *David Lawrence*, enero de 2015

PARTE 1

BASES BÍBLICAS PARA UNA TIERRA NUEVA

“Nosotros creemos [...] que Dios creó la tierra,
confiándole al hombre su cuidado,
y que Él un día la volverá a crear,
cuando Él haga ‘los cielos nuevos
y la tierra nueva’”.

John Stott

“Muy a menudo las personas llegan al Nuevo Testamento
suponiendo que ‘ir al cielo cuando mueras’ es el propósito
implícito de todo [...] Obtienen este punto de vista de algún lado,
¡pero no del Nuevo Testamento!”.

Tom Wright

¿PARA DÓNDE VA TODO ESTO?

— Me siento un poco apenada por confesarlo, pero creo que el cielo va a ser aburrido.

— ¿En serio?

La verdad es que no esperaba una confesión tan franca de parte de una amiga cristiana.

— Sí. Quiero decir, ¿qué habrá que hacer ahí? Sé que la perspectiva de estar con Jesús y adorarlo por siempre debería ser suficiente, pero...

Enmudeció, confundida por cómo expresar sus sentimientos. Sin embargo, sus comentarios ya habían confirmado lo que yo había comenzado a sospechar: para la mayoría de los cristianos el cielo está en medio de la nada; ¡todo mundo ha escuchado sobre este lugar pero muy pocas personas tienen una idea clara de dónde está o cómo sería vivir ahí!

¡Para muchas personas el “cielo” evoca imágenes de multitudes de espíritus felices con alas, que balancean sobre sus cabezas (de manera milagrosa) diferentes tamaños de coronas mientras flotan eternamente por las calles cubiertas de oro, tocando el Coro del Aleluya en sus arpas estandarizadas que recibieron en la entrada!

Imaginar el cielo de esta manera, como el Gran Escape final de todas las dolencias y males, como un vuelo solitario del espíritu a los brazos de un Dios amoroso, es un hermoso pensamiento y, cabe decir, muy consolador para las personas cuyas vidas en el aquí y el ahora están llenas de dolor y sufrimiento. La pregunta que se debe formular, sin embargo, no es si estas imágenes del cielo son hermosas y consoladoras (ya que indudablemente lo son), ¡sino si son ciertas o no!

¿Realmente la Biblia nos lleva a esperar la eternidad como una experiencia espiritual extática mientras adoramos alrededor del trono de Dios? ¿Vamos a pasar al mundo venidero como espíritus felices disfrutando del “reino de la luz” que existe más allá de la nada? Es cierto que este punto de vista encuentra su apoyo en muchos himnos. Toma como ejemplo esta proposición de Anne Shepherd:

Alrededor del trono de Dios en el cielo

Miles de hijos están de pie.

Hijos cuyos pecados están todos perdonados,

Una banda santa y feliz.

En túnicas largas de un blanco sin mancha

Veo a cada uno ataviado,

Morando en luz eterna

Y en alegrías que nunca se desvanecen.

Pero, ¿están en lo cierto los escritores de los himnos y los que esparcen esta noción popular del cielo? Algunas

doctrinas bíblicas no parecen estar muy cómodas con estas opiniones de hijos vestidos con túnicas largas y sueltas, eternamente de pie ante la luz eterna del trono de Dios. Dos doctrinas en particular suenan como una nota discordante.

Primero, ¿qué vamos a hacer con la resurrección física? ¿Por qué necesitamos un nuevo cuerpo humano para disfrutar una dicha “celestial”? Seguramente aquí hay una inconsistencia. ¿La promesa misma de la resurrección *física* no implica una eternidad más *física* que las ideas tradicionales sobre el cielo permiten?

Segundo, si el cielo va a ser nuestro hogar, ¿qué debemos hacer con la promesa explícita que Dios hace de crear “cielos nuevos y *tierra nueva*”, donde Él mismo vivirá con la humanidad (Is 66:22; 2P 3:13; Ap 21:1-15) y de la intención implícita de renovar *todas* las cosas (todas, presuntamente, incluyendo la tierra) cuando Jesús vuelva? (Mt 19:28).

Tan pronto como comenzamos a luchar con estas promesas bíblicas de la renovación y la re-creación *terrenal*, surgen una serie de preguntas relacionadas que compiten por nuestra atención. Si la tierra será renovada, ¿cómo será la tierra nueva? ¿Tendrá alguna relación con esta tierra? ¿Quién (si es que hay alguien) vivirá en ella? ¿Tendrá plantas y animales? Y, al saber que habrá una tierra nueva, ¿de qué manera cambia nuestra comprensión del cielo como nuestro hogar eterno?

Sin lugar a dudas estas son preguntas interesantes, pero la doctrina bíblica que trata de la tierra re-creada, además de retar algunas de nuestras suposiciones sobre nuestra futura existencia celestial, también nos hará repensar algunas de nuestras actitudes hacia nuestra vida terrenal actual.

Ver el plan final que Dios tiene para nosotros como “celestial” y “espiritual” nos ha llevado a imaginar que las cosas espirituales son el interés principal de Dios. Si un cielo espiritual es el mayor bien que Dios tiene para nosotros, entonces la tierra y nuestra existencia física sobre ella deben ser, de alguna manera, una “segunda opción”. En consecuencia, muchos cristianos sostienen la opinión de que la única razón por la que Dios creó la tierra fue para darles a las personas ¡un lugar dónde vivir mientras deciden si siguen a Jesús o no! Una vez que todos hayan tenido la oportunidad de decidir sobre esa cuestión vital, Dios arrebatará a Su pueblo de la tierra a un lugar de eterna seguridad espiritual (llamado “cielo”) mientras la tierra, después de haber cumplido con su función, será desechada y quemada.

Desde esta perspectiva tradicional, la tierra no tiene ningún estatus por sí misma que no sea como una especie de “estación espacial” para la misión de salvación de Dios. Lo que le hagamos y cómo la tratemos es, en gran parte, irrelevante, ya que de todos modos ¡está destinada a la hoguera!

Sin embargo, si uno cree que *toda* la creación le pertenece a Dios y que Él la ama y que un día la renovará *toda* en Su amor, entonces toda nuestra perspectiva sobre la tierra y sus habitantes cambia. El asunto sobre la tierra y su futuro se vuelve vital, no solo para nuestra esperanza y expectativa futuras, sino también para la manera en que vivimos *el día de hoy* como el pueblo de Dios.

Mi firme creencia es que el futuro que Dios ha planeado para nosotros *no* será “celestial” (en la manera común en que entendemos el término) ¡ni será en lo absoluto aburrido! El teólogo Tom Wright opina lo siguiente: “Muchas veces la gente llega al Nuevo Testamento suponiendo que ‘ir al cielo cuando mueras’ es el punto implícito de todo

el Nuevo Testamento [...] Obtienen ese punto de vista de algún lado, ¡pero no del Nuevo Testamento!”.⁴

Por el contrario, como buscaré demostrarlo, toda la Biblia nos lleva a esperar una renovación gloriosa de la vida en la tierra, para que la era venidera sea la aventura emocionante y eterna de vivir con Dios en la tierra nueva. Cuando Su presencia impregne cada acto seremos más humanos de lo que nunca hemos sido, liberados del pecado, la muerte y todo lo que nos hace daño y nos lastima. En las bien conocidas palabras de Martin Luther King Jr., seremos “¡libres al fin, libres al fin! ¡Gracias a Dios Todopoderoso; al fin seremos libres!”.

¡La esperanza que tenemos es asombrosa! Este libro busca explorar un poco el trasfondo bíblico que respalda esta esperanza y luego desempacar algo de las emocionantes posibilidades de lo que podría ser la vida en la tierra nueva. Este puede ser un territorio nuevo para muchos lectores y, quizá sería bueno hacerles una sana advertencia antes de seguir adelante.

En los dos primeros capítulos del libro escudriñaré el Antiguo y el Nuevo Testamentos para ver si la perspectiva “tradicional” del cielo realmente se encuentra ahí. ¿Los israelitas del Antiguo Testamento esperaban el cielo de la misma manera en que nosotros lo esperamos? ¿Juan, Pedro, Pablo y (más importante aún) Jesús, esperaron “ir al cielo” como el clímax de la vida en la tierra? Conforme vayamos estudiando algunos textos comunes (y algunos menos comunes), comenzará a aflorar una esperanza futura mucho más “terrenal” de la que nunca hayamos entendido. Inevitablemente, quizá, al principio se producirán más preguntas que respuestas, pero por favor sigue leyendo. Conforme el libro se vaya desarrollando estoy seguro de que te darás cuenta que las preguntas planteadas en los primeros capítulos se responden en los posteriores; y espero que poco a poco encuentres que las piezas encajan para darte una comprensión clara de la tierra nueva que Dios ya ha preparado en Su corazón para los que lo aman.

LA PERSPECTIVA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

EN EL PRINCIPIO...

Comencemos nuestra búsqueda desde el principio, en Génesis capítulo 1.

“Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra” (Gn 1:1). La frase “los cielos y la tierra” que se usa aquí en Génesis es solo una manera de decir “todo”. Cada parte del cosmos existe solo porque Dios quiso que estuviera ahí. De hecho, todo el punto de Génesis 1 es probar que Dios es el creador, propietario y sustentador de todo. En un mundo de aparente caos y desorden, el hebreo altamente estructurado que se usa en Génesis 1 (una estructura que se pierde en la mayoría de las traducciones al español) nos asegura que hay un plan y un propósito para el universo, el mundo y nuestra misma existencia como seres humanos en él.

Después de haber empezado con esta grandiosa imagen de Dios como el dueño del cosmos, Génesis 1 trata en detalle solo una pequeña parte del “todo”, es decir, el gran cuidado que Dios tuvo para crear un planeta hermoso y fructífero llamado “tierra”. Ya sea que creas que Dios hizo esto en seis días de veinticuatro horas o que estés a favor de una interpretación menos literal de un “día” es, a mi parecer, menos importante que captar el increíble amor y atención que Dios dio en abundancia al crear la tierra. La complacencia de Dios en Su obra se enfatiza por las frecuentes descripciones de Sus inspecciones “diarias” y Sus dictámenes de que era bueno. La vegetación y el fruto hicieron feliz a Dios (Gn 1:12). Vio los peces, los pájaros, los animales y a todas las criaturas vivientes y encontró deleite en lo que vio (Gn 1:21, 25).

Seguramente estamos forzados a concluir que, incluso si Dios no hubiera puesto a la humanidad en el planeta, este lo hubiera complacido y deleitado cada vez que lo viera. Tiene las “huellas digitales” de Sus habilidades creativas y está lleno de vida, color y potencial sin límite. Pero, ¿cómo desarrollar ese potencial? ¿Quién haría la jardinería en este rico Paraíso que por la palabra había sido llamado a existir? ¿Quién descubriría y desarrollaría los vastos depósitos de minerales y piedras preciosas para mejorar y embellecer aún más el planeta y las vidas de las criaturas que vivían en él? ¿Quién cuidaría de los animales y quién disfrutaría la fertilidad de la tierra? Dios se la pudo haber quedado para Él pero, ¡el acaparamiento no está en el carácter de Dios!

Y dijo [Dios]: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo. Y Dios creó al ser humano... (Gn 1:26-27).

Es claro que aquí, al comienzo, los seres humanos y el orden creado iban de la mano y, por lo tanto, solo podíamos cumplir nuestro potencial y alcanzar nuestro destino si funcionábamos como parte del resto de la creación. Dios no nos puso aquí como en un tipo de prueba de resistencia para ver si podíamos hacerle frente a las arañas, a las tormentas eléctricas y a nuestro prójimo, y así los que pasaran la prueba fueran teletransportados “¡al cielo!”. Desde Génesis 1 parece que la tierra iba a ser nuestro hogar por los siglos de los siglos, y Dios nos colocó en ella porque aquí es adonde pertenecemos, en el corazón de Su amada creación, cuidándola y desarrollando su potencial.

LA REBELIÓN DE LOS TRABAJADORES

Esta maravillosa imagen de Dios y el hombre trabajando en sociedad y la humanidad actuando como los cuidadores de la creación, dispuestos y obedientes, pronto se hizo añicos. La historia de la Caída (Gn 3:1-24) es una tragedia de magnitud cósmica. La raza humana decidió que sabía más que Dios y, en vez de permanecer en una sociedad sumisa con Él, cedió a la tentación de tomar la responsabilidad de la vida en sus propias manos. Desobedeció una de las muy pocas órdenes que se le había dado y, en un solo acto de desobediencia, fracturó la relación vital entre Dios y Su creación. La raza humana, que debía ser la cadena de abastecimiento del cuidado amoroso de Dios para el resto de los habitantes de la tierra, decidió hacer las cosas a su manera. La vida en la tierra nunca se recuperó por completo de esa decisión.

Las repercusiones fueron enormes. Las relaciones humanas, tan esenciales si los hombres y las mujeres iban a cooperar en su rol de administrar la creación, se llenaron de desconfianza, celos y odio. La estructura misma de la tierra iba a reflejar de algún modo la rebelión del hombre, así que la tierra que antes había sido fértil se volvió árida. El hecho de trabajar la tierra, que alguna vez había sido un placer, se volvió ahora una tarea agotadora y ardua. Los seres humanos, que debían haber vivido para siempre en la tierra, debían ahora morir y regresar al polvo del que habían sido formados. Y, lo más terrible de todo, la intimidad de la humanidad con Dios se perdió. La fuerza de trabajo de la creación estaba ahora desenfrenada, haciendo sus propias reglas y tratando de ordenar la vida sin relación con el Jefe.

LA CREACIÓN CONDENADA

No es de extrañar que las cosas fueran de mal en peor y no pasó mucho tiempo antes de que Dios ya hubiera visto suficiente. El dolor de que Su hermosa tierra fuera explotada y Su amada raza humana se hiciera pedazos era demasiado intenso y lamentó los días de la creación. Dos de los más terribles versículos de la Biblia nos dejan ver el dolor que Dios sintió:

Al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón. Entonces dijo: Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado! (Gn 6:5-7).

La profundidad del dolor y el pesar que se revelan en el corazón de Dios una vez más enfatizan cuánto amaba a la tierra que había creado y qué tan lejos había caído de ser lo que Él quería que fuera. El capítulo continúa:

[Dios] dijo[...]: He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra (Gn 6:13).

Esto es terrible, pero a la vez, desde nuestra perspectiva, es de cierto interés porque Dios no destruyó

literalmente la tierra. Antes bien, en un acto de juicio divino, Él *limpió* la tierra enviando un diluvio que destruyó, no el tejido mismo de la creación, sino el mal que había conspirado para destruirla. Es bastante claro que Dios también quería ver a Su tierra llena de la raza humana (que tanto amaba) porque, habiendo juzgado y destruido la maldad humana, tomó el riesgo de permitir que una sola familia comenzara la vida otra vez *en la tierra*.

Solo un buen hombre (Noé), cuya bondad protegió a su familia y les aseguró sus “pases de abordar” al arca, fue escogido para formar el núcleo de la nueva generación de administradores terrenales que obedecerían a Dios.

Otra vez vemos a la humanidad re-comisionada para “ser fructífera y multiplicarse y llenar la tierra”. El género humano había sido libertado por medio del diluvio para cumplir su destino en la tierra. Dios les hizo promesas a Noé y a su familia (y, de manera interesante, al reino animal) de que nunca más caería un juicio como ése (Gn 9:8-17).

No obstante, sería incorrecto ver a esta tierra limpiada como *completamente* renovada. Una cultura malvada había desaparecido en el mar de la justa ira de Dios, pero el mal en sí mismo no había sido destruido. Incluso, mientras Dios repite las promesas y los mandatos dados en Génesis 1, vemos que los efectos de la Caída todavía se tienen que tomar en cuenta; la gente malvada había sido justamente destruida, pero la creación misma aún estaba bajo la influencia de la presencia del mal.

Así que en vez de que la humanidad gobernara por amor (como antes), ahora debía gobernar a los animales por “temor y pavor” (Gn 9:2); en lugar de poder comer solo plantas (Gn 1:29), Dios hace concesiones a la presencia continua de la muerte en el reino animal permitiéndoles a los seres humanos comer la carne de animales muertos. La vida en la tierra es limpiada y renovada pero todavía no “salvada” de las consecuencias de la presencia del mal.

EL NUEVO JARDÍN DE DIOS

Tristemente, pero inevitablemente, no pasó mucho tiempo antes de que el mal comenzara de nuevo a arruinar y a destruir la habilidad de la humanidad de cuidar la tierra. Después de haber prometido que no destruiría la tierra y a sus habitantes con un diluvio, ¿qué haría Dios? Ahora iba a instituir la siguiente fase de Su plan. Si la humanidad en general era incapaz de establecer Su reino de justicia en la tierra, entonces Él crearía a un grupo de personas en particular con quienes viviría en una relación íntima. Estas personas serían su nación especial y distintiva. Ellas comenzarían a demostrarle a las naciones espectadoras cómo quería Dios que la vida “funcionara” en la tierra.

Dios necesitaba un punto de partida y escogió a un hombre para comenzar este gran proyecto de establecer una nación santa en la tierra. ¿Su nombre? Abram. ¿Su misión? Ir a una tierra nueva en la que, le dijo Dios, “Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición [...] ¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!” (Gn 12:2-3). Una vez más vemos que el programa de Dios para la humanidad era bendición —y bendición *en la tierra*.

Abram respondió fielmente al reto de Dios y viajó a la tierra de Canaán. Mientras miraba esas polvorientas colinas y se preguntaba si realmente este podría ser el lugar que Dios había escogido (recuerda que los cananeos todavía estaban viviendo ahí), Dios “se le apareció a Abram y le dijo: ‘A tu descendencia daré esta tierra’”.

Fíjate que el pueblo de Dios necesitaba una tierra donde pudiera alcanzar su destino como nación santa. Como en

los días de Noé, Dios pudo haber “des-materializado” a la humanidad santa a una Tierra del Nunca Jamás llamada “cielo” pero, una vez más, Su pasión por Su creación en su totalidad (no solo por Su humanidad) lo llevó a seguir buscando una política para armonizar la vida en la tierra en todas sus diferentes apariencias: animal, vegetal y humana.

Para acortar una larga y bien conocida historia, con el tiempo la promesa que Dios le hizo a Abram se cumplió. Una nueva nación, guiada por Dios a través de Moisés, llegó a la frontera de la tierra prometida. Bajo Josué, esta nación entró a Canaán y Dios obró y peleó por ellos para redimir la tierra de las tribus que la ocupaban. Cuando la conquista de Canaán estuvo casi terminada, el pueblo se estableció en tribus y en grupos de familias. Se construyeron ciudades y la nación comenzó a intentar ordenar la vida de la manera que Dios quería.

Para guiarlos Dios les dio muchas leyes. Es interesante observar que estas leyes abarcan todos los aspectos de la vida: lo práctico (por ejemplo, Deuteronomio 22:8 dice: “Cuando edifiques una casa nueva, construye una baranda alrededor de la azotea, no sea que alguien se caiga de allí”), lo social (por ejemplo, Deuteronomio 22:1 dice: “Si ves que un buey o una oveja de tu hermano se ha extraviado, no te hagas el desentendido, sino llévalo en seguida a su dueño”) y lo “religioso” (por ejemplo, Deuteronomio 17:1 dice: “No sacrificarás al Señor tu Dios ninguna oveja ni buey que tenga algún defecto o imperfección, pues eso es abominable para el Señor tu Dios”).

Estas leyes estipulaban un código invaluable, asegurando que esta nueva nación, tan crucial para los propósitos de Dios, verdaderamente reflejara Su carácter amoroso y justo a las naciones circunvecinas. Cuando las naciones vieran a Israel, el carácter de Dios se debía materializar delante de ellas, no solo por sus actos de adoración, sino por la manera en que se trataban entre ellos e incluso ¡por la manera en que construían sus casas y respetaban la propiedad de los demás!

Sin embargo, había otra área que las leyes dadas a Israel cubrían: Dios instruyó al pueblo sobre cómo debía servirlo dentro de los límites de Canaán al ser *administradores de su preciada creación*, dándoles leyes que reflejaban Su interés por el reino animal y por el bienestar del suelo mismo. Por ejemplo, se les dijo: “Si en el camino encuentras el nido de un ave en un árbol o en el suelo, y a la madre echada sobre los polluelos o sobre los huevos, no te quedes con la madre y con la cría [...] deja ir a la madre. Así te irá bien y gozarás de larga vida” (Dt 22:6-7). Cada pájaro era importante para Dios y le importaba cómo los trataban.

La tierra debía usarse con cuidado y respeto y no debía ser cultivada ni explotada de más: “Durante seis años sembrarás tus campos, podarás tus viñas y cosecharás sus productos; pero llegado el séptimo año la tierra gozará de un año de reposo” (Lv 25:3-4). Aquí otra vez vemos la intención que Dios tuvo de enseñarles a los seres humanos cómo encontrar plenitud viviendo en armonía y solidaridad con la creación.

¿QUÉ ES LO QUE LE HACE UNA NACIÓN?

No se puede sobrestimar lo importante que era que Israel ejerciera custodia de la tierra de Dios. Christopher Wright comenta: “Un componente fundamental de [las promesas de Dios a Abram] es que Dios le daría a Abram y a sus descendientes *una tierra*. Esa tierra se convierte en una de las características más sobresalientes de toda la secuela de la historia del Antiguo Testamento [...] El tema principal de la gran historia del Pentateuco, de los libros de

Josué y Jueces y hasta el establecimiento de los límites territoriales del reino de David es la promesa y posesión de la tierra”.² Este tema continúa más allá de los tiempos del Antiguo Testamento hasta el judaísmo de nuestros días.

La importancia de la tierra para la nación de Israel se demuestra aún más cuando recibe el juicio en la forma del exilio de la tierra. Sentado a las orillas de los ríos de Babilonia, el pueblo todavía debió haber sido capaz de verse como una nación. Ellos todavía eran capaces de relacionarse los unos con los otros como Dios quería y todavía eran capaces de cantar los cánticos de alabanza a Dios. Con todo, esto no significaba nada para ellos porque decían: “¿Cómo cantar las canciones del Señor *en una tierra extraña?*” (Sal 134:7). Ser el pueblo de Dios solo era posible, en su sentido más pleno, cuando estaban enraizados en la tierra que Dios les había prometido, con acceso al templo como el centro de su adoración. Solo en Canaán podían expresar de manera plena su nacionalidad. Algún tipo de relación espiritual con Dios en una tierra extraña no era su destino y no podía ser causa de celebración. Para ser el pueblo de Dios necesitaban la tierra firme de Canaán y el acceso a la ciudad santa, Jerusalén, donde Dios moraba en el templo. Tratar de vivir para Dios en Babilonia no era el propósito de su existencia. Habían sido llamados a existir con el fin de establecer una nación justa que honrara a Dios en Canaán y nada menos que eso bastaría.

DE REGRESO A LA TIERRA

Como prisioneros en un país extranjero, ¿quién le podía dar esperanza al pueblo exiliado de Dios? ¿Los había desechado Dios, o cabría la posibilidad de que Sus promesas a Abram pudieran ser restauradas, incluso en este punto tan bajo de su historia?

Aquí llegan los profetas, hombres inspirados y comisionados por Dios para revelarles a Israel lo que estaba en el corazón de Dios para ellos. Algunos hablaron antes del exilio, algunos durante el exilio y algunos después de que los sobrevivientes habían regresado a Canaán. Dios había levantado a cada profeta para llevar Su Palabra a Su pueblo en un momento particular de su historia. Diferentes profetas, por lo tanto, trataron asuntos distintos dentro de la vida de Israel y de Judá. Sin embargo, hay un tema que se repite en muchos de los mensajes de los profetas: el de una restauración *a* la tierra y el de una restauración *de* la tierra.

El profeta Ezequiel, que profetizó durante los años del exilio de Israel, profetiza sobre un día cuando Dios diría: “Ahora voy a cambiar la suerte de Jacob. Tendré compasión de todo el pueblo de Israel, y celaré el prestigio de mi santo nombre [...] Entonces sabrán que yo soy el Señor su Dios, quien los envió al exilio entre las naciones, pero que después volví a reunirlos en su propia tierra, sin dejar a nadie atrás” (Ez 39:25, 28).

Joel, considerado por muchos como uno de los primeros libros proféticos del Antiguo Testamento, le advirtió a Israel del desastre inminente que vendría a menos que se arrepintieran; pero él también vio más allá del juicio, a un tiempo en el que Israel sería restaurado en armonía con la tierra prometida. La descripción del pueblo de Dios, viviendo en armonía con el resto de Su creación y disfrutando su fertilidad, es hermosa y vale la pena repetirla aquí en su totalidad.

Entonces el Señor mostró amor por Su tierra [*¡fíjate!*] y perdonó a Su pueblo.

Y les respondió el Señor: Miren, les enviaré cereales, vino nuevo y aceite, hasta dejarlos plenamente satisfechos;

y no volveré a entregarlos al oprobio entre las naciones [...]

No temas, tierra, [*jfijate!*] sino alégrate y regocíjate, porque el Señor hará grandes cosas.

No teman, animales del campo, porque los pastizales de la estepa reverdecerán; los árboles producirán su fruto, y la higuera y la vid darán su riqueza.

Alégrense, hijos de Sión, regocíjense en el Señor su Dios, que a Su tiempo les dará las lluvias de otoño. Les enviará la lluvia, la de otoño y la de primavera, como en tiempos pasados. Las eras se llenarán de grano; los lagares rebosarán de vino nuevo y de aceite.

Yo les compensaré a ustedes por los años en que todo lo devoró ese gran ejército de langostas que envié contra ustedes: las grandes, las pequeñas, las larvas y las orugas.

Ustedes comerán en abundancia, hasta saciarse, y alabarán el nombre del Señor su Dios, que hará maravillas por ustedes [...]

Entonces sabrán que yo estoy en medio de Israel, que yo soy el Señor su Dios, y no hay otro fuera de Mí (Jl 2:18-27).

Por medio de las palabras de Joel, Dios prometió la futura reunión de la tierra (suelo), los animales y las personas en una relación armoniosa y fructífera. De hecho, casi todos los profetas del Antiguo Testamento, incluso los que profetizaban con detalles gráficos los juicios que alcanzarían al pueblo infiel de Israel, también comunicaban una esperanza visionaria en la futura restauración —expresada en términos terrenales similares. De la descripción que Isaías da del lobo viviendo con el cordero y el leopardo recostado junto al niño (Is 11:6-9), las ciudades en ruinas y reconstruidas de Amós (Am 9:11-12) y las espadas convertidas en arados de Miqueas (Mi 4:3-5 RV60), a la fructífera “tierra deseable” de Malaquías (Mal 3:11-12), la esperanza futura de Israel era innegablemente terrestre. Su futuro estaba incuestionablemente ligado al futuro de la creación de Dios y ¡cualquier noción de un cielo “espiritual” que reemplazaría el esplendor de la creación solo se notaría por su ausencia!

Por lo tanto, si le hubieses preguntado a un israelita del Antiguo Testamento qué le deparaba el futuro, se habría expresado meramente en términos físicos. Por supuesto el individuo hubiera creído que después de la muerte su alma entraría al “mundo de los muertos” (como se verá en el capítulo 4), pero ese no hubiera sido el fundamento central de su esperanza futura. Su esperanza para el futuro (aunque pudiera no estar vivo para verla por él mismo) era que Dios restauraría a la nación de Israel a su tierra, que la tierra misma se volvería inusualmente fructífera, que bajo el gobierno del Rey ungido por Dios la vida en la tierra se volvería justa y pacífica y que hasta los animales en la tierra vivirían en armonía el uno con el otro. Desde el principio hasta el fin, entonces, estamos comenzando a ver que el Antiguo Testamento considera el destino de la humanidad inseparablemente vinculado a la vida *en la tierra*.

PERO ¿QUÉ PASA CON EL CIELO?

Fue en este sistema de creencias y en esta esperanza de los últimos tiempos de la nación santa, restaurada a su tierra, donde nació Jesús. Sin embargo, es muy diferente a la esperanza del cielo de los últimos tiempos que la mayoría tiene hoy. ¿De dónde vino nuestra esperanza? ¿Será que Jesús contradijo el Antiguo Testamento en cuanto a la

esperanza de la restauración de la creación? ¿Será que Jesús interpretó que el lenguaje descriptivo de los profetas era meramente simbólico de alguna época por venir que todavía no conocíamos? ¿Está el Antiguo Testamento solamente dando una descripción vaga de la realidad del cielo, y, si así es, difumina el Nuevo Testamento algo de esta neblina e intenta redefinirnos el cielo en términos espirituales y etéreos? Estas preguntas nos llevan al siguiente capítulo.

LA RENOVACIÓN DE TODAS LAS COSAS

LA ENSEÑANZA DE JESÚS

Jesús es el centro de atención de toda la Escritura, así que comencemos nuestra búsqueda en el Nuevo Testamento con un análisis de Su enseñanza sobre los últimos tiempos.

NUEVOS ACONTECIMIENTOS

Es obvio que el mundo de los días de Jesús había avanzado en los 400 años desde la conclusión del Antiguo Testamento. Las ideas del filósofo griego Platón (428–347 a.C.), de que el mundo espiritual más elevado era de hecho el mundo “real” y de que “una vez liberado de su prisión en el cuerpo, el espíritu [...] se haría más fuerte y más poderoso” levantándose para disfrutar “su última morada en el reino trascendente y celestial de las ideas”,¹ habían tenido un impacto en las expectativas de las personas en lo que se refiere al mundo venidero. Ahora la expectativa era más “espiritual” y menos “física”.

Influenciado por las ideas de Platón, el influyente pensador judío Filón de Alejandría (20 a.C.–45 d.C.) enseñó que “ya que el alma pertenece al mundo espiritual, la vida en el cuerpo no es nada sino un breve –frecuentemente desafortunado– episodio” y que después de la muerte el alma asume una “existencia suprema, inmortal e incorpórea”. En esta época, cuando el pensamiento griego se arraigaba, muchos en Israel perdieron la percepción de una identidad terrenal restaurada y aceptaron una percepción basada en la enseñanza de Platón, que era individualizada y espiritual.

A pesar de que *algunos* judíos de los días de Jesús en verdad parecían haber sido atrapados por esta percepción platónica de una vida espiritual después de la muerte, otros habían llegado a una conclusión diferente. Por ejemplo, de acuerdo con el historiador judío Josefo (37–100 d.C.), los saduceos sostenían que “el alma muere con el cuerpo”. Esta opinión, por supuesto, avivaba sus debates con Jesús sobre la posibilidad de la resurrección.

Así que Jesús nació en un mundo inundado con diversos puntos de vista sobre la vida después de la muerte y la era venidera. ¿Era un mundo meramente espiritual como lo sostenían los que estaban influenciados por Platón, o en realidad no había vida después de la muerte como enseñaban los saduceos?

JESÚS ERA JUDÍO

A decir verdad, muchos judíos no dudaban de la esperanza de la que hablaba el Antiguo Testamento de que Dios restauraría una comunidad judía, segura dentro de sus propias fronteras y libre del dominio político de los supremos gobernantes romanos, y es muy probable que Jesús hubiera crecido con la creencia judía (que acabamos de analizar) de que la era venidera sería una existencia firmemente arraigada en la tierra. Jerusalén sería restaurada como el centro de adoración, la tierra sería restaurada a la nación judía y toda la vida sería tocada por una sorprendente fertilidad y belleza. Se haría justicia social; se tendría cuidado de los pobres y se proveería para otras personas que no tenían esperanza (viudas, huérfanos, extranjeros) y se les trataría con respeto.

¡La idea de que la tierra está destinada a la destrucción con el fin de ser reemplazada por el “cielo” no hubiera estado en el programa escolar de Jesús! “Dentro de los escritos judíos tradicionales [...] virtualmente no existe evidencia de que los judíos estuvieran esperando el fin del universo en cuanto al espacio y el tiempo. Creían que el

orden mundial presente llegaría a su final: acabaría el mundo en el que los paganos tuvieran el poder y en el que los judíos (el pueblo del pacto del Dios Creador) no lo tuvieran. Los judíos simplemente no creían que el orden espacio-tiempo iba a desaparecer en breve” (Tom Wright).²

Es casi seguro que Jesús creció dentro de este marco de creencias sobre “la era venidera”, pero ¿lo rechazó? ¿Fue Él quien reemplazó esta perspectiva de la “tierra restaurada” con un “cielo espiritual”? Veamos un poco de Su enseñanza sobre el futuro.

JESÚS PROMETIÓ REGRESAR A LA TIERRA

En varios pasajes Jesús enseña, ya sea explícita o implícitamente, que el fin de este mundo presente llegaría con Su regreso *a la tierra* (Mt 24:30; 25:31).

Lucas registra las palabras de Jesús sobre el clímax de los últimos tiempos: “Se desmayarán de terror los hombres, temerosos por lo que va a sucederle al mundo, porque los cuerpos celestes serán sacudidos. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y gran gloria” (Lc 21:26-27).

Luego, después de Su muerte y resurrección, los apóstoles, perturbados por la partida de Jesús al cielo (en palabras de C. S. Lewis, a través de un “doble en el espacio”), fueron consolados con la promesa de que Él “vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” (Hch 1:11). ¿Venir a dónde? “De regreso a la tierra” es la única respuesta posible.

Jesús también reveló esta maravillosa expectativa en varias parábolas que normalmente se entiende que tienen un significado sobre los últimos tiempos; por ejemplo, el amo que regresa a casa a juzgar la fidelidad de sus siervos (Mt 25:14-19), o el novio que llega a la fiesta de bodas para ser bienvenido por las jóvenes solteras que han estado ahí esperándolo (Mt 25:1-13). Observa que Jesús se describe como regresando a donde sus siervos lo están esperando y como llegando a la boda; ¡los siervos y los invitados a la boda no son arrebatados para estar con Él!

El fin de este mundo, entonces, de acuerdo con Jesús, estaría marcado por *Su* regreso a la tierra, no *nuestro* traslado al cielo. Quizá el único pasaje que a primera vista parece contradecir esta afirmación es el que se registra en Juan 14, donde Jesús les dice a Sus discípulos que está a punto de ir a la “casa de Su Padre” a preparar lugar para ellos y que un día Él regresará para llevárselos con Él para que, donde Él esté, ellos también estén. ¿No quiere decir esto que los discípulos irían a Jesús (y al Padre), y no viceversa?

Como es su costumbre, los comentaristas discrepan sobre el significado de la promesa que Jesús les hizo a Sus discípulos, pero una de las maneras posibles de resumir su significado puede ser por medio de la siguiente paráfrasis:

“En la presencia de mi Padre (es decir, Su casa) hay lugar para todos. En el momento en que vaya al Padre, por medio de la cruz, prepararé los medios para que ustedes entren a Su presencia dondequiera que ustedes se encuentren. Después de haberles abierto el camino para disfrutar la misma intimidad con el Padre que me han visto a Mí disfrutar, regresaré a ustedes en la forma del Espíritu, para que incluso, mientras ustedes vivan en la tierra, compartan conmigo los lugares celestiales”.

Esto concuerda bien con la declaración posterior que Jesús hizo en el mismo capítulo: “Los que me aman guardarán Mi Palabra y Mi Padre los amará y vendremos a ellos y haremos nuestra morada en ellos”. Jesús no está tratando de enseñarle a Sus discípulos sobre Su segunda venida, sino más bien está tratando de consolarlos explicándoles que Su partida inminente es por su bien, ya que abrirá el camino para que ellos tengan una mayor intimidad con Dios (Padre, Hijo y Espíritu) de la que ellos han disfrutado con Él durante Su relación terrenal con ellos.

Si este pasaje no se trata de la segunda venida, no puede contradecir los pasajes que ya estudiamos en los que Jesús prevé que Su regreso a la tierra al fin de esta época será el detonante para la renovación de un reino terrenal.

JESÚS PROMETIÓ LA RENOVACIÓN DE TODAS LAS COSAS

Mateo escribió que el regreso de Jesús efectuaría “la renovación de todas las cosas” (Mt 19:28). Contrario a la expectativa popular, entonces, Jesús estaría regresando a la tierra para renovar la creación, no para destruirla. Solo cuando Jesús regrese, todo lo que existe en la creación de Dios será liberado de la corrupción que le impuso la rebelión de Adán y la subsecuente pecaminosidad del hombre.

Cuando Jesús regrese, las palabras que Dios dijo en Apocalipsis retumbarán por la tierra: “¡Yo hago nuevas todas las cosas!” (Ap 21:5). ¡Qué día! Por primera vez en la historia veremos la tierra como Dios quería que fuera, con toda su belleza imponente, cuando los efectos del pecado que la han pervertido sean desechos y la creación se revele con una nueva gloria.

Es raro que, pese a que Jesús prometió regresar a la tierra para renovarla, a muchos de nosotros, Sus seguidores, se nos haya enseñado que tendremos que escapar al cielo porque ¡la tierra será destruida!

JESÚS PROMETIÓ RECOMPENSAR A LOS FIELES

En Su regreso a la tierra, y como parte de la renovación consiguiente, los hombres y las mujeres que en este mundo hayan vivido de una manera sacrificial para Dios serán premiados por el costo de haberle seguido. Los que dejaron familia o posesiones por amor de Jesús serán completamente reembolsados (Mr 10:29-30). Será como si cada sacrificio hubiera sido una inversión en el banco del cielo. ¡En el regreso de Jesús las bóvedas se abrirán y cada persona será reembolsada con intereses! Seguramente esto es lo que Jesús quiso decir cuando les enseñó a Sus discípulos que no debían acumular tesoros en la tierra, sino en el cielo (Mt 6:19-20). El banco del cielo les pagará a sus clientes en la tierra cuando llegue la era venidera. La idea de que tienes que ir al cielo para disfrutar tu recompensa es como imaginar ¡que tienes que gastar todos tus ahorros en el banco donde tienes tu cuenta! (Ver los capítulos 3 y 7 de este libro para saber más sobre el tema de las recompensas).

Con frecuencia Jesús describía a la humanidad como dividida en dos grupos: “el trigo y la cizaña” (Mt 13:24-30), “los peces buenos y los peces malos” (Mt 13:47-50), “el trigo y la paja” (Mt 3:12) o “los corderos y los cabritos” (Mt 25:31-46). El trigo, los peces buenos y los corderos son símbolos de los que serán recompensados por su fe en Dios (fe demostrada en su manera de vivir), y la cizaña, los peces malos y los cabritos simbolizan a los que serán

condenados por su falta de fe.

Uno de los pasajes más amplios de los que tratan con este aspecto del juicio final es la parábola de los corderos y los cabritos en Mateo 25:31-46. Jesús, después de haber regresado a la tierra (v. 31), divide a la humanidad en “corderos” (los fieles) y “cabritos” (los infieles). Los corderos, como recompensa por su fidelidad de haber vivido sirviendo a sus hermanos en la fe por su amor a Dios, son invitados a “venir” a Jesús y heredar la plenitud del reino de Dios. A los cabritos, sin embargo, como castigo por su infidelidad (evidenciada por su vida centrada en el yo) se les dice: “Apártense [...] al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (v. 41) e “irán al castigo eterno” (v. 46).

Por supuesto, no es sabio tratar de sacar demasiados detalles doctrinales de una parábola y confieso que patino sobre un delgado hielo teológico en los siguientes dos párrafos, pero es interesante reflexionar sobre lo que está pasando aquí. Los corderos fieles se reúnen con el Pastor (de pie en la tierra) en tanto que los cabritos infieles son enviados a un lugar de castigo. Seguramente esto es un revés a la opinión generalizada sobre el juicio en el que los fieles son los que se tienen que *ir* (al cielo) mientras los malvados son dejados atrás para quemarse junto con la tierra.

Cuando Lucas traza un paralelo entre los días de Noé y el regreso de Jesús, afirma que serán los malvados, y no los justos, los que deberán abandonar la tierra (Lc 17:24-37). Así como el diluvio destruyó a los malvados de la faz de la tierra, así Jesús regresará y hará lo mismo. Lucas advierte que ese juicio vendrá a una hora que nadie se lo espera y que, mientras las personas van a sus asuntos comunes y corrientes, “uno será tomado y otro será dejado”. Este pasaje con frecuencia se ha usado para aterrorizar a las personas diciéndoles que serán dejadas en la tierra mientras los justos son arrebatados al cielo. Pero, en los días de Noé, fue Noé y su familia los que fueron dejados para vivir en la tierra y ¡los malvados fueron arrastrados con todo por la marea creciente de la ira de Dios! ¡De alguna manera los papeles se han invertido!

Quizá deberíamos orar para no ser de los que son obligados a dejar la tierra (como lo fueron los cabritos) para ir al castigo infernal, sino para ser de los que son dejados atrás para disfrutar con Jesús las recompensas de los fieles en la tierra renovada.

JESÚS REVELA UN GRAN PANORAMA

Entonces, ¿siguió Jesús sosteniendo la enseñanza judía de que el propósito futuro de Dios era restaurar a Israel a su tierra? Bueno, ¡sí y no! Definitivamente la enseñanza de Jesús sobre los últimos tiempos se puede entender como física y terrenal más que como espiritual y celestial. Solo si lees Sus palabras con tus expectativas preconcebidas de lo que Él diría, ¡entonces Él dice lo que tú crees que dice! Sin embargo, en un sentido importante, Jesús *desarrolla* la creencia judía de una patria renovada.

En Mateo 5:5 Jesús cita el Salmo 37:11. El Salmo dice que “los desposeídos heredarán la tierra y disfrutarán de gran bienestar”. Heredar la tierra, como hemos visto, era realmente lo que los judíos estaban esperando, pero Jesús extiende el lienzo de manera considerable: “Dichosos los humildes, porque recibirán la tierra como herencia”. Ahora bien, cabe decir que Jesús pudo simplemente estar citando una vez más la promesa del Antiguo Testamento

con un lenguaje diferente, pero parecería más bien que Él deliberadamente estaba ampliando la promesa para abarcar toda la tierra como la herencia para los santos. Desde luego, esta es la opinión de varios teólogos, entre ellos G. C. Berkouwer, quien escribe: “En la promesa de Jesús, este pasaje adquiere una importancia escatológica: la tierra que los humildes recibirán ya no es Canaán, sino la tierra nueva...”.³ Mientras que los fieles humildes de Israel esperaban una tierra prometida restaurada, los creyentes humildes en Jesús anticipaban una tierra restaurada.

El destino de los humildes, como el destino del primer hombre y la primera mujer, es heredar la maravillosa tierra que Dios ha creado. Con el regreso de Jesús, las profecías del Antiguo Testamento sobre la bendición futura de la tierra se harán realidad no solo para los judíos de Israel, sino para todo el pueblo fiel de Dios, de todos los tiempos, en todo el mundo. Como lo dijo Habacuc: “Porque así como las aguas cubren los mares, así también se llenará la tierra del conocimiento de la gloria del Señor” (Hab 2:14).

¡Qué maravillosa esperanza! Sin embargo, es triste decir que “este aspecto cósmico de la redención se ha estado perdiendo cada vez más en el cristianismo occidental desde la Época de la Ilustración, y hasta el día de hoy no hemos sido capaces de restaurarlo a su fuerza y claridad” (A. Koberle).⁴ Sin embargo, Jesús *sí fue* claro sobre este “aspecto de la redención”, así que consideremos el resto del Nuevo Testamento para ver si lo que encontramos ahí nos da alguna razón para abandonar la esperanza futura de una creación renovada.

LA PERCEPCIÓN DE PABLO

VIVIENDO EN UN TIEMPO DE TRASLAPO

Uno de los grandes temas en los escritos de Pablo es la tensión entre las “nuevas” bendiciones (es decir, lo que Jesús aseguró para los creyentes en el mundo actual) y las bendiciones del “todavía no” (las que solo se disfrutarán en la era venidera). A pesar de que Pablo claramente enseña que los beneficios de la muerte de Jesús, su resurrección y su ascensión se deben experimentar ahora, él también habla de una herencia para el futuro cuyas bendiciones presentes son solo un anticipo. Al comentar sobre este mundo presente del *ya pero todavía no*, él dice: “Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido” (1Co 13:12). Para Pablo la salvación está en tiempo pasado: “He sido salvado” (Ef 2:8), en tiempo presente: “Estoy siendo salvado” (1Co 1:18) y en tiempo futuro: “Seré salvado” (Ro 13:11). Existe un sentimiento muy real de que en este mundo presente tenemos suficientes bendiciones de Dios para satisfacer nuestra hambre de la realidad espiritual, pero no las suficientes para llenarnos. Tenemos los primeros frutos de la bendición como aperitivo, pero el banquete a gran escala no ha comenzado todavía.

AL FIN LIBRE

De manera fascinante, Pablo aplica su enseñanza no solo a la experiencia humana, sino también a todo el orden creado. El mundo mismo existe en una época de frustración por ser incompleto. Después de haber sido dañada por siglos de abuso y descuido pecaminosos, también anhela su salvación y restauración.

La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma haya de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto (Ro 8:19-22).

Observa que la creación está esperando la libertad y la gloria, no la destrucción; para Pablo, la tierra misma tiene una esperanza futura.

Pablo además revela que esta gloriosa salvación de la creación se hace posible por la obra de Jesús en la cruz. En la cruz, Jesús, por quien “fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra”, llevó sobre Él mismo el quebrantamiento de Su propia creación. Levantado a la vida por la resurrección, Él ahora tiene “el primer lugar en todo” y es Su misma presencia en el cielo lo que asegura que todas las cosas “forman un todo coherente” (Col 1:17 NVI), y “se mantiene todo en orden” (Col 1:17 RVC). El orden creado, sustentado así por su poderoso Creador redentor, puede ahora esperar su propia sanidad y reconciliación con su Hacedor, puesto que por medio de Jesús “a Dios le agradó reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz” (Col 1:15-20).

Con demasiada frecuencia pensamos que la obra redentora de Jesús se aplica solo a los pecadores arrepentidos, pero Él murió para erradicar la presencia y el poder del pecado de *todas* las cosas. Porque Jesús murió, Su mundo

puede ser salvado del pecado con la misma certeza que tú y yo tenemos de ser salvos.

HEREDEROS DE UN NUEVO MUNDO

Para Pablo, el hecho de que Jesús sea el Señor y de que Él ya nos haya salvado, nos da la esperanza y la seguridad de una herencia para el futuro (Col 1:12) Pero ¿qué es esta herencia? De acuerdo con Tom Wright, en su comentario a los Colosenses, el uso de la palabra *herencia* “evoca todo un mundo de imágenes relacionadas con el éxodo de Israel de Egipto y su entrada a la tierra prometida”. La diferencia ahora es que Canaán, la herencia que para Israel, “se amplía a la promesa de toda una nueva creación” para el pueblo de Dios del Nuevo Testamento.⁵

Tanto Pablo como Jesús parecen anticipar que la era venidera será una era de gozo *terrenal*. La creación misma será restaurada y la humanidad finalmente estará capacitada para disfrutarla en la forma en que Dios la planeó primero.

Ciertamente la era venidera verá este mundo “sazonado” con la presencia de Dios de una manera que, antes del regreso de Jesús, no podemos más que imaginarlo. No obstante, el hecho de que será *este mundo* sí nos permite ver el futuro con un grado de certeza. “Si el futuro es una ‘realidad’ desconocida, ¿por qué el Antiguo y el Nuevo Testamentos no hablan acerca de un ‘x’ desconocido —una incógnita—, sino que infunden estos diversos conceptos de lo que serán los cielos nuevos y la tierra nueva y hablan del anhelo de la *creación* de ser liberada de su estado perecedero?” (G. C. Berkouwer).⁶

LOS CUERPOS DE LA EVIDENCIA

Una última pieza de la evidencia de la teología de Pablo que apoya una futura esperanza terrenal se puede encontrar en su devota defensa de la resurrección física. Regresaremos a este tema en el capítulo cinco; por ahora solo mencionaremos que Pablo refuta firmemente cualquier noción de una vida espiritual después de la muerte en términos de las concepciones modernas del cielo, e insiste que a todos se nos promete la resurrección física. Al hacer esto, él sugiere que el estado espiritual de existencia al que entramos cuando morimos no es nuestro estado final. La creencia de que vamos al cielo cuando morimos es muy cierta (ver los capítulos 3 y 4 de este libro), ¡pero imaginar que después nos quedaremos en el cielo por toda la eternidad es mucho más difícil de sustentar bíblicamente! En última instancia, estamos destinados para cuerpos nuevos con los que disfrutaremos la vida en la tierra nueva. Creo que esa es la única manera de verlo para que la promesa de la resurrección física tenga sentido. Esta es una opinión respaldada por G. C. Berkouwer: “La resurrección del cuerpo no es una existencia espiritual y abstracta que no tiene nada que ver con la tierra, sino algo que tiene un lugar y una función múltiple *en* la tierra”.⁷

LA PERSPECTIVA DE PEDRO

NOCHE DE FOGATA

Donde nos acercamos más al escenario de que esta tierra será destruida por un juicio es en la segunda carta de Pedro.

Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En aquel día los cielos desaparecerán con un estruendo espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada.

Ya que todo será destruido de esa manera, ¿no deberían vivir ustedes como Dios manda, siguiendo una conducta intachable y esperando ansiosamente la venida del día de Dios? Ese día los cielos serán destruidos por el fuego, y los elementos se derretirán con el calor de las llamas (2P 3:10-12).

Antes de ver esto con un poco más de detalle, vale la pena hacer notar que “la idea de que el mundo finalmente será aniquilado por fuego aparece en el Nuevo Testamento solamente en 2 Pedro, pero el concepto desarrollado de la aniquilación no es bíblica en lo absoluto” (John N. D. Kelly).⁸ Sin duda el lenguaje que la Nueva Versión Internacional y otras versiones usan para traducir estos versículos (“los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada”, 2 Pedro 3:10b) ha promovido la idea de este gran incendio en los últimos tiempos.

EL FUEGO QUE PURIFICA

En realidad estos versículos están lejos de comprobar este caso. El fuego en la Biblia con frecuencia se vincula con la idea de purificar algo que está corrompido. En el acto de purificación el fuego hace dos cosas: destruye las impurezas y revela lo que es puro. Frecuentemente se describe que el fuego bíblico del juicio de los últimos tiempos tiene esta misma doble función, tanto destruir a los enemigos de Dios como refinar o “probar” a Su pueblo.

El Salmo 97:3 dice que “el fuego va delante de Él [del Señor] y consume a los adversarios que lo rodean”, un tema que se reitera de manera formidable en el Nuevo Testamento: “Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados. Solo queda una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios” (Heb 10:26-27). Pablo, sin embargo, escribió acerca de un fuego de juicio que “pondrá a prueba la calidad del trabajo de cada uno” destruyendo cualquier cosa que no valga la pena, revelando así que lo que sobreviva al fuego será de mérito eterno (1Co 3:13).

Teniendo ese pensamiento en mente, regresemos al juicio que Dios trajo sobre la tierra en los días de Noé. Pedro escribe su declaración sobre el fuego de los últimos tiempos dentro del contexto de la historia del diluvio (2P 3:5-6). Estudiamos en el capítulo uno que antes de juzgar la tierra con agua, Dios había dicho que Él destruiría la tierra (Gn 6:13). Sin embargo, lo que Él en realidad hizo fue destruir toda la *maldad* de la faz de la tierra, limpiando la tierra para que la humanidad viviera ahí. Henry Alford comenta: “El diluvio no aniquiló la tierra sino que la cambió; y así como la tierra nueva fue el resultado del diluvio, así los cielos y la tierra finales serán el resultado del fuego”.²

Así que es interesante que Pedro mismo haya hecho un paralelismo entre el diluvio de Noé y el juicio con fuego de los últimos tiempos. Como fue en el Diluvio, el fuego destruirá a los impíos (2P 3:7) y revelará* la tierra (2P 3:10) en su forma libre del pecado por primera vez desde los días de la Caída. Puede verse, entonces, que las

poderosas imágenes de Pedro sobre el fuego del juicio representan un fuego que purifica destruyendo toda la impiedad, y no como un fuego que destruye todo.

LA CAMINATA EN EL FUEGO

Aunque no es su propósito principal en la Escritura, la historia de Sadrac, Mesac y Abed-nego (Dn 3:1-30) en el Antiguo Testamento puede verse como una interesante ilustración del fuego del juicio de los últimos tiempos (aunque, como a todas las ilustraciones, ¡no se le debe exigir demasiado!).

El Rey Nabucodonosor calentó demasiado un horno de fuego para castigar a Sadrac, Mesac y Abed-nego por negarse a adorar su estatua. El fuego del castigo estaba tan caliente que los siervos de Nabucodonosor que arrojaron a los tres hombres en el horno fueron consumidos por él. Sin embargo, el mismo fuego que destruyó a los siervos del malvado rey no les hizo daño a los siervos de Dios. Lejos de ser destruidos, fueron marcados o puestos en evidencia como hombres de Dios, y fueron vindicados ante Nabucodonosor y todos los presentes.

Quizá el fuego del juicio al final de los tiempos será un fuego parecido; un fuego de la ira de Dios que consuma toda la maldad y por medio del cual los creyentes y la tierra misma serán preservados sin daño. Cuando caminemos por el fuego, no nos quemaremos y la llama no nos consumirá, porque Dios nos ha redimido (Is 43:1-5).

Esta percepción de un fuego que destruye y purifica encuentra más sustento en la apreciación de Pedro de “un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia” (2P 3:13). Pedro está volviendo a citar, en la época del Nuevo Testamento, la profecía de Isaías, en el Antiguo Testamento (Is 65:17), en la que Dios declaró: “Estoy por crear un cielo nuevo y una tierra nueva”.

Es importante hacer notar que en un sentido importante, la creación de la tierra nueva será diferente de la creación de la tierra en la que ahora vivimos. La clave para esa diferencia se encuentra en el uso de las palabras griegas *kainos* y *neos*. Ambas se traducen al español como “nuevo”; *kainos* denota “aquello que es mejor que lo viejo, mientras que *neos* se usa para aquello que todavía no ha sido, aquello que acaba de hacer su aparición”.¹⁰

Cuando Dios creó la tierra, fue *neos*. Nunca antes había existido; no era un nuevo modelo basado en un patrón ya existente; Dios la creó de la nada (¡“ex nihilo”, como dirían los teólogos!). Sin embargo, de acuerdo con Pedro y Juan (Ap 21:1), nuestro futuro lo pasaremos en una tierra *kainos*, una tierra que es una versión nueva y mejorada de la que ya existe.

LA PERSPECTIVA DE JUAN

Por último, en nuestro viaje hacia la comprensión del futuro en el Nuevo Testamento debemos navegar, aunque sea de manera breve, por las aguas tempestuosas de la gran visión de Juan: el libro de Apocalipsis.

Apocalipsis muchas veces es mencionado como el telescopio de la Biblia que apunta hacia el futuro. Si se estudia con cuidado, nos dicen, podremos tener la perspectiva de Dios sobre los eventos futuros. Si solo pudiéramos interpretar los ricos simbolismos que contiene, entonces seríamos capaces de trazar el progreso de la historia de la humanidad de aquí a la eternidad (¡por decirlo así!).

Apocalipsis, sin embargo, es mucho más que un mapa divinamente disfrazado que bosqueja el futuro. Al inicio del libro Jesús le dice a Juan: “Escribe, pues, lo que has visto, lo que sucede ahora y lo que sucederá después” (Ap 1:19). Por lo tanto, el libro tiene dos funciones: en sus escenas profundamente simbólicas se nos está mostrando algo que *es* y algo que *será*.

Pero, ¿de qué se trata esta revelación? ¿Qué es exactamente lo que se está revelando? El estilo apocalíptico (como el que se encuentra en Apocalipsis) que se tipifica por imágenes coloridas y extrañas, no se debe ver tanto como un vistazo hacia el futuro sino como un vistazo detrás de las cortinas del presente, un vistazo que revela los eventos espirituales en los lugares celestiales que están moldeando la vida en la tierra. Curiosamente, un ejemplo de un pasaje no apocalíptico en el Antiguo Testamento servirá para ayudarnos a comprender lo que está pasando en el verdadero estilo apocalíptico de la Biblia.

En 2 Reyes 6:15-17, el ejército sirio había subido sigilosamente durante la noche y había rodeado la casa de Eliseo con el propósito de arrestarlo. Mientras Eliseo dormía, su siervo se levantó, salió y se enfrentó cara a cara con los sirios, ¡con muchos de ellos! Volvió corriendo hacia donde estaba Eliseo, lleno de ansiedad y desesperación, y exclamó:

— ¡Ay, mi señor! ¿Qué vamos a hacer?.

Eliseo, que estaba más consciente de la proximidad y la realidad del ejército celestial de Dios que su siervo, contestó:

— No tengas miedo [...] Los que están con nosotros son más que ellos.

¡El siervo se debió haber preguntado qué le estaba pasando a su amo! Él sabía, o por lo menos *pensaba* que sabía, que de parte de ellos solo había dos.

Pero Eliseo oraba mientras su siervo se preguntaba qué acción tomaría su amo:

“Señor, ábrele... los ojos para que vea”.

El Señor así lo hizo, y el criado vio.

¿Qué vio? Vio los ejércitos del cielo: “La colina estaba llena de caballos y de carros de fuego alrededor de Eliseo”. Por un breve instante el siervo de Eliseo tuvo el privilegio de ver el cielo abierto, y lo que vio ubicó su situación humana desde la perspectiva del cielo. Nunca más estarían solos. Nunca más tendrían la necesidad de temer. ¡Dios estaba presente con su ejército y ningún destacamento arameo ganaría ventaja sobre esa hueste!^{[u](#)}

Esta revelación de lo que está pasando en los “lugares celestiales” es, en gran medida, lo que está sucediendo en el libro de Apocalipsis. Se nos permite, junto con Juan, entrar por la puerta abierta del cielo (Ap 4:1) y ¡Jesús mismo nos da un recorrido guiado! Podemos afirmar, entonces, que “como género literario, lo ‘apocalíptico’ es una manera de investir los eventos tiempo-espacio con su significado teológico” (Tom Wright),¹² y no solo una forma de predecir el futuro.

Jesús nos dio esta tremenda visión que nos permite ver, detrás de las escenas de la lucha cristiana en cada época, hacia el interior de las batallas celestiales que están moldeando los eventos del mundo. Richard Bewes ha escrito: “Es fácil ‘pasarse de listo’ con el libro de Apocalipsis. La visión tenía la intención de consolarnos y prepararnos, no probar nuestro ingenio”.¹³

Para los individuos creyentes y las iglesias cristianas el mensaje de Apocalipsis es: “¡Dios triunfa!”. Analizamos el conflicto espiritual que subyace tras el destino humano y vemos que el mal es finalmente destruido, que es el *Cordero* el que está desenrollando el pergamino de la historia, que es *Dios* el que está en el trono, que es el *Mesías* el que reinará por los siglos de los siglos, que es el *Hijo del Hombre* el que empuñará la hoz en la cosecha de los últimos tiempos y que el Verbo (*el Logos*) de Dios es el victorioso Rey de reyes (Ap 5:6-9; 7:10; 11:15; 14:14-16; 19:13, 16; 20:10). Al permitirnos ver dentro del cielo recibimos la esperanza para la vida en la tierra. La visión realmente nos “consuela” ya que revela lo que está sucediendo en los lugares celestiales *en el presente*.

Apocalipsis también revela algo de lo que va a suceder en el fin de esta era. Hay pistas de un clímax glorioso a lo largo del libro, pero en los capítulos 21 y 22 las declaraciones son intensas y claras. Después de ver la destrucción de Satanás, de la muerte y de todo el mal (Ap 20:7-10), Juan escribe:

Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir [...] Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios [...] Oí una potente voz que provenía del trono y decía:

¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios!
Él acampará en medio de ellos, y ellos serán Su pueblo;
Dios mismo estará con ellos y será su Dios.
Él les enjugará toda lágrima de los ojos.
Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor,
porque las primeras cosas han dejado de existir.

El que estaba sentado en el trono dijo: ¡Yo hago nuevas todas las cosas! (Ap 21:1, 3-5).

El lenguaje apocalíptico (como las parábolas y las ilustraciones) no se debe tomar demasiado literal, pero qué palabras tan maravillosas, impresionantes y esperanzadoras. ¿Puedes comenzar a imaginarlo? Todo el mundo sanado. La creación liberada de su “esclavitud a la decadencia” y la humanidad puesta en libertad. Pero lo más sorprendente

de todo es que Dios va a “morar” y hacer su “hogar” con nosotros. ¿Te diste cuenta que no son los habitantes de la tierra los que irán al cielo, sino que el Habitante de los lugares celestiales es el que vendrá a la tierra? La nueva Jerusalén desciende del cielo y Dios, por decirlo así, se cambia de casa. Establece Su residencia en el centro de la creación que tanto ama para que Su hogar sea ahora con la raza humana. ¡Qué impresionante reunión del Creador y lo creado! Una vez más, Él caminará con nosotros en el jardín de la tierra (Gn 3:8) y, así como Su amorosa presencia penetra en todos los rincones y personas del globo, así los efectos de la Caída finalmente serán aniquilados. “El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de Su Cristo, y Él reinará por los siglos de los siglos” (Ap 11:15).

Por fin esas promesas hechas a Israel en el Antiguo Testamento, ampliadas para incluir toda la tierra como la heredad de la iglesia, se habrán cumplido. El hogar de Dios, que es el cielo, habrá llegado a la tierra y todas las cosas serán hechas nuevas.

[*](#) El verbo griego usado en 2 Pedro 3:10 es *heurisko*, que traduce “descubrir, encontrar”. El mismo verbo aparece en 1 Pedro 1:7 para describir cómo se acrisola el oro por el fuego.

ENTONCES, ¿QUÉ PASA CON EL CIELO?

Toda esta conversación sobre un futuro eternamente terrenal puede haber dejado a algunos lectores confundidos. Si la heredad de los justos humildes es la tierra (como lo afirmó Jesús), entonces ¿qué *es* el cielo? Cuando la Biblia usa la palabra “cielo”, o “los cielos”, a veces solo está hablando acerca de la atmósfera o del “ambiente físico sobre nuestras cabezas” (por ejemplo, el mandato de Dios para Abraham en Génesis 15:5: “Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas”). Sin embargo, conforme se revela la historia de la Biblia, así también se revela nuestro entendimiento del “cielo” y esto es lo que ahora exploraremos.

EL CIELO: UNA REALIDAD INVISIBLE

Lo primero que debemos advertir es que ¡el cielo es real! No es menos real que el mundo que podemos ver. En una época materialista y racionalista como esta, a veces es difícil aferrarnos a creer en la realidad invisible del cielo. En la cultura occidental somos educados con la idea de que “lo que ves es lo que hay”. Las nociones de un mundo espiritual invisible alrededor de nuestro mundo a veces son mal vistas. Sin embargo, si permitimos que la Biblia instruya nuestra percepción de la realidad, entonces somos forzados, en palabras de Francis Schaeffer, a creer que “hay una porción [del mundo] que no se ve, así como una porción que se ve [...] No son mutuamente excluyentes, sino que son partes de una sola realidad [...] Para entender correctamente la realidad en nuestro universo tienes que considerar ambas mitades, tanto la que se ve como la que no se ve”.¹

Es imposible leer la Biblia y no darse cuenta que su mensaje es incomprensible desde una percepción del mundo puramente materialista. Dios mismo es espíritu (Jn 4:24) y está rodeado por espíritus (ángeles) (Ap 5:11). A este mundo invisible de existencia espiritual la Biblia lo llama “el cielo”.

EL CIELO: LA MORADA DE DIOS

La manera más útil de entender el significado de “cielo” cuando aparece en la Biblia es verlo como “la dimensión en la que Dios existe”. Eclesiastés 5:2 lo dice claramente: “Él está en el cielo y tú estás en la tierra”. Otras citas en las Escrituras también enfatizan esta distinción entre la morada natural de Dios y la nuestra: “Los cielos le pertenecen al Señor, pero a la humanidad le ha dado la tierra” (Sal 115:16).

Una de las cosas extraordinarias de la relación de Jesús con Su Padre fue el sentimiento de cercanía e intimidad que compartían. Jesús claramente no veía al Padre como morando en una tierra diferente, en algún lugar más allá de la luna. Aunque oraba a Su Padre *en el cielo*, Sus oraciones las decía como si Su Padre estuviera realmente a Su lado (Mt 6:9). El cielo no era un lugar “por ahí”, sino una dimensión invisible. “La idea de la ubicación no es importante porque las palabras de Jesús nunca profundizan sobre eso. El cielo es donde Dios está [...] Podemos concluir, por lo tanto, que para Jesús el cielo era sinónimo de la morada de Dios” (Donald Guthrie).²

Pero, ¿qué pasa con las frecuentes referencias que se hacen a lo largo de la Biblia de ver “arriba” hacia el cielo? Jesús “miró arriba al cielo” antes de bendecir los cinco panes y los dos peces con los que fueron alimentados los 5,000 hombres (Mt 14:19); Lucas registra que Jesús “fue recibido arriba” (Hch 1:2 LBLA); y Pablo espera un día en que “el Señor mismo descenderá del cielo” (1Ts 4:16).

Seguramente estas referencias y otras como estas nos llevan a creer que el cielo es un lugar “por ahí” o, con mayor precisión, “allá arriba”. Pero no necesariamente es así. Podría ser que esta idea de que el cielo está “arriba” es solo una manera de afirmar su “existencia como algo distinto de todo lo demás”. El cielo es diferente a “abajo” y “alrededor”; es invisible y, más supremamente, es donde Dios mora en toda Su gloria. La idea de “arriba” refuerza la santidad y la majestad de Dios y la diferencia asombrosa entre el cielo y la tierra, pese a que no necesariamente dice algo acerca de la geografía celestial. “Ver *arriba* al cielo es un recordatorio de que Dios no está confinado a la tierra”, más que decir algo sobre la ubicación de un lugar (Donald Guthrie).³

Con esta perspectiva del cielo como la morada omnipresente del Padre, es posible entender que la misión de Jesús en la tierra no fue como un viaje cósmico desde el cielo “allá arriba”, sino como cruzar del reino celestial de la existencia infinita e invisible, a un cuerpo terrenal finito y visible. Él es el verdadero pan del cielo (Jn 6:31, 32, 41, 45); en efecto, Él es el único que ha cruzado de una forma tan completa el abismo entre los aspectos invisibles y los visibles de la creación: “Nadie ha subido jamás al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre” (Jn 3:13).

EL CIELO: UN MUNDO EN GUERRA

Pese a que es verdad que la Biblia presenta el cielo como “el lugar de la morada de Dios”, esto no es todo el panorama. Se presenta a Dios como el Rey de los espíritus; el supremo Creador y Gobernador del cielo y la tierra (Gn 14:19), dueño de los cielos (Sal 89:11) y el que está sentado en el trono del cielo (Sal 103:19). Sin embargo, a pesar de que está en una posición exaltada como esta, no se le describe como existiendo en un espléndido aislamiento. El cielo bulle con actividad; está lleno de criaturas igualmente reales, pero invisibles –los ángeles.

Los ángeles son los mensajeros y los siervos de Dios, creados para trabajar para Él en el negocio de dirigir el cosmos. A veces son enviados al mundo material para ejercer misiones breves para comunicar el corazón de Dios a los seres humanos (Gn 16:7-12; Nm 22:22-35; Lc 1:11-20; Hch 8:26). Sin embargo, sus principales responsabilidades están en el cielo y se pueden resumir bajo tres encabezados: son adoradores, guardianes y guerreros.

A menudo se hace referencia en la Biblia a la *adoración* que los ángeles ofrecen a Dios. En el vistazo que Juan le echa al cielo en su Apocalipsis, los ángeles que adoran tienen un lugar destacado.

Luego miré, y oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era millares de millares y millones de millones.

Cantaban con todas sus fuerzas: ¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza! (Ap 5:11-12).

No debe sorprendernos que las criaturas que tienen el privilegio de compartir el hogar de Dios estén tan impresionadas por Su presencia que la alabanza y la adoración se vuelven una parte natural y fundamental de la existencia.

El concepto de los ángeles como *guardianes* puede parecer menos familiar. Un guardián es alguien que “tiene el encargo o el cuidado de algo, especialmente uno que es responsable de la ejecución de ciertas normas”.⁴ Es en este sentido que los ángeles se identifican en el libro de Apocalipsis, trabajando bajo las órdenes de Jesús como guardianes de la historia. A medida que se desarrolla el plan de Dios, los ángeles son los que tocan las trompetas, llevan los rollos, empuñan las hoces, derraman las copas y atan a Satanás en el foso (Ap 8:6; 10:2; 14:17; 16:1; 20:1-3). Sin adentrarnos en lo que esta actividad simbólica significa, es evidente que esos ángeles son usados por Dios y que actúan bajo Su autoridad para ser los guardianes de los hechos celestiales que moldean el destino de la humanidad. El trabajo que se les ha encargado hacer en los lugares celestiales tiene un papel importante en la historia progresiva de la humanidad aquí en la tierra.

Tercero, los ángeles son *guerreros*. Apocalipsis 12:7 comenta que “se desató una guerra en el cielo” entre dos poderes espirituales (Miguel y “el dragón”). Satanás (recuerda que él mismo es un ángel) atrajo a un gran número de seres angelicales para que lo siguieran; desde entonces han estado haciendo la guerra contra los propósitos de Dios en el cielo y en la tierra.

Dios creó a todos los ángeles, pero hoy en día no todos le son leales. A Daniel se le da una visión privilegiada de

esta lucha cuando, en respuesta a su oración y ayuno, se le aparece un ángel y le cuenta de la guerra espiritual que él mismo ha tenido que pelear para poder contestar las oraciones de Daniel (Dn 10:1-21).

Pablo dice que los ángeles corruptos que están bajo la autoridad (falsa) de Satanás son nuestros verdaderos enemigos y da a entender que su actividad celestial daña la vida en la tierra, mientras que la actividad de los ángeles guardianes la mejora. Esto es lo que Pablo aconseja:

Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales (Ef 6:11-12).

EL CIELO: EL MUNDO DE LOS MUERTOS

Hemos pasado de una perspectiva del cielo como nuestra “futura morada” a una de “un mundo invisible de la realidad”, hasta ahora habitado por Dios y por dos categorías de ángeles: los que le son leales y los que están en rebelión contra Él. ¿Es esta toda la población del cielo? No exactamente.

El cielo es el mundo en el que todos los seres espirituales tienen su actual existencia: Dios, los ángeles y los espíritus de los seres humanos que han muerto. Regresaremos a este “reino” del cielo con mayor detalle en el capítulo cuatro pero, por el bien de la integridad de este análisis de la población del cielo, debemos distinguir aquí que cuando el cuerpo de un ser humano muere, una parte de él, su espíritu (o alma, si lo prefieres), sigue viviendo. Pero, ¿dónde vive? En el mundo de la realidad invisible llamado cielo.

Ya hemos visto que el libro de Apocalipsis nos da el más claro entendimiento del mundo espiritual que la Biblia llama cielo. A medida que el Espíritu Santo inspira e instruye la visión de Juan, él ve a “los que habían sufrido el martirio por causa de la palabra de Dios y por mantenerse fieles en su testimonio” (como dice Apocalipsis 6:9, esto es, los espíritus de las personas que habían sufrido el martirio por su fe) disfrutando y participando ahora de la vida y la adoración del cielo de una manera consciente.

Esta visión es consistente con la perspectiva bíblica de que los seres humanos que han muerto entran a una nueva existencia espiritual en “el mundo de los muertos” (ver capítulo 4). También respalda el consuelo que damos a los que se duelen de que sus parientes o amigos cristianos muertos realmente se han “ido al cielo para estar con Jesús”. La muerte marca el punto de transición del mundo físico de la vida en la tierra al mundo espiritual de la vida en el cielo.

La población del cielo ahora está comprendida por tres categorías de seres espirituales:

1. Dios: Creador del cielo y Rey.
2. Los ángeles: la mano de obra celestial de Dios, algunos de los cuales están en rebelión.
3. Los seres humanos que han muerto: vivos en forma espiritual, esperando el juicio final.

EL CIELO: IMPACTANTO LA VIDA EN LA TIERRA

“Es indispensable mencionar que Jesús nunca contempló un cielo [meramente] ‘futuro’ que no tuviera ninguna relación con la experiencia presente” (Donald Guthrie, ver capítulo 4). Las opiniones tradicionales del cielo como un “allá arriba”, casi exclusivamente una realidad futura, dejan de ser fieles al mensaje de la Biblia de que el cielo interactúa con la tierra *en el presente* y que el mundo de Dios y Sus ángeles está muy cercano.

Un correcto entendimiento cristiano del cielo no es como un lugar alejado del mundo actual, sino más bien como una dimensión de la realidad presente que por lo general se mantiene en secreto [...] El “cielo” es la dimensión de Dios de la realidad actual (Tom Wright).⁵

El cielo está en tiempo presente, muy cercano y capaz de afectar la vida diaria de lo que nos gusta llamar “el mundo real”. La enseñanza de Pablo es que los cristianos disfrutan un estatus privilegiado en el cielo —ahora mismo. Hemos sido bendecidos en Cristo Jesús con “toda bendición espiritual en los lugares celestiales” (Ef 1:3). La presencia del Espíritu Santo de Dios en la vida de un creyente llena el vacío entre el mundo invisible del cielo y el mundo físico de la humanidad, haciendo que la poderosa presencia “celestial” de Dios sea una experiencia “terrenal” muy real. Esta es una valiosa verdad que se festeja en la alegre canción de Graham Kendrick: “Oh, el cielo está en mi corazón”. ¡Es cierto! El espíritu del Rey del cielo ha entrado a mi existencia terrenal. ¡Increíble!

Pablo expresa la misma verdad de una manera ligeramente diferente cuando declara que “nuestra ciudadanía está en el cielo” (Fil 3:20). Esto no quiere decir que tenemos que vivir en el cielo o que un día vamos a estar yendo hacia “allá”. El reto es reconocer que nuestra humanidad, nuestros valores y nuestra visión del mundo necesitan ser moldeados por Dios desde el cielo. Dios nos llama a vivir en la cultura de un mundo caído sin conformarnos a sus normas, teniendo más bien la intención de transformar la tierra, viviendo los valores del cielo. Somos la luz del mundo (Mt 5:14) y esa luz brilla del cielo a la tierra a través de nosotros.

Tratar de vivir como cristianos por nuestras propias fuerzas sería imposible porque todas nuestras actividades (desde la oración y la adoración hasta la acción social y el evangelismo) dependen de los recursos espirituales de Dios que mejoran y dirigen nuestros esfuerzos humanos. Por ejemplo, solo porque toda autoridad en el *cielo* y en la tierra ha sido dada a Jesús (Mt 28:18) es que podemos salir a cumplir el encargo de ir y hacer discípulos para Él con alguna esperanza de éxito. Al aprovechar los recursos de la autoridad final y celestial de Jesús, podemos ver que las personas en la tierra son liberadas del falso poder celestial del reino de Satanás. El evangelismo fructífero muestra así que la autoridad celestial da el poder a la actividad terrenal.

Jesús declaró que el corazón de nuestras esperanzas y oraciones en este mundo es ver que el gobierno de Dios —Su reino— afecta la vida en la tierra de tal manera que Su voluntad se hace en la tierra así como en el cielo (Mt 6:10). El gobierno de Dios en el cielo define y moldea Su gobierno en la tierra. Lo invisible moldea lo visible, lo sobrenatural da forma a lo natural, y lo espiritual influencia lo material. El cielo y la tierra están ligados en una relación en tiempo presente. Los cristianos tienen que aprender a pensar más sobre la autoridad que el cielo tiene en sus vidas ahora, más que en su accesibilidad al cielo en su muerte.

EL CIELO: LA DESPENSA DE DIOS

Jesús exigió mucho de los que serían Sus seguidores; de hecho, a veces estuvo muy dispuesto a recibir el rechazo de las personas en vez de atraer a una multitud de seguidores-a-medias. Jesús presentó las exigencias del discipulado en términos de sacrificio y costo; se tenía que dar prioridad al reino de Dios, aun a costa de la familia, la profesión y la seguridad personal (Mt 10:37-39; Lc 14:25-33). (Podemos comparar este franco y directo acercamiento evangelístico de Jesús con el enfoque de hoy en día en el que no hay compromiso alguno y se proclama: ‘Dios te ama igualmente’ –un enfoque que ¡a veces estamos tentados a ofrecer por nuestro deseo de ver a las personas aceptar a Jesús!).

Pero frecuentemente, junto con Sus demandas de la abnegación total, les asegura a Sus seguidores que Dios está registrando sus sacrificios y que de alguna manera estos están siendo puestos “en depósito” en el cielo, para ser pagados con intereses en el futuro.

Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias. Alégrese y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo (Mt 5:11-12).

No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo (Mt 6:19-20).

Vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme (Lc 18:22).

William Lane comenta: “El reconocer de manera franca la pérdida que la lealtad a Jesús y al evangelio puede acarrear está condicionado por el hecho de que todo lo que se pierde en una sociedad se volverá a ganar cien veces más en la nueva sociedad creada por la dinámica del evangelio”.⁶

Las promesas de las recompensas guardadas en el cielo para los fieles adquirieron una gran importancia para la iglesia del Nuevo Testamento cuando empezó la persecución. Pedro, habiendo oído de primera mano las promesas de Jesús, alentó a las acosadas iglesias de Asia Menor recordándoles que su “herencia indestructible, incontaminada e inmarcitable [les estaba] reservada en el cielo” (1P 1:3-4).

Es maravilloso pensar que cada acto de servicio que prestemos, así como cada pérdida que suframos cuando intentemos hacer que Jesús sea conocido, están anotados en la “computadora” de Dios para un gran pago en el Día del Juicio. Los que han hecho grandes sacrificios obtendrán una gran herencia del banco del cielo, mientras que los que han vivido de manera egoísta encontrarán que los espera un sobregiro. Es en este sentido que los cristianos menospreciados en el sistema de esta era –los pobres, quizá de baja reputación y estrato social– serán los primeros en el reino. La viuda que dio sus últimas monedas para la obra del Señor encontrará un gran bono en depósito, mientras que el joven gobernante rico, que insistió en aferrarse a lo que tenía, tendrá que ocuparse de una cuenta con cargos que sencillamente no podrá cubrir (Lc 21:1-4; Mr 10:17-22). La esperanza de ver en ese gran día al pobre y humilde exaltado sobre el soberbio y rico seguramente producirá lágrimas de gozo a cualquiera que verdaderamente tenga hambre y sed de justicia.

EL CIELO: A SER PURIFICADO

Mientras esperamos con confianza una tierra nueva como nuestra morada eterna, no debemos perder de vista la promesa de que el cielo también será juzgado y purificado. Si Dios fuera a renovar solamente la tierra y a colocar en ella a una humanidad redimida, nos encontraríamos de nuevo en la situación que había en el Edén. “¡Fantástico!”, podrías pensar, pero espera un minuto: el Edén, así como fue la escena de la perfección creativa, fue la escena de la caída de la humanidad en su relación con Dios. ¿Cómo sabemos que cuando Dios coloque a la humanidad redimida en la tierra renovada, en la era venidera, no se repetirá el ciclo deplorable del Edén? Esta es una pregunta muy controvertida, pero nos da pistas para responderla al entender que en la era venidera no solo la tierra será renovada, sino también los cielos.

En el Edén el mundo era “muy bueno” y Adán y Eva estaban sin pecado; pero el cielo ya estaba “contaminado” y Satanás pudo tergiversar la buena creación de Dios al tentar a la humanidad para que adoptara su actitud de rebelión contra Dios. El problema inicial no fue la creación, no fue la humanidad, y ciertamente no fue Dios, sino la presencia de la maldad espiritual en los lugares celestiales. Y aquí está la enorme diferencia entre la creación como nosotros la conocemos y la creación renovada como la esperamos. La Biblia dice que no solo la tierra será limpiada y renovada, sino que los cielos serán también juzgados y purificados.

Isaías, Pedro y Juan afirman que Dios creará “unos nuevos cielos y una tierra nueva” (Is 65:17; 2P 3:13; Ap 21:1). El Día del Señor tendrá implicaciones cósmicas. El mundo invisible de los ángeles y de los espíritus de los seres humanos que han muerto será juzgado (habrá más información sobre esto en el capítulo 4). Satanás mismo será enviado al infierno de fuego y, de acuerdo con Jesús, todos sus ángeles se quemarán ahí con él (Ap 20:10; Mt 25:41). Los cielos nuevos y la tierra nueva serán poblados por los ángeles leales y la humanidad redimida; estarán unidos por su amor a Dios y su deseo de servirlo solo a Él por toda la eternidad. Ya no habrá un tentador –acusando y condenando– moviéndose por los nuevos cielos “buscando a alguien a quien devorar” en la tierra nueva (1P 5:8). ¡Una vez más, aleluya!

EL CIELO EN LA TIERRA

Por medio del Espíritu Santo podemos empezar a experimentar hoy el cielo en la tierra. El Espíritu que vive en nosotros pone a nuestra disposición los recursos espirituales de Dios y nos usa para impactar la forma de la vida humana. Es maravilloso. Los dones de sanidad y de profecía, y el poder dado por Dios para obrar milagros se podrían ver como una herencia para el aquí y el ahora, pero, aunque eso sea maravilloso, solo son sombras de la realidad futura. En la era venidera la vida espiritual del cielo se integrará con la vida en la tierra, de tal manera que esta última será tocada y embellecida por la presencia de Dios.

Apocalipsis 21:3-4, hablando de los cielos nuevos y la tierra nueva que van a ser creados después del juicio final y la destrucción del mal, dice: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán Su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios”.

“Los seres humanos con un cuerpo nuevo necesitarán un mundo nuevo en el cual vivir. En este orden mundial transformado, el velo será quitado para siempre. Las realidades del mundo celestial estarán visiblemente unidas con las realidades de la tierra” (Tom Wright).² Ya no existirá más un sentimiento de distancia de un cielo “allá arriba”. Ya no existirá más una lucha para “abrirse camino” a Dios en oración y alabanza. La morada celestial de Dios estará en medio de Su pueblo. La vida del cielo cubrirá la vida en la tierra y todo lo que exista en la tierra será tocado por Su presencia inherente.

¡Qué porvenir!, ¡conocer la presencia del Dios viviente en todo lo que digamos, pensemos, sintamos y hagamos!
¡Ven pronto, Señor Jesús!

UN PASEO POR EL JARDÍN DEL PARAÍSO

Se ha dicho que la muerte nos proporciona la estadística perfecta: ¡uno de cada uno muere! A pesar del hecho de que esta expectativa une a toda la humanidad, nos resulta difícil aceptar la muerte de alguien cercano a nosotros o las escenas de matanzas que con frecuencia nos agreden desde nuestras pantallas de televisión. La muerte es un hecho, pero un hecho que quisiéramos evitar.

Para el cristiano, sin embargo, a pesar de que la pérdida de un amigo o un familiar produce un dolor natural (incluso Jesús lloró en la tumba de Su amigo Lázaro), la creencia de que la muerte no es el fin mitiga nuestro sentido de pérdida y tristeza. Los que sufren una pérdida muchas veces se consuelan con la idea de que la persona que ha muerto se ha “ido al cielo” o “se ha ido para estar con el Señor”.

En un contexto diferente, a veces los evangelizadores tratan de usar la creencia en la vida después de la muerte para apoyar su argumento. Al plantear la pregunta: “Si murieras esta noche, ¿irías al cielo o al infierno?”, buscan confrontar a las personas con la importancia de tomar una decisión de salvación antes de la muerte. Con esto implican que después de la muerte la vida continúa y que se entra de inmediato a los destinos eternos del cielo o el infierno. Pero ¿estas creencias del consuelo instantáneo en el cielo o del tormento instantáneo en el infierno se apegan a las enseñanzas bíblicas de la vida después de la muerte?

LA VIDA SIGUE

Jesús respaldó la idea de que hay una parte de nosotros que no es física y que vive después de la muerte cuando dijo: “No teman a los que matan el cuerpo” (Mt 10:28). Hay algo de nosotros que aquellos que matan el cuerpo no pueden tocar. Probablemente fue este “algo” lo que Juan reconoció en su visión como las almas de los mártires cristianos que viven en el cielo después de que los mataron (Ap 6:9-10).

A este “yo interior” que desafía a la muerte se le conoce algunas veces como nuestra “alma” (del griego *psyche*) y otras veces como nuestro “espíritu” (del griego *pneuma*). Jesús, en el momento de la muerte física, encomendó Su espíritu al cuidado de Su Padre (Lc 23:46) y Esteban, el primer mártir cristiano, clamó mientras enfrentaba a sus ejecutores: “Señor Jesús, recibe mi espíritu (*pneuma*)” (Hch 7:59). Tanto Esteban como Jesús estaban claramente esperando que una parte de ellos mismos fuera a la presencia de Dios en el momento de su muerte.

Sin embargo, aunque ambos encomendaron sus *espíritus* al cuidado de Dios, las palabras “alma” y “espíritu” no se usan en la Biblia para definir aspectos completamente separados de nuestra humanidad; muchas veces son intercambiables. Quizás pensamos que estamos formados de tres unidades herméticamente selladas (cuerpo, alma, espíritu), pero calcular exactamente dónde empieza el espíritu y donde termina el alma es algo que la Biblia nunca trata de hacer. Algunos han dicho que nuestro espíritu es nuestro yo interno en relación con Dios y que nuestra alma es nuestro yo interno en relación con los demás, pero incluso ahí las distinciones son confusas.

Lo que es más claro que el agua es que los seres humanos solo están completamente vivos cuando el cuerpo y el alma/espíritu están intactos. El estado de existencia al que entra nuestra alma/espíritu después de la muerte del cuerpo es “provisional, temporal e incompleto” (Anthony Hoekema).¹ En la cruz, Jesús encomendó Su espíritu al cuidado de Su Padre, pero seguir viviendo “espiritualmente” no era Su destino final. ¡Tres días de existencia incorpórea fueron suficientes! La resurrección física fue Su meta y esa resurrección física la sostiene Pablo como un ejemplo de lo que Dios tiene destinado para todos nosotros (1Co 15:20-23).

Para decirlo aun más claramente, “el mensaje fundamental de la Escritura sobre el futuro del hombre es el de la resurrección del cuerpo” (Hoekema).² La esperanza cristiana no es flotar eternamente de un lado a otro en el cielo, en el estado espiritual al que pasamos a la muerte (no importa cuán maravillosa pueda ser esa experiencia), sino ser otra vez creados como una persona completa —cuerpo, alma y espíritu— en la tierra renovada. Cualquier cosa menos que esto, por muy maravillosa que sea, es “provisional, temporal e incompleta”.

¿HACIA DÓNDE VAMOS?

Habiendo determinado que nuestra alma/espíritu sigue viviendo y que entra al cielo³ por medio de la muerte, es interesante examinar un poco más lo que la Biblia tiene que decir sobre el estado temporal que existe entre la muerte física y la resurrección física.

El Antiguo Testamento es muy claro al afirmar que las almas de los muertos van al “Seol”. Ha habido mucha confusión con respecto a lo que pasa después de la vida porque algunas versiones de la Biblia normalmente traducen “Seol” como “infierno”. Esto no ayuda porque “Seol” e “infierno” son dos destinos completamente diferentes.

“Infierno” (como veremos) es una palabra que se usa en el Nuevo Testamento para designar el lugar del juicio final con fuego ardiente preparado para Satanás, sus ángeles y todos los injustos. Jesús advirtió que en el Día del Juicio los injustos oirán las terribles palabras: “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25:41).

“Seol”, por otro lado, es una palabra que se usa en el Antiguo Testamento que simplemente quiere decir el “reino de los muertos”. No es un lugar de castigo ni de recompensa, sino de espera. Era un mundo de existencia espiritual al que todos (justos e injustos) entraban al morir. Algunas versiones captan el sentido de Seol mejor que otras cuando traducen la palabra como “tumba” o “sepulcro” en vez de como “infierno”. Todos morimos y vamos a “la tumba” o “al sepulcro” (Seol).

Sin embargo, incluso en el Antiguo Testamento, es posible ver los inicios de una distinción que se hace entre los que entran a la muerte (Seol) como siervos justos de Dios y los que entran a la muerte como injustos que rechazan a Dios. Por lo menos dos pasajes en los salmos indican que mientras que los injustos estarán eternamente encarcelados en el Seol, Dios no dejará para siempre a sus siervos justos en el reino de los muertos.

Como a rebaños que son conducidos al Seol,
la muerte los pastoreará [a los insensatos],
y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana;
se consumirá su buen parecer, y el Seol será su morada.
Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol,
Porque Él me tomará consigo (Sal 49:14-15 RV60).
Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma.
Mi carne también reposará confiadamente;
porque no dejarás mi alma en el Seol,
ni permitirás que tu santo vea corrupción.
Me mostrarás la senda de la vida (Sal 16:9-11 RV60)*.

DEL SEOL AL HADES

Es fascinante que en el día de Pentecostés, cuando Pedro está predicando en las calles de Jerusalén, él cita este pasaje del Salmo 16 como una forma de explicar la resurrección de Jesús. Pedro quiere decir que David estaba escribiendo proféticamente de Jesús y aunque Jesús, a través de la crucifixión, había entrado al mundo de los muertos, “Dios no dejaría que su vida terminara en el sepulcro, ni que su fin fuera la corrupción” (Hch 2:31). Dios le mostró a Jesús la “senda de la vida” fuera del “sepulcro”.

El uso que Pedro hace del Salmo 16 tiende un puente entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Es interesante observar que (más claramente visto en la versión de la Biblia Reina Valera 1960), donde el salmista usa la palabra hebrea “Seol”, Pedro la sustituye por la palabra griega “Hades”. Se entiende correctamente que el “Hades” del Nuevo Testamento es el “Seol” del Antiguo Testamento, es decir, “el lugar de los muertos”, no el “infierno”. Tristemente, versiones anteriores de la Biblia una vez más han confundido los significados al traducir Hades como “infierno”. Por ejemplo, las palabras de Jesús a Pedro en Mateo 16:18 tienen un matiz completamente diferente si Hades se entiende correctamente como “muerte” y no de manera incorrecta como “infierno”.[**](#)

Lo que Jesús realmente dijo fue: “Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no podrán vencerla” (Mt 16:18 RVC). Las traducciones antiguas (y los compositores de hoy en día) han traducido “Hades” como “infierno” y así han hecho que Jesús diga que “las puertas del *infierno* no prevalecerán contra ella”.

Al traducir “Hades” como “infierno” se evocan imágenes espeluznantes de huestes demoníacas que libran la guerra contra la iglesia desde dentro de una ciudad amurallada y que la iglesia (actuando con la autoridad de Jesús) hace explotar con poder esas puertas para abrirlas. (¡Aunque nunca me han explicado por qué la iglesia querría entrar al infierno!). Mientras que es verdad que la iglesia libra una batalla contra la oposición celestial y espiritual (ver capítulo 3), Jesús no está hablando de eso en este pasaje.

Lo que está explicando a la recién comisionada “piedra”, Pedro, es que la iglesia no estará limitada por la muerte de su fundador (Jesús) ni por la de sus apóstoles, porque la muerte no puede detener la misión que Jesús tendrá a través de la iglesia. Tampoco puede retener en el Hades a los santos que han muerto. “Las puertas” del Hades (de la muerte) se abrirán y permitirán que primero Jesús, y finalmente todos los creyentes, regresen al reino de los vivos.

Decir que los poderes de la muerte no prevalecerán contra la iglesia es como decir que no morirá y que no será encerrada por las puertas de la muerte. Las palabras no indican un ataque de los “poderes del mal”, sino simplemente el proceso de la muerte [...] Pedro va a ser la primera piedra de la nueva comunidad de Jesús, del pueblo restaurado de Dios, una comunidad que durará por siempre (Dick France).⁴

Entonces, en el Nuevo Testamento, Hades (como Seol en el Antiguo Testamento) es el reino de los muertos. Es un reino del cual Jesús tiene las llaves (Ap 1:18), y al final entregará a los muertos para que todos estén de pie, vestidos con cuerpos resucitados, delante de Dios, enfrentando el juicio (Ap 20:13). Por último, el Hades mismo será destruido porque la nueva humanidad en la tierra renovada vivirá para siempre y, por lo tanto, ¡no tendrá

necesidad de sus instalaciones! (Ap 20:14).

DESARROLLANDO EL HADES

Hay, sin embargo, un desarrollo importante del concepto del Hades*** en el Nuevo Testamento que no tiene el concepto de Seol del Antiguo Testamento. Durante el periodo intertestamentario se popularizó una creencia en el judaísmo que sostenía la existencia de una “separación espacial en el inframundo entre los piadosos y los impíos” (Anthony Hoekema).³ En otras palabras, el reino de los muertos, que al mismo tiempo le daba la bienvenida a todos (tanto a buenos como a malos) a su reino celestial (es decir, espiritual), ahora de alguna manera mantenía a los buenos separados de los malos.

“En el judaísmo surge una doctrina clara sobre el Seol como un lugar de bendición para los justos y un lugar de sufrimiento para los injustos” (George Eldon Ladd).⁴ Esta creencia sin duda fue predominante durante el tiempo de Jesús y el siglo siguiente. Josefo (un historiador judío no cristiano del primer siglo) debatió la naturaleza de la vida después de la muerte con los filósofos griegos de sus días, y sus escritos dan una idea vívida de la visión judía del Hades como un lugar donde los espíritus de los justos experimentaban gozo, y los espíritus de los injustos, sufrimiento.

Josefo describe el Hades como un lugar “donde las almas de los justos y de los injustos son detenidas”. Sin embargo, aunque tanto los justos como los injustos están ahí, los justos no se encuentran “en el mismo lugar donde están confinados los injustos”. Una vez que atraviesan la puerta de la muerte, las almas de los justos y de los injustos son llevadas por senderos diferentes, y hay ángeles asignados para guiarlas.

Josefo continúa: “Los justos son guiados por la derecha [...] y son dirigidos con himnos que los ángeles, asignados para ese lugar, cantan hasta llegar a una región de luz”. En esta región “no hay lugar para el trabajo duro, no hay un calor quemante, no hay un frío penetrante; tampoco hay arbustos con espinas”.

Este lugar de bendición, descanso y contentamiento está en agudo contraste con el destino de los muertos injustos que, de acuerdo con Josefo, después de haber entrado por la puerta, “son arrastrados a la fuerza hacia la izquierda [...] por ángeles asignados para el castigo, y ya no van con buena voluntad, sino como prisioneros llevados con violencia”. Estos ángeles “los arrastran a la zona del infierno mismo”, y los dejan ahí donde “continuamente escuchan el sonido del infierno y donde no pueden alejarse del ardiente vapor”. Como es lógico, “cuando ven más de cerca este espectáculo, como de una terrible y enorme perspectiva de fuego, son golpeados con un horrendo anticipo del juicio futuro, y prácticamente son castigados de ese modo”. El sentimiento de ese presentimiento horrendo aumenta cuando “ellos ven el lugar de los padres y de los justos” pero no pueden cruzar hacia ellos porque un abismo “profundo y grande les separa” (Josefo).²

Esta descripción gráfica del Hades nos permite ver un claro desarrollo en el pensamiento judío que va de una sala de espera que hay después de la muerte (Seol), pero que no es de juicio, a un lugar donde el juicio final ya está fijado y, de hecho, anticipado por sus habitantes. Cada persona que se da cuenta de este destino eterno vive una existencia espiritual intermedia, saboreando ya sea la bendición o el dolor.

Es claro que esta creencia se había generalizado en el judaísmo, pero ¿era aceptada por Jesús y enseñada por los apóstoles?

DE AQUÍ A LA ETERNIDAD

Como hemos visto, no hay duda de que Jesús y los apóstoles creían que en el momento de la muerte el espíritu seguiría vivo. Jesús consoló al ladrón en la cruz asegurándole que su fe le otorgaría un lugar con Él en el Paraíso ese mismo día (Lc 23:42-43).

La palabra “Paraíso” introduce una nueva idea muy importante en nuestra comprensión de la vida en el mundo de los muertos. Paraíso literalmente significa “jardín”. Así como el Hades (el mundo de los espíritus de los muertos) es una parte del cielo (el mundo espiritual), así el Paraíso parece ser esa parte del Hades en donde las almas de los justos que han muerto gozan de la presencia de Jesús durante el periodo que va de su muerte a la resurrección de su nueva morada terrenal.

Parece que lo que Jesús quiere decir es que el ladrón, inmediatamente después de su muerte, sería consciente de la presencia de Jesús en el Paraíso del Hades.

En Filipenses 1 Pablo también previó la transición inmediata que hay después de la muerte a la presencia de Jesús. Al luchar con el tema de su muerte, la secuencia en las ideas de Pablo despertó dentro de él dos esperanzas encontradas. Por un lado razonaba que si permanecía vivo podría continuar su fructífero ministerio entre los gentiles y su apoyo a las nuevas iglesias que habían empezado. Por otro lado, para Pablo el enfrentar la muerte no era una derrota o una desesperación, sino una “ganancia” porque, como dijo, añoraba “partir y estar con Cristo porque eso era mucho mejor”.

De manera similar, en 2 Corintios 5:1-6, Pablo compara los méritos relativos de estar “en casa en el cuerpo”, que él describe como “esta tienda de campaña”, y estar “en casa con el Señor”, “revestidos con nuestra morada celestial”. Las opiniones varían en cuanto a que si esta “morada celestial” o “casa eterna en el cielo” se refiere a nuestro estado espiritual en el Paraíso con Jesús o a nuestra resurrección del cuerpo. En cualquier caso “[Pablo] está muy seguro que si su cuerpo terrenal se tiene que deshacer con la muerte, un bendito hogar lo espera más allá de la tumba” (R. V. G. Tasker),⁸ y que él “preferiría ausentarse de este cuerpo y vivir junto al Señor” (2Co 5:8).

Entonces, la esperanza tanto de Jesús como de Pablo estaba en la continua existencia consciente después de la muerte; no en un sombrío “mundo de los muertos”, sino en el Paraíso. Conocer a Jesús en el Paraíso, “partir y estar con Cristo”, “estar en casa con el Señor”, todas estas ofrecen una tremenda esperanza al cristiano mientras él o ella atraviesa la puerta de la muerte.

Así que vemos un desarrollo del concepto del Hades en el Nuevo Testamento. En algunos pasajes conserva su significado general de “todo el mundo de los muertos”, pero en otros se usa para esa parte del mundo de los muertos reservada para los injustos (estando los justos en el Paraíso). El desarrollo se ve con mayor claridad en la historia que Jesús narra del rico y Lázaro (Lc 16:19-31) quienes, después de morir, son conscientes de sus diferentes entornos en la vida después de la muerte. El rico se encuentra en un lugar de sufrimiento, identificado como Hades en la Versión Reina Valera 1960 y en la Biblia de las Américas****, mientras que Lázaro, el mendigo, se encuentra en un lugar donde Abraham lo consuela (en una parte separada del Hades). Ambos están en el mundo de los muertos, pero un “gran abismo” está puesto entre el lugar del sufrimiento del rico y el lugar de consuelo de Lázaro.

¿Qué tan razonable es usar los detalles de esta historia para debatir la naturaleza de la vida después de la muerte?

¿Estaba Jesús usando una historia muy conocida solo para ilustrar Su enseñanza sobre las actitudes de la gente rica hacia la gente pobre, o sobre la actitud de Dios hacia ambos? Craig L. Blomberg advierte que “el hecho de que la fuente de muchas de las imágenes que se usan en la parábola fuera probablemente del folclor popular nos debe advertir en contra de ver los detalles de esta narrativa como una descripción realista de la vida después de la muerte”.⁹

Aunque reconocemos que a los detalles de cualquier parábola no se les debe exigir demasiado, sí parece poco probable que Jesús usara una historia completamente desconectada de la realidad para ilustrar Sus enseñanzas, sobre todo si esas enseñanzas se relacionan directamente con los destinos eternos de los personajes de la historia. Así que todavía podría ser posible afirmar, con precaución, que “Jesús nos está dando aquí un vistazo de la naturaleza de la vida después de la muerte en el tiempo entre la muerte y el juicio final”. Cuando estudiamos este “vistazo”, “vemos personalidades incorpóreas que son sumamente conscientes de su condición de dicha o tormento”. Sin embargo, “ambos están en el Hades” (Roger T. Forster).¹⁰

Esto concuerda bien con la conclusión del teólogo Millard J. Erickson de que “con la muerte los creyentes van inmediatamente a un lugar y estado de bendición [en el Paraíso] y los incrédulos van a una experiencia de miseria, tormento y castigo”.¹¹

David Watson, frente a su propia muerte inminente, escribió: “Según la enseñanza de Jesús, parece que al momento de la muerte habrá una gran división entre los que conocen y aman a Dios y los que no”. Los que no conocen a Dios pasarán directamente al Hades, sabiendo dónde están y sabiendo a dónde van. Los hijos de Dios, por otro lado, entrarán a la parte del Hades (es decir, el mundo de los muertos) que nosotros llamamos Paraíso. Esperando estar con Cristo en el Paraíso, David Watson escribió: “Habrá un maravilloso sentimiento de estar plenamente en la presencia de Dios en una atmósfera impecable e ininterrumpida de amor, gozo y alabanza”.¹²

La entrada directa del creyente al Paraíso es insinuada de manera interesante por las experiencias de aquellos que han sido declarados clínicamente muertos y que después han resucitado. David Watson explica:

Aunque sería un error basar nuestras creencias en la experiencia de aquellos que han sido declarados clínicamente muertos y que después fueron resucitados a la vida, vale la pena hacer notar que casi todos los que eran cristianos dijeron que caminaron en un jardín lleno de colores hermosos e impactantes y al son de una música bellísima [...] por lo que regresaron a la tierra con gran reticencia.¹³

¿TE SIENTES SOÑOLIENTO?

Pero si la vida entre la muerte de un creyente y la resurrección es una experiencia consciente de estar con el Señor en el Paraíso del Hades, ¿qué pasa con las afirmaciones que hacen algunos de que con la muerte simplemente “dormimos” y permanecemos en una “animación suspendida” espiritual hasta el Día del Juicio y la resurrección?

Ciertamente Pablo usó esta terminología cuando animó a los cristianos de Tesalónica a no desalentarse por el hecho de que algunos de sus miembros habían muerto antes de que Jesús regresara. “Tampoco queremos [...] que ignoren acerca de los que duermen”, escribió. “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él” (1Ts 4:13-14). Pese a que Pablo afirma que los que han muerto se han ido para estar con Jesús (de otro modo, ¿cómo los podría traer con Él cuando regrese para juzgar la tierra?), parece que está diciendo que están *durmiendo* en el cielo.

Sin embargo, la evidencia de otros pasajes del Nuevo Testamento parece estar en conflicto con esto. Juan oye a las almas de los mártires en el cielo no roncando sino gritando (Ap 6:9-10). Y, como hemos visto, Jesús y Pablo previeron la comunión *consciente* en el cielo después de la muerte, Jesús con el ladrón en la cruz y Pablo con Jesús mismo.

Así que si el Nuevo Testamento revela que las almas están vivas, conversando y ¡hasta gritando! y disfrutando de la compañía de los demás, entonces ¿dónde encaja la idea del “alma dormida”? ¡El sueño suena como algo demasiado pasivo como para permitir toda esta actividad espiritual después de la muerte! No debemos confundirnos. Es bastante sencillo: “El sueño era un término común y corriente para referirse a la muerte tanto en la literatura griega como en la hebrea, y no contenía ningún significado teológico” (George Eldon Ladd).¹⁴ “Se ha quedado dormido” era solo una manera de decir “Se ha muerto”, y no nos dice nada sobre el estado de los que están en esa condición.

Y POR LO TANTO, AL INFIERNO

Tradicionalmente muchos cristianos han creído que, al morir, a los seres humanos se les dará la bienvenida en el cielo o serán enviados al infierno. Pero, como hemos visto, esta creencia no le hace justicia a la perspectiva bíblica de la vida después de la muerte. El cielo se refiere a todo el mundo de la realidad espiritual y no solo a nuestra morada eterna (ver capítulo 3) y las palabras “Hades” y “Seol” (que con frecuencia se traducen como “infierno”) hacen referencia a nuestra morada espiritual temporal entre la muerte y la resurrección, en vez de a nuestro destino eterno después del juicio. (Aunque, como hemos visto, el juicio final se anticipa en el Hades porque los justos ya disfrutaban estar con Jesús en el “jardín de Dios” [el Paraíso], mientras que los injustos son conscientes de que están eternamente perdidos).

Así que, ¿en dónde encaja el infierno? La palabra que se traduce correctamente como “infierno” en el Nuevo Testamento es la palabra *Gehenna*. El *Gehenna* era un lugar real, un valle al sur de Jerusalén que en el Antiguo Testamento se le llama el “Valle de Ben Hinón”. Tenía una mala reputación desde los días en que los niños eran sacrificados ahí (2R 16:3; 23:10); era sinónimo de horror y juicio. En los días de Jesús era el lugar donde la basura de Jerusalén se quemaba. Jesús mismo usó las imágenes gráficas del montón de basura que siempre estaba ardiendo, junto con sus asociaciones con la repugnante maldad y el juicio de Dios, como una ilustración del destino que les esperaba a los malvados en el día final. El infierno (*Gehenna*) llegó a ser el reconocido símbolo del lugar de tormento y destrucción final para los injustos.

El fuego del infierno se preparó principalmente para castigar a Satanás y a sus ángeles, pero también consumirá a los que sean declarados culpables en el Día del Juicio (Mt 25:41).

Quizá el malentendido más común acerca del infierno es la creencia de que muchos “van al infierno cuando mueren”. De acuerdo con la Biblia, el infierno tiene que ver con el juicio *final*. Después de morir, los cristianos entran al Paraíso y los no cristianos al Hades, y ahí esperamos la resurrección física, el juicio final y las recompensas eternas: para los justos, una bienvenida a la vida en la tierra nueva; para los injustos (seres humanos y ángeles), el fuego destructivo del infierno. El Hades y el Paraíso son temporales; la tierra nueva y el infierno son para siempre. El Hades y el Paraíso se están poblando más y más, pero nadie hasta ahora ha entrado al infierno.

Este no es el lugar para entrar en un debate sobre la naturaleza del fuego del infierno; es decir, si los injustos sufrirán el tormento eternamente o si serán destruidos en el fuego del infierno; o si el propósito del infierno es el ser juzgados eternamente (ser castigados por el pecado de una manera que no tiene fin) o el juicio eterno (ser declarados culpables o condenados a la destrucción por una decisión eterna e irrevocable de Dios). Cualquiera que sea el criterio que se sostenga, es innegablemente cierto que el estado del sufrimiento eterno y el estado de destrucción eterna son espantosos comparados con la hermosa existencia gloriosa e indescriptible que la humanidad redimida disfrutará en la tierra renovada. ¿Por qué obsesionarse con comparar los “aspectos positivos” de la destrucción con las “desventajas” del tormento eterno (como lo hacen algunos)? Cuando cualquier criterio del infierno se compara con la vida eterna, el gozo, la paz, la libertad, la felicidad, la salud y la plenitud, realmente solo hay una opción.

Cabe señalar que el infierno como el tormento eterno y el infierno como la destrucción eterna son los únicos

dos criterios que el Nuevo Testamento nos permite tener. La absurda afirmación de algunos de que el “cielo será aburrido” y “preferiría estar pasándolo bien en el infierno” debería hacernos estremecer de horror por el lugar hacia donde tal ignorancia les lleva.

¡SOLO IMAGÍNALO!

En conclusión, sería útil representar lo que la Biblia enseña sobre nuestra experiencia después de la muerte en forma de diagrama (ver más adelante). Espero que los detalles de este capítulo no hayan oscurecido el objetivo principal, que es demostrar que la existencia espiritual a la que entramos al morir no es permanente. Durante un tiempo estaremos en el cielo, pero el creyente, aunque esté disfrutando enormemente la belleza del jardín del Paraíso del cielo, todavía puede decir que ¡lo mejor está aún por venir! Nunca seremos plenamente humanos sino hasta que llegue nuestra resurrección, y nunca nos sentiremos completamente como en casa sino hasta que la tierra sea renovada.

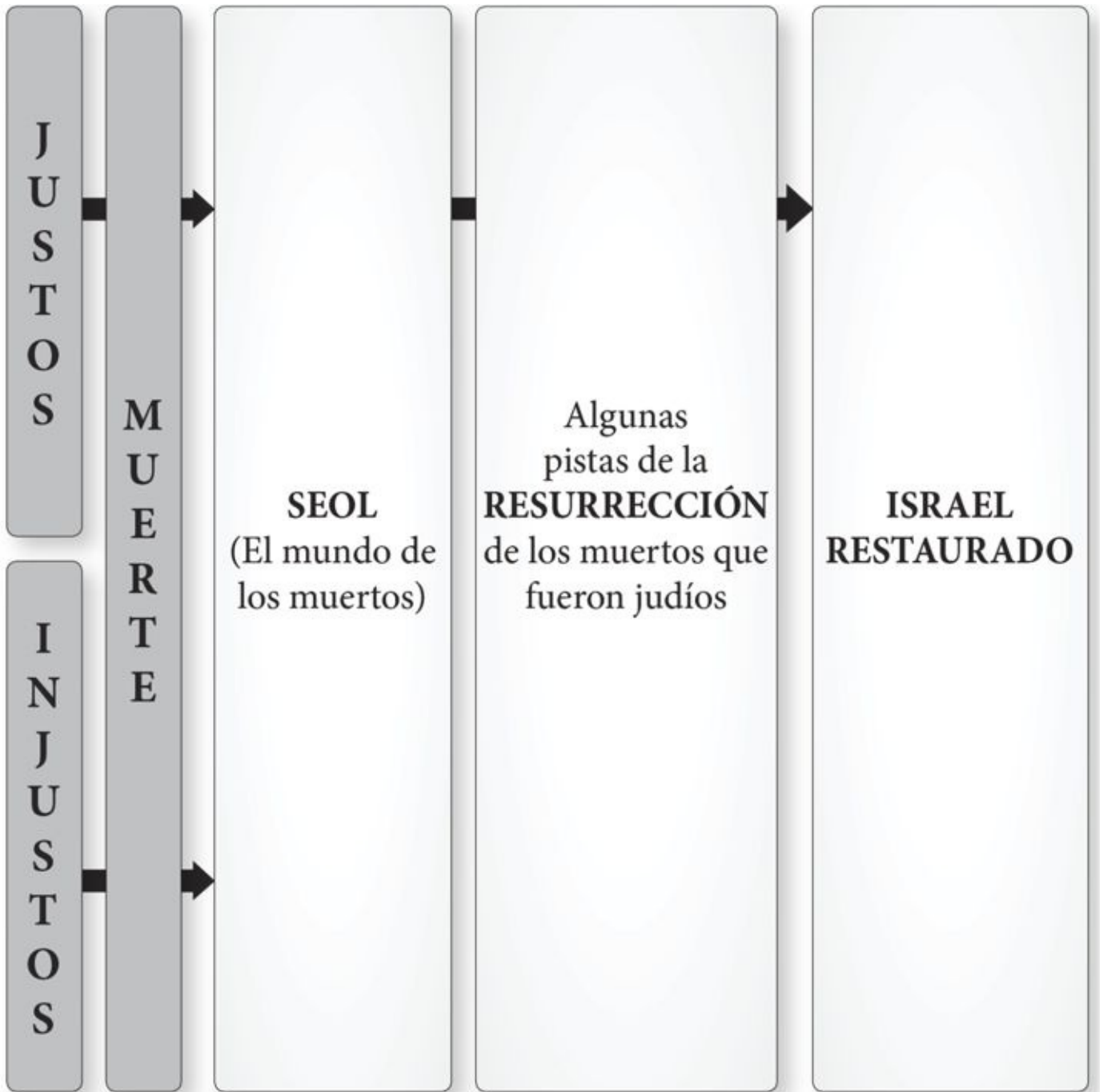
[*](#) En estos dos salmos (49 y 16) la NVI traduce *Seol* como “sepulcro”.

[**](#) Tanto la RV60 como la RVC usan “Hades”. En este pasaje la NVI traduce la palabra “Hades” como “el reino de la muerte”.

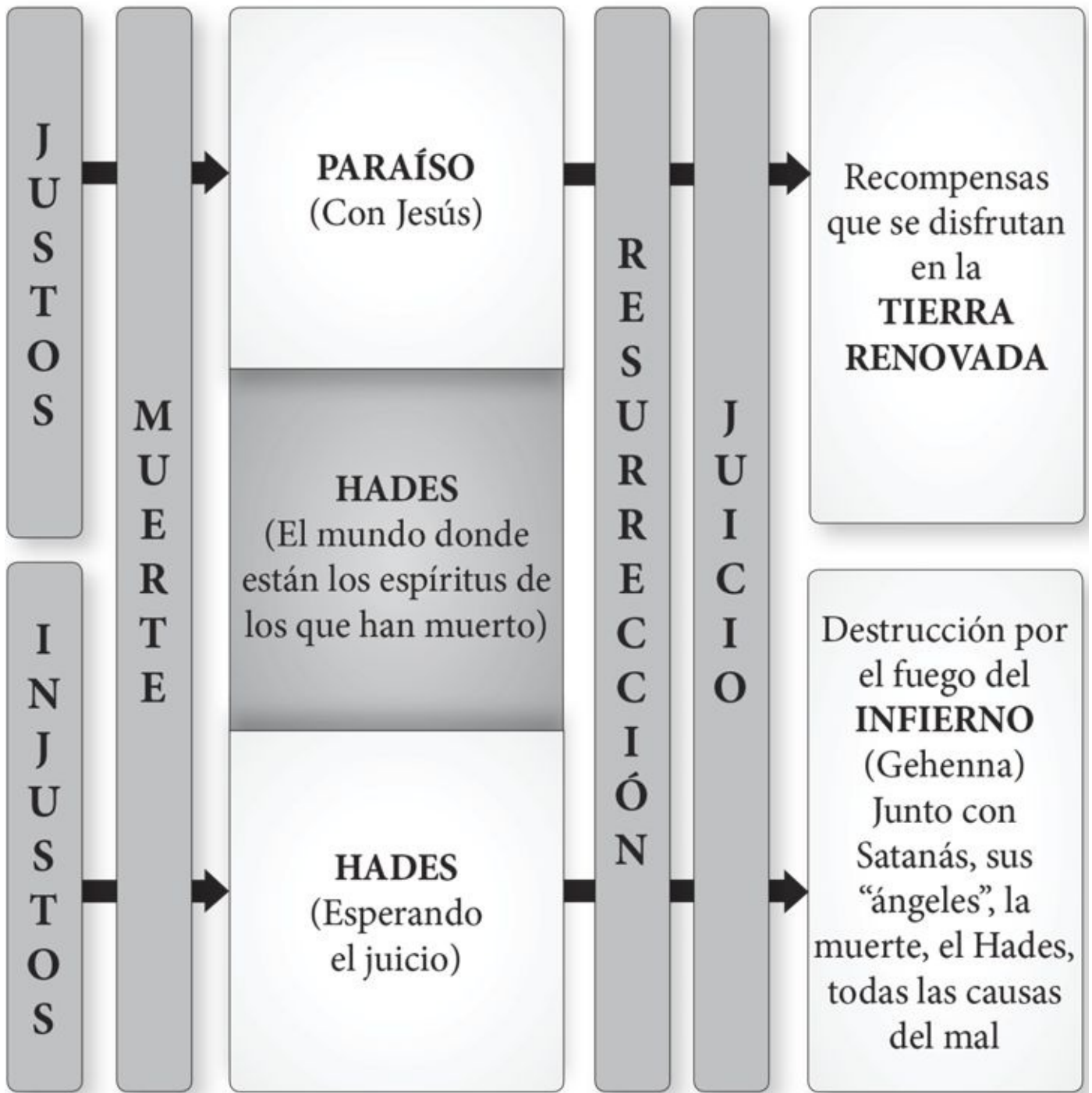
[***](#) La palabra *Hades* no aparece en la NVI; en algunos pasajes traduce *Hades* como “infierno”. *Hades* sí aparece en la RVC y en la RV60.

[****](#) En el versículo 23 la NVI traduce *Hades* como “infierno”

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO



EN EL NUEVO TESTAMENTO



Nótese que el Hades a veces se usa como un término general para describir todo “el mundo de los muertos” (incluyendo el Paraíso) y a veces se usa, como en el diagrama anterior, para designar el lugar donde los injustos esperan después de la muerte.

VAYAMOS A LO FÍSICO

Al final del capítulo anterior dejamos a los espíritus de nuestros muertos cristianos en el Paraíso, distrito del Hades, disfrutando la vida con Jesús pero sintiéndose todavía incompletos. A pesar de todos los placeres que hay en el Paraíso, nunca fuimos diseñados para vivir en un mundo solo de espíritus. Lo mejor está por venir y los residentes del Paraíso, confiados en la promesa de Dios de los cielos nuevos y la tierra nueva, aguardan con esperanza el día en el cual el espíritu y el cuerpo se reunirán para disfrutar la vida en la tierra nueva.

Si nuestro destino eterno fuera el cielo, entonces un cuerpo nuevo no sería necesario porque, como hemos visto, los espíritus están muy capacitados para disfrutar el cielo. La promesa de una tierra nueva, sin embargo, es coherente con la promesa de la resurrección del cuerpo, ya que nuestros nuevos cuerpos físicos necesitarán una tierra nueva donde vivir. Es extraño cuántos cristianos afirman creer en la resurrección física al mismo tiempo que contemplan la idea de un cielo “espiritual” como su hogar eterno. Una vez más, mientras ponemos nuestra esperanza en la resurrección, vemos la evidencia de que “el destino del cosmos no es un ‘cielo’ etéreo, sino un universo re-creado” (John Stott).¹

Pero, ¿cómo serán nuestros cuerpos resucitados? ¿Nos veremos igual que ahora? ¿Y nuestros cuerpos serán realmente “físicos”? ¿No dice Pablo que tendremos “cuerpos espirituales”? (1Co 15:44).

¿Qué pasa con las personas que han sido cremadas o que se han perdido en el mar? ¿Cuál será para ellas el significado de la resurrección? Las respuestas a estas y otras preguntas forman el tema principal de este capítulo.

LA IMPORTANCIA DE LA RESURRECCIÓN

Cualquiera que haya leído el Nuevo Testamento seguramente no tendrá duda de que el tema de la resurrección se toca con frecuencia y a todo volumen.

Después de esperar fielmente el don del Espíritu Santo en Pentecostés, Pedro aprovechó la oportunidad que surgió por el alboroto, cuando los discípulos fueron llenados del Espíritu, para explicarle a la multitud lo que estaba sucediendo. En su discurso rápidamente abarcó el papel que el Espíritu tenía en su comportamiento (Hch 2:14-21) y pasó a hablar acerca del recién ejecutado Jesús (Hch 2:22-23). La cruz, sin embargo, no es lo más importante en la mente de Pedro porque la mayor parte del resto de su sermón se basa en el hecho de que Dios levantó a Jesús, “librándolo de las angustias de la muerte, porque era imposible que la muerte lo mantuviera bajo su dominio” (Hch 2:24-32). En términos relativos, Pedro pasó mucho más tiempo explicando los hechos sobre la resurrección de Jesús que hablando sobre Su crucifixión.

Desde este punto en adelante, la resurrección de Jesús estuvo en el corazón del mensaje que los apóstoles predicaron. Pocos días después, los saduceos (quienes no creían en ninguna clase de resurrección) se enojaron y “estaban muy disgustados porque los apóstoles enseñaban a la gente y proclamaban la resurrección, que se había hecho evidente en el caso de Jesús” (Hch 4:1-2). Esta desaprobación oficial no logró disminuir el celo de los apóstoles, y dondequiera que iban siguieron predicando a Jesús crucificado pero resucitado y ¡muy vivo!

De hecho, esta conmoción por la resurrección de Jesús les dio a los apóstoles mucho valor para compartir el evangelio. Después de todo, ellos sabían que Jesús estaba con ellos. Él no estaba muerto sino vivo, Su Padre celestial lo había resucitado del mundo de los muertos. ¿Qué podían temer si daban todo por servir a un Dios viviente tan poderoso?

Mientras los apóstoles estaban celebrando y predicando la resurrección, Saulo y los fariseos estaban llevando a cabo planes para destruir a esta perniciosa secta judía de los seguidores de Jesús. Para nada convencido de la resurrección de Jesús, ¡nadie se hubiera sorprendido más que Saulo de encontrarse a Jesús vivo en el camino a Damasco! (Hch 9:3-7). Este encuentro personal con el Cristo resucitado transformó la vida de Saulo (después llamado Pablo) y formó la base de su futuro ministerio (Gá 1:11-12, 14-17).

De hecho, se convenció tanto de la resurrección de Jesús y de las implicaciones que eso tenía para todos Sus seguidores que escribió: “Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados. En este caso, también están perdidos los que murieron en Cristo. Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera solo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales. Lo cierto es que Cristo ha sido levantado de entre los muertos” (1Co 15:17-20). Antes, en el mismo capítulo, Pablo les había dicho a los corintios que la crucifixión y la resurrección de Jesús eran de “suma importancia” y juntas formaban la base de su fe en Dios.

La resurrección de Jesús era, por lo tanto, un (o más bien *el*) tema central de las buenas noticias de los apóstoles. Significaba que se podía demostrar que Jesús era el Hijo de Dios, que el poder de Dios probó ser mayor que el de Satanás y que se podía conocer a Jesús como un amigo y compañero. Pero junto con esta gozosa proclamación de que “Jesús está vivo” corría en paralelo una esperanza para el futuro: la esperanza de la resurrección de todos los creyentes en Jesucristo.

Lejos de ser un evento único y extraordinario, la resurrección de Jesús probó que todos podían vencer a la muerte. La muerte había dejado de ser el destino final, y en lugar de eso se había vuelto una mera escala en el viaje de esta era a la era por venir. Jesús era visto como los “primeros frutos de los que habían muerto” (1Co 15:20) y como el “primogénito dentro de una gran familia” (Ro 8:29). Se esperaba que un día todos los creyentes experimentarían el asombroso poder re-creador de Dios, quien restauraría sus espíritus a una existencia corpórea.

Esta es la esperanza cristiana. No es una esperanza como la hindú que cree en la reencarnación después de la muerte, —o en una forma de vida superior (si hemos sido buenos esta vez) o como un cerdo o una cucaracha (si no hemos sido buenos). No es una esperanza como la budista, de estar flotando en la nada espiritual después de la muerte. Definitivamente, no es una creencia sin esperanza como la de un humanista ateo, de que se acaba todo con la muerte. Nuestra esperanza es la vida eterna en un cuerpo resucitado en una tierra re-creada. Su firme creencia en la resurrección inspiró a los primeros cristianos a enfrentar la muerte con una confianza que sorprendió a los que les rodeaban y observaban. Nuestra creencia debe seguir haciendo lo mismo por nosotros hoy.

JESÚS Y LA RESURRECCIÓN

Como hemos visto, la esperanza del creyente en la futura resurrección del cuerpo está ligada inseparablemente a la resurrección de Jesús. A la verdad, Jesús mismo dijo: “Yo *soy* la resurrección y la vida. El que cree en Mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás” (Jn 11:25-26). La resurrección que lleva a la vida eterna es, entonces, el privilegio de los que creen en Jesús. “La resurrección de Jesús nos da evidencia sólida, visible, tangible y pública del propósito de Dios de [...] darnos cuerpos nuevos en un mundo nuevo” (John Stott).²

Debido al dominio que Jesús tiene sobre la muerte, Él no solo es el único que “estuvo muerto” pero ahora está “vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1:18). Él también es el que tiene las “llaves de la Muerte y del Hades”. El mundo de los muertos se describe con puertas que normalmente se mantienen cerradas, para que cuando los espíritus de los que han muerto pasen por ellas, no puedan regresar a la tierra de los vivos. Jesús, sin embargo, nos da esperanza dejándonos saber que Él tiene las llaves de esas puertas. Solo Él puede abrir el cerrojo de las puertas de la muerte, sacar del Hades en libertad a los espíritus de los que han muerto (ver capítulo 4) y reunirlos otra vez con un cuerpo físico.

Así que la resurrección de Jesús nos da la evidencia de que la resurrección es posible y nos da la esperanza-promesa de que podemos compartir este gran revés que Él le dio a la muerte. “Lo que le pasó a Jesús se entiende como el amanecer de la promesa certera de la gloria venidera de Dios sobre todos y como la victoria que Dios obtuvo de la vida sobre la muerte” (Jürgen Moltmann).³ Aunque así de maravillosa es esta esperanza de la resurrección, todavía no da por sentado cómo serán nuestros cuerpos resucitados. ¿Qué claves nos da la Biblia?

“SOY YO MISMO”

No puede haber duda de que el personaje que se reunió con los discípulos en el aposento alto, el que caminó con dos hombres en el camino a Emaús y el que comió pescado con los pescadores *era* Jesús (Lc 24:36). Él reveló con paciencia Su verdadera identidad a los amigos y discípulos que apenas estaban intentando aceptar que lo habían perdido. Debe haber sido para ellos una experiencia aterradora verlo y que les enseñara acerca de Su propia resurrección y que les mostrara las marcas de las heridas en Su cuerpo para probar sin lugar a dudas que era realmente Él. Si un íntimo amigo mío muriera y, una semana después de su funeral, de repente se me apareciera alguien que se parece a él y tratara de persuadirme de que es el mismo amigo que yo había visto que habían enterrado, por mucho que se parezca físicamente, tendría mis dudas y ¡llevaría tiempo convencerme! No es de extrañar que los discípulos “pensaran que estaban viendo un fantasma”. ¡Las palabras de Jesús eran, al mismo tiempo, reconfortantes y alarmantes! “Miren mis manos y mis pies. ¡Soy Yo mismo! Tóquenme y vean; un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo Yo” (Lc 24:37-39).

El Jesús después de la resurrección era la misma persona que el Jesús antes de la muerte. Era Él, Él mismo. Esto mismo será cierto para nosotros: “Dios no nos promete la vida eterna como a espíritus etéreos, sino como a personalidades expresadas en una nueva clase de cuerpo [...] Tal y como un mensaje sigue siendo el mismo mensaje, ya sea que se diga con palabras o se envíe en código Morse, así, según la Biblia, nosotros seremos las mismas personas, cualquiera que sea la forma material en la que nuestras personalidades sean expresadas” (Profesor Donald Mackay).⁴

UN CUERPO RE-CREADO

Una de las grandes preguntas para abordar es, ¿Dios volverá a cubrir mi esqueleto de alguna manera para poder resucitarme o partirá de cero? ¿Qué materias primas necesitará Dios para llevar a cabo el acto de la resurrección?

Jesús resucitó cuerpos muertos varias veces. Lázaro (Jn 11:38-44), la hija de Jairo (Mr 5:21-43) y el hijo de la viuda de Naín (Lc 7:11-15) estaban todos “clínicamente muertos”, pero Jesús los restauró a la vida. Sin embargo, la vida a la que fueron devueltos fue la vida en esta tierra y, con el tiempo, como todos los seres humanos, murieron. Su cuerpo “nuevo” era solo su viejo cuerpo que se había vuelto a unir con su espíritu y que todavía estaba sujeto a la corrupción, a la enfermedad, al desgaste y, con el tiempo, a la muerte.

Debemos recordar (y gozarnos en) el hecho de que es Jesús y no Lázaro quien nos da el patrón para la resurrección. Cuando el poder de Dios sacó del mundo de los muertos al espíritu de Jesús y lo volvió a unir con Su cuerpo humano, fue por un acto de re-creación y no de resucitación. “La resurrección fue un acto dramático por parte de Dios mediante el cual Él detuvo el proceso natural de decadencia y descomposición (‘no dejarás que tu santo vea corrupción’), rescató a Jesús del Hades y cambió Su cuerpo en un nuevo instrumento para Su personalidad, dotado de nuevos poderes y poseyendo inmortalidad” (John Stott).⁵

No fue tanto que Jesús haya renacido, sino más bien que fue re-creado. Su cuerpo nuevo era en muchos aspectos probablemente muy similar a como se veía su cuerpo anterior. Sin duda fue vuelto a crear con las heridas que lo identificaban, que fueron las que impresionaron al desconfiado Tomás (Jn 20:27-28). Para nosotros también, “al darnos nuevos cuerpos, habrá continuidad sin la suposición de la igualdad física absoluta. Dios no necesita buscar los mismos átomos y las mismas moléculas que una vez nos constituyeron; si así lo hiciera, no habría suficientes átomos o moléculas [para crearnos de nuevo a todos] ya que todos usamos ‘ropas de segunda mano’ en lo que a eso se refiere [...] Cualquier resurrección a la vida física involucrará el acto masivo de una nueva creación” (Tom Wright).⁶

Con esta enseñanza son tranquilizados los que se preocupan (de manera justificada) en la posibilidad de la resurrección después de la cremación, por ejemplo, sobre la base de que no existe ningún cuerpo que levantar. ¡Dios es más que capaz de volver a crear un cuerpo adecuado para cada espíritu que lo necesite!

UN CUERPO ADECUADO

¿Por qué Dios va a crear de nuevo en vez de solo resucitar? Quizá porque el ambiente de la tierra nueva, después de haber sido ella misma redimida y renovada, limpiada a fondo del mal y el daño, será un ambiente extraño para nosotros. Nuestros cuerpos, aunque diseñados para un mundo perfecto antes de la caída, están ahora adaptados a la vida en un mundo caído. Hemos desarrollado habilidades innatas casi milagrosas que nos capacitan para luchar contra la enfermedad, vivir en climas extremos y hacer frente al estrés emocional. Sin embargo, la promesa de Dios es que el quebrantamiento (espiritual, ambiental y emocional) que constituye nuestro entorno diario será sanado en la era venidera. Nuestros nuevos cuerpos estarán equipados para el nuevo ambiente y la nueva atmósfera de la gloria en la tierra.

Pablo tocó esto en su enseñanza sobre la resurrección en 1 Corintios 15. Señala que incluso en este mundo presente “no toda carne es semejante, porque hay una carne para los seres humanos, otra para los animales, otra para los pájaros y otra para los peces”. Dios ya ha provisto cuerpos diferentes adaptados a las necesidades de ambientes diferentes. El cuerpo de un pájaro está creado de manera exclusiva para las demandas del vuelo, mientras que el cuerpo de un pez está hecho con el propósito de vivir bajo el agua. La idea de que estos dos intercambien sus hábitats es risible (¡para todos excepto para los macroevolucionistas!). Pablo sugiere que sería igualmente risible imaginar que la resurrección fuera reanimar a este cuerpo para vivir en la era venidera. Para Pablo, lo “perecedero” ya no puede heredar más lo “imperecedero” así como una trucha no puede heredar el nido de una águila.

Así que “¿con qué clase de cuerpo seremos resucitados? Tal y como sucedió con Cristo: el mismo pero no el mismo; este cuerpo, pero adaptado a las nuevas condiciones de la existencia celestial” (Gordon Fee).⁷

C. S. Lewis, en su libro visionario *El Gran Divorcio*, pinta el siguiente cuadro de la raza humana renovada viviendo unida en “las laderas del cielo”:

Vi gente que venía a encontrarnos. Puesto que brillaban, los vi desde que todavía estaban a la distancia; al principio no sabía para nada que eran personas [...] La tierra se estremecía bajo sus pisadas mientras sus fuertes pies se hundían en el césped húmedo. Una pequeña niebla y un dulce aroma ascendían donde ellos aplastaban el pasto y esparcían el rocío. Algunos estaban desnudos, otros estaban vestidos. Pero los que estaban desnudos no se veían menos adornados, y las ropas de los que estaban vestidos no disfrazaban la masa muscular y la radiante suavidad de la piel. Algunos tenían barba, pero nadie en esa compañía me pareció que tuviera alguna edad en particular. Uno vislumbra, incluso en nuestro mundo, lo que no tiene edad: el pensamiento intenso en el rostro de un niño y la niñez juguetona en el de todo hombre anciano. Aquí todo era así.⁸

En esta encantadora visión, C. S. Lewis describe a la humanidad reconocible como tal y actuando como tal, pero impresionantemente adaptada a la vida en la eternidad. Sus imágenes describen formas humanas reconocibles y renovadas pero con indicios de la “alteridad” y las diferencias que seguramente marcarán la vida en la tierra nueva. Lewis introduce otra pregunta que se plantea con frecuencia sobre la resurrección de nuestro cuerpo: ¿tendremos todos la misma edad? Es difícil imaginar lo que querrá decir el concepto de “edad” en la eternidad. Es posible que

Lewis no esté lejos de la verdad cuando describe en su texto que la gente no tiene edad. Ya que el envejecimiento no existirá en la era venidera, cualquiera que sea el estado en el que seamos resucitados, ese será en el que pasemos la eternidad. Puede ser que las personas cuyos cuerpos nunca se desarrollaron por completo en este mundo (por ejemplo, el de los niños que murieron, el de los bebés que fueron abortados como fetos, o los adultos a quienes la enfermedad deformó), serán gloriosamente dotadas con la clase de cuerpo perfecto que el mal previamente les robó. Sin duda, aquellos de nosotros que luchamos con varias clases y grados de incapacidad en este mundo disfrutaremos ser libres de la “esclavitud a la corrupción” (Ro 8:21); la creación misma también espera esta libertad. No habrá más articulaciones con artritis, pechos que respiran con dificultad ni oídos que zumban. Lo viejo se ha ido y lo nuevo ha llegado. ¡En una vida que continúa para siempre, preguntarse sobre la edad de alguien no tendrá sentido!

En Su resurrección, a Jesús se le concedió un nuevo cuerpo para disfrutar la eternidad.² Él “fue transformado para vivir en el nuevo nivel, eterno y glorioso, de la era venidera. *Ese* Jesús es el patrón para la resurrección de Su pueblo. No menos real, sino más real” (Stephen Travis).¹⁰

UN CUERPO ESPIRITUAL

Es posible que, a estas alturas, algunos de ustedes pensarán que soy muy ingenuo: al fin de cuentas, seguramente Pablo termina con toda esta exactitud literal cuando habla de nuestros cuerpos resucitados como “cuerpos espirituales” (1Co 15:44). Por lo tanto, ¿no fue su opinión que los cuerpos resucitados serían en conjunto más etéreos y transparentes? Y, de todas maneras, ¿no dijo Jesús mismo que “en la resurrección [...] serían como los ángeles que están en el cielo?” (Mt 22:30). Si los “ángeles espirituales” son nuestro prototipo de resurrección, ¿debemos volver a considerar radicalmente todo lo que hemos afirmado hasta aquí en este capítulo! Estudiemos cada pasaje de uno en uno.

En el siguiente capítulo analizaremos la afirmación de Jesús de que seremos como los ángeles. Pero, por ahora, ¿qué quiere decir Pablo cuando describe nuestro cuerpo resucitado como “espiritual”? “Espiritual” es un adjetivo que Pablo usó varias veces en sus epístolas. Habló de los dones espirituales (Ro 1:11), de personas espirituales (1Co 2:15), de bendiciones espirituales (Ef 1:3) y de cánticos espirituales (Ef 5:19). ¿Quiere él decir que estas cosas son fantasmales y que de alguna manera son hechas de “espíritu”? Claro que no. Pablo usa la palabra “espíritu” en contraste con “carne” (es decir, nuestra naturaleza caída), no en contraste con nuestros cuerpos. Así que lo que Pablo enseña es que los dones espirituales, las personas espirituales, las bendiciones espirituales y los cánticos espirituales están llenos del Espíritu y son guiados por el Espíritu: los dones espirituales son *dados* por el Espíritu, una persona espiritual es alguien que está *llena* del Espíritu y es *guiada por* el Espíritu, etc.

Para seguir con esta línea de pensamiento, el cuerpo resucitado “es *espiritual* no en el sentido de ‘inmaterial’, sino de ‘sobrenatural’. El cuerpo transformado, entonces, no está compuesto por el ‘espíritu’; es un *cuerpo* adaptado a la existencia escatológica que en última instancia está bajo el dominio del Espíritu” (Gordon Fee).¹¹ Así que, una vez más aquí, Pablo insinúa que nuestra resurrección será mucho más que una simple “reanimación del cuerpo”; más bien, nos proporcionará un “cuerpo nuevo, animado por el Espíritu de Dios” (C. K. Barrett).¹²

¡Maravilloso! Por primera vez en la historia estaremos verdaderamente equipados para “caminar en el Espíritu”. Del mismo modo que todos los que sufren una debilidad física conocerán la liberación en la era venidera, aquellos de nosotros que cada día tenemos hambre de ser llenados más plenamente con el Espíritu de Dios seremos, por primera vez en la historia, llenos del Espíritu hasta desbordar. De hecho, el mismo Pablo escribe que en esta era solo tendremos un anticipo inicial de la plenitud del Espíritu que gozaremos en la tierra nueva en nuestros cuerpos resucitados. Llenos del Espíritu y guiados por el Espíritu: es en este sentido que nuestros cuerpos resucitados serán “espirituales”.

¿DEMASIADO BUENO PARA QUEMARSE?

Hasta aquí hemos estado hablando de los maravillosos cuerpos que Dios nos volverá a crear para vivir en la tierra nueva en la era venidera. Cuerpos que serán como el cuerpo resucitado de Jesús, totalmente equipados para la vida del futuro y totalmente llenos y guiados por el Espíritu Santo. Cuerpos adecuados. Cuerpos espirituales. Hemos visto que para todos los que creemos en Él, Jesús es la resurrección y la vida (Jn 11:25-26). Pero ¿qué pasa con los que no han creído? ¿Qué pasará en el Día del Juicio con los incrédulos injustos, aquellos cuyos espíritus en este momento languidecen en esa parte del Hades separada del jardín del Paraíso por un enorme abismo que no se puede cruzar?

Parece que algunos pasajes (como Lucas 20:35) quieren decir que solo son los justos los que disfrutarán la resurrección y que el resto (presuntamente) solo se quedará en una especie de estado inanimado sombrío, suspendido por el resto de la eternidad. Pero existen varios problemas con esta perspectiva, sobre todo que el Hades mismo va a ser destruido cuando la tierra nueva sea creada (Ap 20:14). ¡Esto deja desvestidos a los espíritus de los injustos que han muerto, sin ningún lugar a dónde ir!

Sin embargo, otros textos nos ayudan a aclarar que los justos y los injustos serán resucitados. Esto se aclara en numerosos pasajes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Daniel 12:2, por ejemplo, declara: “Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas”. Jesús mismo enseña claramente que “vendrá el tiempo cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn 5:28-29 RVC). Es esta “resurrección de condenación” que reciben las “cabras” en la historia que Jesús explica en Mateo 25:31-46; y es esta terrible resurrección la que conduce (por medio del juicio) a las destructivas llamas del infierno. Es esa expectativa la que tanto preocupa a los espíritus de los injustos que están en el Hades.

Qué grande es el amor de Dios que, sin que nosotros ni siquiera lo pidiéramos y antes de que naciéramos, Él envió a Su Hijo a sufrir el castigo que nosotros merecíamos para que, simplemente por nuestra fe en Él, ahora nos podamos gozar con la perspectiva espléndida de la resurrección *y la vida* en la era venidera.

LA TRANSFORMACIÓN DE LOS QUE VIVEN

Hemos visto que tanto fieles como infieles serán llamados de las puertas de la muerte, los primeros para heredar la vida eterna en la tierra que ya han comenzado a prever en el jardín del Paraíso, y los últimos para soportar el castigo eterno por haber rechazado a Dios en esta vida. En honor a la totalidad de este tema debemos preguntar, ¿qué pasará con los que todavía estén vivos en la tierra para cuando Jesús regrese? ¿Seguirán iguales, es decir, sin ser transformados en la era venidera?

De ninguna manera. Sería imposible. Como ya hemos visto, los cuerpos con los que estarían viviendo serían acondicionados para esta era; la atmósfera purificada de la eternidad requerirá que ellos hereden nuevas capacidades y propiedades. “La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni lo perecedero puede heredar lo imperecedero” (1Co 15:50).

Para los que estén vivos, la transformación será tan necesaria como para los que estén muertos. Los que estén vivos en ese momento no necesitarán el viaje a través de las puertas de la muerte al Hades para después regresar, sino que gozarán una renovación instantánea del ser que transformará su cuerpo en uno adecuado para la era venidera. “En un abrir y cerrar de ojos”, el cuerpo corrupto y mortal de los creyentes vivos será vestido de “incorruptibilidad e inmortalidad” (1Co 15:51-53).

Cuando Jesús regrese, “transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como Su cuerpo glorioso, mediante el poder con que somete a Sí mismo todas las cosas” (Fil 3:21). Cuando el mundo vuelva a estar bajo el dominio absoluto de su único y verdadero Señor, y cuando la creación misma nazca de nuevo, ¡estaremos físicamente perfeccionados para deleitarnos en el esplendor de la creación y gozarnos en la compañía de otros adorando al Creador!

PARTE 2

PERSPECTIVAS DE LA VIDA EN LA TIERRA NUEVA

“...porque rebosará la tierra
con el conocimiento del Señor
como rebosa el mar con las aguas”.

Isaías 11:9

“¡Siempre enseña de manera provisional
porque solo Dios sabe a ciencia cierta!”.

Murray Schaffer

PERSONA A PERSONA

La meta de este libro ha sido redefinir de manera bíblica nuestra esperanza futura. Mientras que muchos cristianos no tienen en lo más mínimo una perspectiva real de lo que Dios tiene preparado para los que le aman (o tienen una imagen distorsionada como el país de Nunca Jamás que llaman “el cielo”), la verdad, como hemos visto, es completamente más maravillosa.

El futuro del creyente está inseparablemente ligado a la renovación de todas las cosas. Dios le ha prometido a Su pueblo una tierra nueva como herencia, y lo que Dios ha prometido se cumplirá con certeza. Con G. C. Berkouwer afirmamos, entonces, que “es precisamente la existencia terrenal cotidiana la que es redimida”.¹

Pero, ¿cómo será un ser humano redimido y resucitado en la tierra nueva de Dios? Una vez que uno ha ajustado bíblicamente su pensamiento para dar cabida a la creencia de un futuro *terrenal* eterno, vienen a la mente un sinnúmero de preguntas. ¿Vamos a reconocernos? ¿Habrá animales ahí? ¿Comeremos? ¿Tendremos que trabajar?

Muchos cristianos han tratado de especular sobre estas preguntas, prefiriendo refugiarse en la seguridad de declaraciones no controversiales, como por ejemplo: “No sabemos cómo será, pero sí sabemos que será increíblemente maravilloso”. Eso es muy cierto, y estar seguros de que nuestro Dios nos ama nos reasegura que cualquier cosa que el futuro nos depare será buena. Este optimismo reconfortante, aunque vago, sobre nuestro futuro se resume bien en estas líneas tomadas de un poema de Marie Luise Kaschnitz:

Me preguntaron: ¿Puedes creer en la vida después de la muerte?

Y yo respondí: Sí;

pero no pude explicar cómo sería allí.

Solo una cosa sabía: No era una jerarquía

de santos sentados en tronos de oro.

No era solamente una desolación de almas condenadas.

Era el amor liberado

que nunca se agota

fluyendo sobre mí...

Y me cuestionan los que preguntan:

¿No esperas más después de la muerte?

Y yo respondo: No espero menos.²

Una expectativa de que el futuro tiene “más, no menos” es maravillosa, pero ¿realmente esto es todo lo que Dios nos permite saber? ¿No ha revelado mínimamente algo en la Escritura que pudiera dar más fundamento a nuestra esperanza futura? Por supuesto, la Biblia no tiene un bloque de capítulos titulado *Cómo será la vida en la tierra nueva*, pero sí nos da innumerables claves. Admito que algo de este capítulo y del que sigue puede inclinarse hacia la

especulación al intentar unir estas claves bíblicas, pero me alienta que “la especulación es una actividad teológica legítima, ¡siempre y cuando seamos conscientes de que estamos especulando!” (Millard J. Erickson).³

Después de haber admitido que lo que sigue es especulativo y visionario en parte (aunque aun así, en mi opinión, no es menos bíblico por eso), busquemos discernir el futuro que Dios tiene para nosotros en el planeta Tierra Nueva.

LA CREACIÓN REDIMIDA

Este mundo es hermoso. Compara la superficie de la tierra con las imágenes de cualquier otro planeta en nuestro sistema solar y de inmediato te darás cuenta de la rica variedad de características que lo hacen un lugar tan privilegiado y único. Sin embargo, a pesar de la maravilla de la creación terrenal, debemos recordar que en su forma presente está bajo la maldición de Dios debido a la rebelión de la humanidad (Gn 3:15-19). Es una creación quebrantada que, aunque todavía retiene la “huella” de su Creador, que revela Su “eterno poder y naturaleza divina”, en esta era está “sometida a la frustración” y es “esclava de la corrupción” (Ro 8:20-21).

Evidentemente este mal funcionamiento en la estructura de la tierra no es el diseño original, ya que todo lo que Él vio antes de la Caída fue “muy bueno” (Gn 1:31). La maravillosa esperanza para nosotros es que esta “muy buena” creación que existía antes de la Caída es la que Dios renovará al regreso de Jesucristo.

Los profetas del Antiguo Testamento visualizaron la gran culminación de este mundo en pasajes como este:

Estoy por crear un cielo nuevo y una tierra nueva. No volverán a mencionarse las cosas pasadas, ni se traerán a la memoria. Alégrese más bien, y regocíjense por siempre, por lo que estoy a punto de crear [...] Me regocijaré por Jerusalén y me alegraré en Mi pueblo [...] Construirán casas y las habitarán; plantarán viñas y comerán de su fruto [...] Mis escogidos disfrutarán de las obras de sus manos [...] Antes que me llamen, Yo les responderé; todavía estarán hablando cuando ya los habré escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey [...] En todo mi monte santo no habrá quien haga daño ni destruya, dice el Señor (Is 65:15-25).

Al comentar sobre estos versículos, John D. Watts dice: “Todo esto apunta hacia el plan original y final de Dios para la humanidad en una creación totalmente inocente y pacífica”.⁴ Qué maravillosa imagen. ¡Una nueva creación totalmente inocente y pacífica! Esta tierra nueva parece que será no solo indescriptiblemente hermosa, sino gratificante más allá de nuestra imaginación.

No solo cada rincón y cada ranura de la vida serán limpiados de todo rastro de mal, sino que también lo serán nuestros recuerdos, ya que “no recordaremos las cosas pasadas”. Esto no quiere decir que después de nuestra resurrección perderemos todos los recuerdos de nuestras vidas pasadas. Después de *Su* resurrección, Jesús todavía reconocía a Sus amigos y los lugares que Él había conocido, y todavía era consciente de quién era y de lo que había pasado. Seguramente, en Su gracia y misericordia, Dios borrará de nuestras memorias las “cosas pasadas” que son abolidas de la vida en la nueva tierra, es decir, la muerte, el mal y el sufrimiento.

De esta manera recordaremos y nos gozaremos en la presencia de los hermanos y hermanas que fueron redimidos en Cristo (ver abajo), pero no seremos atormentados con los recuerdos de los amigos y parientes “perdidos” que no fueron redimidos. Nos maravillaremos ante la belleza de la creación sin sentirnos culpables por la manera en que abusamos de ella en la era actual. Lo pecaminoso y lo malvado serán las “cosas pasadas” en el sentido de que ya no existirán y seremos salvos no solo de su presencia, sino de su misma memoria. ¡Alabado sea Dios!

Isaías predice un mundo de paz y armonía bajo el reinado de Dios. Y por cierto, no nos engañaremos con la referencia que se hace al “santo monte” de Dios como el escenario de toda esta maravillosa restauración. “No es que

la paz esté restringida a un solo lugar, sino más bien que un cambio dramático se ha dado sobre toda la tierra. Cuando se restaure el verdadero orden de la creación, toda la tierra será la colina del Señor, habitada por Su santidad [...] En todas partes Dios estará presente en santidad, y en cada lugar el conocimiento de Él se disfrutará al máximo” (Alec Motyer).^{[5](#)}

RELACIONES REDIMIDAS

DISCULPA, ¿NO TE CONOZCO DE ALGÚN LADO?

Discúlpame por exponer lo obvio, pero la tierra nueva estará llena de gente. Las personas que han sido consideradas dignas (por la obra salvadora de Jesús a su favor y por su fe en Él) disfrutarán de su relación con otros al compartir esta plenitud eterna de la vida. Louis Berkhof asegura que “nos podremos reconocer y habrá relaciones sociales a un nivel elevado”.⁴ O para ponerlo de una forma más sencilla, ¡es muy probable que nos encontremos con gente que reconozcamos, y seremos capaces de llevarnos perfectamente bien con todo el mundo!

¿Con quién nos relacionaremos? Con cualquiera que nos encontremos.² Ya que vamos a recibir cuerpos resucitados, es justo suponer que no seremos espíritus omnipresentes. Viviremos en un lugar en particular de la tierra, como lo hacemos ahora, y principalmente disfrutaremos de las relaciones dentro de un círculo en particular de personas. Parece razonable creer que sin duda nos encontraremos con personas que conocemos y quizá nos encontremos con otros de los que hemos escuchado. Ya que podremos desplazarnos por la tierra nueva, y ya que estaremos ahí por la eternidad, puede ser muy probable, por ejemplo, que con el tiempo conozcamos a muchos personajes de la Biblia u otros “grandes” cristianos salvos por fe. Imagínate encontrarte con Abraham, David, Pedro o Pablo y disfrutar de su compañía, de igual a igual, en la gracia de Dios. Imagina la emoción de pasar el tiempo del día eterno charlando con Martín Lutero, John Wesley y Charles Spurgeon. Imagina el gozo de reanudar las relaciones que fueron especiales para nosotros en esta tierra, en la atmósfera purificada de un amor celestial perfeccionado. Imagina abrir la puerta y encontrarte ahí a un amigo o a un familiar que no habías visto por mucho tiempo.

Solo toma un momento para imaginar. John Lennon nos instó a “imaginar que no había cielo”, ¡pero es mucho más agradable imaginar cómo será el verdadero cielo!

¿UN MATRIMONIO CELESTIAL?

Muchos se preguntan sobre la naturaleza de las relaciones exclusivas (por ejemplo, entre esposo y esposa) en la era venidera. Jesús comentó directamente sobre esta cuestión cuando respondió una pregunta de los saduceos. La pregunta que hicieron, en pocas palabras, fue esta: “En la resurrección, ¿con quién estará casada una mujer que en este mundo tuvo varios esposos?”. La respuesta de Jesús fue: “En la resurrección, las personas no se casarán ni serán dadas en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en el cielo” (Mt 22:30).

Aparentemente la exclusiva e íntima relación matrimonial es algo que se debe disfrutar solo en esta era. El placer que proporciona el matrimonio será superado por la intensidad de nuestra unión con Dios mismo y la satisfacción de nuestras relaciones con los demás. El don de Dios de la unión sexual no será, por ende, necesario ni para la reproducción (ya que, al igual que los ángeles, no nos reproduciremos puesto que la tierra ya estará llena con la familia redimida de Dios) ni para la satisfacción personal. “El aspecto sexual y exclusivo del matrimonio [...] será cosa del pasado en el nuevo mundo de Dios; allí disfrutaremos de relaciones profundamente satisfactorias entre todo el pueblo de Dios” (Stephen Travis).⁸

Esto no quiere decir que no reconoceré a mi esposa en el cielo, ni que nuestra relación allá será menos

satisfactoria de lo que es aquí, sino que, en común con todas mis relaciones en la era venidera, será “no menos, sino más”.

¿Qué pasa con la declaración que hizo Jesús de que seremos como los ángeles? Algunos han tomado esto como una enseñanza de que en la era venidera seremos asexuales, es decir, ni hombres ni mujeres. Hay que entender qué significa “ser como los ángeles” en la resurrección.

Afortunadamente, parece que Lucas da una explicación de lo que quiere decir eso de ser “como los ángeles” cuando escribe lo siguiente: “Pero en cuanto a los que sean dignos de tomar parte en la era venidera por la resurrección [...] *tampoco podrán morir, pues serán como los ángeles...*” [las cursivas son mías] (Lc 20:34-36). Ser como los ángeles, por lo tanto, no quiere decir que hemos de ser sin género masculino o femenino, sino que no moriremos. Con la abolición de la muerte en la era venidera, la vida del ser humano no tendrá que reproducirse, por lo que la unión sexual no será necesaria. Ben Witherington comenta que ser como un ángel “equivale a tener una existencia inmortal, pero no necesariamente implica ser sin género”.² Esta es una opinión respaldada por Anthony Hoekema, quien afirma que en este pasaje “la enseñanza de Jesús no quiere decir que no habrá diferencias de sexo en la era venidera”,¹⁰ sino más bien que el matrimonio no será necesario ni para la reproducción ni para el placer; todas nuestras relaciones alcanzarán un grado de perfección que incluso hará que hasta el mejor de los matrimonios pase a un segundo término.

Con demasiada frecuencia vemos el futuro como “Dios y yo” en perfecta armonía, pero no prestamos atención a las consecuencias de vivir en una sociedad redimida. Walter Rauschenbusch hace una brillante parodia de esta visión cuando describe las perspectivas tradicionales del cielo como “una multitud de almas, una desorganizada muchedumbre de santos que, aunque cada uno carga un arpa, no ha sido capaz de formar una orquesta”.¹¹ Lejos de sufrir tal individualismo desorganizado, en la tierra nueva seremos, en cambio, liberados de la inhibición, la timidez y las inseguridades personales para relacionarnos abierta y honestamente los unos con los otros. Sin ningún engaño o desconfianza que nos afecte, nos comunicaremos y cooperaremos con la franqueza gozosa que Adán y Eva debieron haber experimentado antes de los efectos devastadores de su rebelión que dañaron todo.

YA QUE ESTAMOS HABLANDO DE ESO...

En nuestras relaciones redimidas, ¿cómo nos comunicaremos? ¿Qué idiomas hablaremos? Una vez más tenemos que recordar que la intención de Dios no fue un mundo políglota. Los diferentes idiomas y la barrera que representan a la unidad de la humanidad fueron resultado del pecado del hombre, una medida tomada por Dios para asegurar que “todos los descendientes de Noé ya no puedan vivir juntos y no cooperen en proyectos contra Dios” (Gordon Wenham).¹²

Esta medida, sin embargo, solo es temporal; el profeta Sofonías anhelaba el mundo en el que Dios desharía los efectos de Babel. “Entonces daré a los pueblos un lenguaje puro para que todos invoquen el nombre de Jehová y le sirvan de común acuerdo” (Sof 3:9 RVA). Si son o no las “lenguas angelicales” (1Co 13:1) lo que hablaremos, este nuevo idioma capacitará a las personas para que se comuniquen libre y abiertamente.

NACIÓN A NACIÓN

La posibilidad de un idioma común que una a la humanidad en la tierra nueva nos lleva naturalmente a preguntarnos sobre la naturaleza de las relaciones internacionales en la era venidera. En un sentido, por supuesto, seremos una sola nación unida y santa adorando a Dios unidos en espíritu. Sin embargo, muchos de los destellos proféticos sobre el futuro parecen suponer que, de alguna forma, la nacionalidad todavía existirá, pero sin los matices negativos de la falta de armonía racial y el recelo que lamentablemente estropean hoy en día las relaciones interculturales.

En los últimos días, el monte del templo del Señor
será puesto sobre la cumbre de las montañas
y elevado por encima de las colinas.
Entonces los pueblos marcharán hacia ella,
y muchas naciones se acercarán, diciendo:
Vengan, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob.
Dios mismo nos instruirá en Sus caminos,
y así andaremos en Sus sendas.
Porque de Sión viene la instrucción;
de Jerusalén, la Palabra del Señor.
Dios mismo juzgará entre muchos pueblos,
y administrará justicia a naciones poderosas y lejanas.
Convertirán en azadones sus espadas,
y en hoces sus lanzas.
Ya no alzará su espada nación contra nación,
ni se adiestrarán más para la guerra.
Cada uno se sentará bajo su parra y su higuera;
y nadie perturbará su solaz,
el Señor Todopoderoso lo ha dicho (Mi 4:1-4).

Este pasaje profético, si se toma considerando que tiene relevancia para los últimos tiempos, parece indicar que es muy probable que existan diversas identidades nacionales y diferencias culturales (pero sin el divisionismo inherente que ellas tienen en esta era). Las naciones, al mismo tiempo que retienen una rica diversidad de características nacionales (y todavía se pueden reconocer como naciones diferentes), por su propia voluntad vivirán en paz bajo el gobierno de Dios reconocido por todos. Cada país, por lo tanto, será una teocracia y, como lo dice Michael Green, “las naciones de los salvos no tendrán ningún otro deseo sino el de hacer la voluntad de su Padre”.¹³ ¡Santidad global! Qué perspectiva. Gracias a esta unidad política divina, por primera vez en la historia habrá seguridad nacional sin necesidad de confidencialidad; al contrario, habrá una seguridad lograda por una cooperación

internacional sin que haya competencia.

De hecho, el sentimiento de la presencia del Señor se experimentará con tanta fuerza en todos los rincones del globo, que el río del amor del Señor que fluye alrededor de la tierra servirá para mantener las relaciones internacionales con buena salud. Sin duda este es el significado de estos versículos registrados por Juan:

Luego el ángel me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, y corría por el centro de la calle principal de la ciudad. A cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce cosechas al año, una por mes; y las hojas del árbol son para la salud de las naciones (Ap 22:1-2).

Michael Wilcock, al comentar sobre estos versículos, escribe: “Después de que Cristo quitó la maldición, la nueva creación finalmente será lo que estaba destinada a ser: el trono en el centro de todo, y el pueblo de Dios viéndolo a Él, sirviéndolo, sellado con Su nombre y reinando con Él en el día eterno”.¹⁴

Cualquiera que sea la riqueza nacional y cultural que embellezca la vida en la tierra nueva, esta encontrará su enfoque en la adoración a Dios cuya misma presencia saturará cada expresión de diferencia nacional, tribal o cultural. El gran coro de los espíritus internacionales que ahora adora a Dios en los lugares celestiales, esa “multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas [...] tan grande que nadie podía contarla” que Juan vio en el cielo (Ap 7:9), un día recibirá sus cuerpos resucitados y regresará con Jesús a la tierra nueva. Reteniendo todavía la peculiaridad de su nacionalidad, seguirán sirviendo y adorando a Dios, cantando los cánticos del cielo en la tierra nueva y declarando: “¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!” (Ap 7:10).

Entonces, ¿no esperamos más después de la muerte? ¡Por supuesto que sí! En la era venidera, cuando como seres resucitados estemos de pie en nuestros cuerpos gloriosos en la tierra nueva, nos maravillaremos ante una creación más hermosa, disfrutaremos plenamente de las relaciones humanas más gratificantes y adoraremos a Dios en un mundo más unido.

ES LA VIDA, PERO NO COMO LA CONOCEMOS

Seguimos con una especulación bíblicamente instruida acerca de nuestra vida futura en la tierra re-creada por Dios. Veremos otros cinco aspectos de nuestra vida ahí, concretamente:

- 1. ¿Habrá animales ahí?
- 2. ¿Comeremos y beberemos?
- 3. ¿Cómo será la adoración?
- 4. ¿Trabajaremos?
- 5. ¿Qué significa recibir “recompensas” en la era venidera?

EL REINO ANIMAL

Muchos de los profetas del Antiguo Testamento usaron imágenes de una paz atípica en el reino animal para representar la tranquilidad de la vida en la era venidera. Isaías escribió:

Entonces el lobo y el cordero vivirán en paz,
el tigre descansará al lado del cabrito,
el becerro y el león crecerán juntos [...]

La vaca y la osa serán amigas,
y juntas descansarán sus crías.

El león comerá hierba, como el buey (Is 11:6-8 DHH).

Algunos dirán que estas imágenes maravillosamente vívidas solo son eso, una ilustración o un símbolo de la paz del futuro que no nos dice nada sustancial sobre la vida en la tierra nueva. Discúlpame, pero no estoy de acuerdo, ya que no hay razón para suponer que la era venidera no tendrá un reino animal. Yo creo que el peso de la evidencia bíblica apoya el punto de vista de que los seres humanos resucitados vivirán en paz con los animales de todos los tipos y tamaños.

Los animales no fueron una ocurrencia tardía en la creación de Dios. Él los creó porque le daban placer (Gn 1:20-24). No hay razón para creer que el placer que Dios encontró en los animales haya disminuido con el paso del tiempo. Dios ama tanto al reino animal que ni siquiera un gorrión cae al suelo sin Su cuidado (Mt 10:29). Dios cuida del reino animal con un interés tan marcado que Él sabe cuándo el jabalí y la liebre dan a luz. Fue Él quien decretó que el avestruz fuera bobo (¡!); fue Él quien les dio a los caballos su fuerza; quien le enseña al halcón a volar; quien instruye al águila en el arte de construir su nido y quien se deleita en alimentar a los pájaros (Job 39:1, 13, 19, 26-27; Mt 6:26).

Los animales son parte integral de la buena tierra de Dios y (de acuerdo con los profetas) serán parte integral de la tierra nueva. De hecho, creer que esta tierra pudiera ser renovada sin el reino animal no hace justicia a la palabra “renovada”. Una tierra sin animales sería una clase completamente diferente de tierra, no una versión renovada de ésta. Si los animales en la tierra nueva son los que han vivido en esta tierra o no, yo no lo sé. A mí me parece poco probable que ciertos animales en particular sean resucitados. Para ello sería necesario creer que los animales tienen un espíritu que vive después de la muerte de la misma manera que lo hace el espíritu de los humanos, un espíritu que un día encontrará su plenitud en ser reunido con un nuevo cuerpo animal. Ya que la Biblia no indica que los animales tengan un espíritu eterno dentro de ellos, y no figuran en las visiones bíblicas de la “sala de espera” espiritual y celestial del Paraíso, quizá es más seguro describir un enorme acto nuevo de creación en el cual otro reino animal será traído a la existencia, un reino animal que se verá como este, pero que no es este resucitado. Así que habrá (quizá) perros en la tierra nueva, ¡pero no espero encontrar al que tengo en este momento acercándose y dando saltos queriendo jugar!

Cualquiera que sea el caso, podemos estar seguros de que el reino animal que se vuelva a crear estará en perfecta

paz consigo mismo y con la raza humana. No cazaremos animales ni ellos nos cazarán a nosotros y, lo más increíble, ya que todos los animales serán herbívoros y “comerán hierba como el buey”, no serán una amenaza para los demás (Is 11:6-8).

Esto puede sonar demasiado fantástico, pero es básicamente el regreso al plan original que Dios tuvo para la creación animal antes de la Caída. Alec Motyer, al comentar sobre estos versículos, dice: “Hay un cambio en el orden mismo de las cosas; la naturaleza herbívora de todas las criaturas apunta al Edén restaurado”.⁴

En el principio (antes de la Caída) Dios dijo: “Y doy la hierba verde como alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo y a todos los seres vivientes que se arrastran por la tierra” (Gn 1:30). En la tierra nueva, donde la muerte es una de las cosas pasadas que no serán recordadas, Dios, una vez más, creará un mundo animal que estará satisfecho con el pasto, el forraje y la paja, y que por lo tanto podrá vivir en paz consigo mismo.

MASTICA ESTO...

Todo este escrito sobre la comida quizá nos ha hecho preguntarnos si los seres humanos comerán en la tierra nueva. Aunque hoy comer es una parte vital y placentera de nuestra experiencia como seres humanos, algunos afirman que en la era venidera nuestros nuevos cuerpos no necesitarán “combustible” y que el placer “físico” de comer ya no significará nada para nosotros. Esta opinión ha sido, sin duda alguna, reforzada por la visión “espiritual” del cielo y nuestro futuro, a tal grado que ha llegado a extenderse en la iglesia. Después de todo, ¿cómo podría un espíritu digerir su espagueti?

Algunos comentaristas intentan dar fuerza bíblica al argumento de un futuro sin comida cuando apelan a 1 Corintios como prueba. Pablo escribió: “Los alimentos son para el estómago y el estómago para los alimentos, y Dios destruirá tanto al uno como al otro” (1Co 6:13). Anthony Hoekema concluye: “De acuerdo con este pasaje, las funciones digestivas del cuerpo ya no serán necesarias en la vida venidera”.² Y Millard J. Erickson, al unir la opinión de Hoekema con la enseñanza de Jesús sobre la ausencia de matrimonio, pregunta, “Si no habrá ni comida ni sexo, ¿habrá algún placer en el cielo?”.³

Sin embargo, antes de precipitarnos y llegar a estas conclusiones, debemos preguntar si el propósito de Pablo aquí fue enseñar acerca de la comida en la era venidera. Recuerda que Pablo le estaba escribiendo a la iglesia de Corinto, la cual se había obsesionado con las cosas “espirituales” y a la vez despreciaba las cosas “físicas”. Los corintios argumentaban que, ya que Dios solo estaba realmente interesado en el bienestar de sus *espíritus*, lo que ellos hicieran con sus *cuerpos* era irrelevante. Podían comer lo que quisieran porque su estómago era de poca importancia para Dios y sería destruido con la muerte, y podían tener relaciones sexuales con quien ellos quisieran por la misma razón (1Co 6:13b-20).

Pablo, para combatir esta sobre-espiritualización sub-cristiana del interés de Dios por la vida, señala que mientras que el cuerpo sí será destruido con la muerte, todavía le pertenece al Señor, y un día “será levantado por Su poder”. Contraargumenta su liberalismo extremo recordándoles que sus cuerpos, lejos de estar ligados a la destrucción, están ligados a la resurrección. En otras palabras, Pablo está planteando que el cuerpo es de gran interés para Dios; le pertenece y no planea desecharlo sino resucitarlo. Pablo sostiene que ya que la intención de Dios es la resurrección física del cuerpo, y puesto que nuestros cuerpos incluso en este mundo le pertenecen a Él, debemos “glorificar a Dios en nuestro cuerpo”.

Entonces estos versículos no se pueden usar para probar una existencia futura espiritual y sin estómago, ¡ya que es casi exactamente lo opuesto a lo que Pablo está enseñando en el contexto de la carta! Él quiere que los corintios se den cuenta de que, aunque sus cuerpos (¡incluyendo sus estómagos!) de seguro morirán, la intención futura de Dios, de la resurrección física, exalta el estatus de la vida física en el presente. Ya que Dios quiere que tengamos cuerpos en el presente y en el futuro, los deberíamos ver como sagrados y ¡tratarlos de acuerdo a eso! No hay ninguna buena razón en este pasaje para suponer que en la era venidera tendremos una existencia meramente espiritual, privada de los placeres de la comida y la bebida.

Debemos observar de manera positiva que muchas profecías del Antiguo Testamento y algunas del Nuevo Testamento mencionan la comida y la bebida en la era venidera. Por ejemplo, Isaías predice el día cuando el pueblo

de Dios “construirá casas y las habitará; plantará viñas y comerá de su fruto” (Is 65:12). Jesús les dijo a sus discípulos que nunca más volvería a tomar vino hasta “aquel día en que beba el vino nuevo en el reino de Dios” (Mr 13:25). William Lane comenta: “Aquí hay un claro adelanto del banquete mesiánico al renovarse la comunión de la Pascua con los seguidores de Dios en Su Reino”.⁴

El mundo venidero con frecuencia se describe en las Escrituras como un festín o banquete (Mt 22:1-14) y, pese a que estas referencias de comer y beber con Jesús sin duda simbolizan una riqueza de la comunión con Él que habrá en los últimos tiempos, no hay razón para suponer que no prefiguran también, literalmente, el hecho de comer y beber juntos.

Si comeremos (y no parece haber ninguna razón bíblica para dudar que lo haremos) como los animales, volveremos al vegetarianismo que existía antes de la Caída. En la creación se le dio permiso a la humanidad de comer “todas las plantas que producen semilla y todos los árboles que dan fruto con semilla” (Gn 1:29). Fue solo después de la Caída y la llegada de la muerte al orden creado por Dios, que Dios le dijo a Noé cuando salió del arca: “Todo lo que se mueve y tiene vida, al igual que las verduras, les servirá de alimento. Yo les doy todo esto” (Gn 9:2-3). (A veces me pregunto qué habría hecho Noé si Dios le hubiera dado permiso de comer carne *antes* de zarpar, en vez de *después*). En la re-creación, donde no habrá carne muerta que tengamos que consumir, es de suponer que la humanidad estará satisfecha con plantar viñedos y beber su vino, haciendo huertos y comiendo su fruto (Am 9:14).

Pues bien, ¿comeremos y beberemos en la era venidera? Sí, así lo creo. También disfrutaremos cultivar las plantas y la fruta que comeremos. El acto de comer y beber será un placer, una ocasión para la comunión con los demás y un recordatorio de nuestra comunión con el Señor, cuya tierra nueva ha probado ser tan fructífera para nosotros. ¡En ese sentido, cada comida en la tierra nueva será un banquete mesiánico!

LA ADORACIÓN COMO UNA FORMA DE VIDA

En este momento en el tiempo, si solo pudiéramos compartir la experiencia de Juan y espiar detrás de la puerta del cielo (¡el cielo en el verdadero sentido de la realidad invisible actual!), tendríamos que, como él, retroceder y caer a tierra a causa de la intensidad de la música que se emite en el acto de adoración del Cordero en el trono.

El salón del trono en el cielo en este momento está poblado por seres cuyo fin principal es glorificar a Dios al cantar Sus alabanzas. Seres espirituales de todas clases (los ángeles y los espíritus de los que han muerto) se unen en grandes estallidos de alabanza a Jesús. Claman: “Digno es el Cordero de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza” (Ap 5:12). Esta poderosa cascada de voces en alabanza es, sin duda, una respuesta a la cercanía del Cordero. Los que están en el cielo ahora, que lo ven como Él es, no pueden dejar de adorar con reverencia y temor.

Si morimos antes de que Jesús regrese, podremos tener el privilegio de unirnos a esa gran multitud celestial “tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas [...] tan grande que nadie podía contarla [...] de pie delante del trono y [gritando] a gran voz: ¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!” (Ap 7:9-10). Pero esa es una descripción del cielo (bien entendido), no una descripción de la tierra nueva. Sin embargo, el tiempo llegará cuando este cielo y esta tierra “pasarán” y los nuevos cielos y la tierra nueva se revelarán (Ap 21:1). ¿Qué significará adorar con un cuerpo resucitado en la tierra nueva?

Una de las promesas más sorprendentes en relación con la tierra nueva se encuentra en Apocalipsis 21:3. No se refiere a la naturaleza de la tierra misma, ni a la naturaleza de la vida resucitada, sino a la naturaleza de la implicación de Dios con su nueva re-creación. En esta visión, Juan oye “una potente voz que provenía del trono y decía: ¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán Su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios”.

En la Judea del primer siglo, Jesús, el Hijo de Dios, “se despojó a Sí mismo” y “se hizo semejante a los hombres” (Fil 2:7 RVC). ¡Dios en forma humana, viviendo en Su creación como parte de la misma! ¡Sorprendente! No es de extrañar que los que entendieron Su verdadera identidad en aquellos días cayeran al suelo y lo adoraran (Mt 14:33).

Después de treinta y tres años de vida en la tierra, Jesús, resucitado de los muertos, regresó a Su Padre; (aparentemente Su cuerpo resucitado era tan apto para entrar al cielo como para disfrutar los placeres físicos de la tierra). A Su regreso al Padre, Jesús cumplió Su promesa y envió al Espíritu Santo para habitar en los seres humanos redimidos. ¡Dios haciendo Su hogar en la tierra en los seres humanos! Con razón los que están llenos de Su Espíritu claman “¡Abba! ¡Padre!” en adoración y temor reverente (Ro 8:15).

Jesús ha prometido regresar a la tierra en el fin del mundo para juzgar todas las cosas y para pregonar la renovación de todas las cosas. Cuando el mal sea finalmente destruido y la tierra renovada, algo maravilloso sucederá, maravilloso más allá de la comprensión o la descripción. El Padre se unirá al Hijo y al Espíritu en la tierra. “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos” (Ap 21:3). El hogar de Dios (el cielo) se mezclará con nuestro hogar (la tierra) para que Su presencia se vuelva casi tangible en todo.

Ahora bien, si la presencia del Hijo en la Judea del primer siglo inspiraba la adoración en aquellos que estaban cerca de Él, y si la presencia del Espíritu en esta época después de Pentecostés inspira la adoración en aquellos en

quienes Él vive, ¿qué significará la presencia de la Trinidad en Su totalidad? Seguramente Su presencia omnipresente inspirará una actitud constante de adoración, temor reverente, gratitud y alabanza en cada uno de los redimidos, dondequiera que vivan en el nuevo planeta.

Aquí en este mundo y en medio de las cosas del tiempo, nuestra conciencia de la presencia de Dios es irregular; pero [en la era venidera] seremos permanentemente conscientes de esa presencia [...] En la nueva era la gloria de Dios no va a ser algo transitorio, sino algo que continuará permanentemente con Su pueblo (William Barclay).⁵

Cada acto estará cubierto con un significado piadoso. Como el Hermano Lorenzo*, no solo practicaremos sino que además *experimentaremos* la presencia de Cristo en todos los detalles de nuestras vidas. Esto es quizá lo que el profeta Zacarías predijo cuando escribió: “En aquel día los cascabeles de los caballos llevarán esta inscripción: CONSAGRADO AL SEÑOR. Las ollas de cocina del templo del Señor serán como los tazones sagrados que están frente al altar del sacrificio. Toda olla de Jerusalén y de Judá será consagrada al Señor Todopoderoso” (Zac 14:20-21). En otras palabras, lo que sea que veamos, toquemos o usemos de alguna manera nos señalará a Aquel que lo hizo para nosotros, ya que Su presencia será inevitable.

De este modo la adoración se volverá una parte normal de la vida, no una actividad “espiritual” aislada. En cualquier parte que estemos, lo que sea que estemos haciendo y con quien quiera que estemos, no nos será raro caer postrados ante nuestro Hacedor en alabanza y adoración. “Nadie se sentirá cohibido [...] No habrá competencia, ni pensamientos dispersos, ni ideas opuestas [acerca de cómo se debía haber hecho]. Adoraremos por el Espíritu de manera perfecta” (R. T. Kendall).⁶

De hecho, quizá de alguna manera ya experimentamos esta urgencia espontánea de adorar a nuestro Padre en el aquí y el ahora. Ciertamente adorar, incluso en este mundo, debe ser una experiencia que conmueva toda nuestra vida, no que nos conmueva solo en nuestros servicios en la iglesia (o en “los tiempos de adoración”). Esta fue la experiencia del recién convertido A. W. Tozer:

Llegué a ser cristiano cuando era joven y trabajaba en una de las fábricas de neumáticos en Akron, Ohio. Recuerdo mi trabajo ahí. También recuerdo mi adoración ahí. Mis ojos estaban llenos de lágrimas de adoración. Nadie nunca me preguntó por qué las lágrimas, pero no hubiera dudado en explicarlo. Puedes aprender a usar ciertas habilidades hasta desempeñarlas de manera automática. Me volví tan hábil que podía hacer mi trabajo y adorar a Dios incluso mientras mis manos estaban ocupadas.⁷

Adorar a Dios, incluso cuando nuestras manos están ocupadas en los negocios de la vida en la tierra nueva, será nuestra experiencia. Cada tarea será para Dios e inspirará alabanza. Cada relación estará fundada en Dios y generará gratitud al Padre. Cada suspiro nos recordará al Dador de la Vida e inspirará la adoración. La sociedad será una sociedad adoradora, no en el sentido de que todo lo que hagamos será cantar a cuatro voces acompañados del arpa, sino en el sentido de que Dios conmoverá cada parte de la vida y provocará una respuesta en nosotros. La vida será la adoración y la adoración será la vida.

EL TRABAJO EN LA TIERRA NUEVA

Aparte de comer, adorar y relacionarnos con los demás, ¿qué más habrá que hacer en la tierra nueva? Algunos dirían, “Nada” puesto que seremos perfectos y la tierra será perfecta. No se puede hacer nada para mejorar la perfección; ¿qué sentido tendrá hacer cualquier cosa?! Es de suponer que Adán y Eva, en el jardín del Edén, pudieron haberse hecho la misma pregunta al haber sido puestos como seres humanos perfectos en la nueva y perfecta creación de Dios.

Sin embargo, a pesar del hecho de que Dios había creado una tierra “muy buena” para que Adán y Eva vivieran en ella, aparentemente ¡Él tenía muchas ideas de cómo ellos podían desarrollarla aún más! La tierra era “perfecta” en un sentido, aunque es evidente que no estaba “completada” ya que la humanidad debía “someterla” y “tener dominio sobre ella” (Gn 1:28). La creación no era un estado inamovible, sino un organismo enorme equilibrado con precisión, lleno de ricos recursos que había que descubrir y desarrollar.

Los mismos seres humanos (aunque fueron creados “muy bien”) tenían un potencial que solo se cumpliría con el paso del tiempo y la asimilación de la experiencia. “Parte del plan de Dios para la tierra es que sea llena y esté sojuzgada por la humanidad, que sus posibilidades latentes sean abiertas y realizadas en la historia de la humanidad y la civilización” (Albert Wolters).⁸

A través de la historia y a pesar de los efectos devastadores de la Caída, la humanidad ha sido capaz de cumplir algo de este “mandato de la creación” o “mandato cultural”. La humanidad, muchas veces sin reconocer para nada a su Creador, ha usado su intelecto y creatividad dados por Dios para descubrir y emplear mucho del potencial que Dios colocó en Su creación. El chip de silicio, la penicilina, los principios para volar, los combustibles naturales... La lista podría continuar y continuar. El tesoro de la tierra poco a poco se ha descubierto y sus recursos se han usado, a veces para bien y a veces para mal. La Biblia comienza en un jardín y termina en una ciudad, y quizá esto es en sí mismo un símbolo del logro de la humanidad para desarrollar la tierra de Dios.

Sin embargo, todo esto lo hemos desarrollado en *esta* tierra. La pregunta es: ¿Tendremos que administrar la tierra nueva de la misma manera en la que hemos estado administrando esta? ¿Se perderá o se mantendrá el progreso que se ha hecho en esta tierra en este mundo presente? En el planeta Tierra Nueva, ¿vamos a regresar a la humanidad primitiva en las condiciones del jardín o seremos resucitados a una humanidad moderna en las condiciones de una ciudad?

Primero, no hay razón para suponer que en la tierra nueva, al ser perfecta, no habrá desarrollo. “La esperanza cristiana es una expectativa santa; nunca llegará el momento en que esa esperanza muera porque, si eso fuera posible, perdería algo de su esencia como ‘cielo’. Pero en nuestro progreso allá siempre se estarán abriendo nuevos panoramas de admiración, nuevas glorias de nuestra herencia siempre serán puestas al descubierto, y nuevos niveles de desarrollo serán revelados” (W. Graham Scroggie).²

Puede ser muy probable que, como Adán y Eva, estemos comisionados a administrar y perfeccionar la tierra nueva. Será un nuevo mundo de recursos por descubrir y emplear. Habrá nuevos panoramas de belleza para captar en pinturas, poesías y canciones. Cada nuevo descubrimiento será la ocasión de un gran estallido de alabanza y adoración para Aquel que lo reveló y lo creó. Esta clase de tierra nueva es emocionante y está lejos de las

perspectivas tradicionales del “cielo” que han llevado a muchos cristianos a preguntarse si realmente disfrutarán la eternidad una vez que hayan sentido el alivio de haber llegado allá. J. B. Priestley comenta: “Las personas que creen que van para el cielo muchas veces se preguntan qué es lo que harán allá. Cometan el error de asumir que allí todo estará completo, que cada rincón ya habrá sido recubierto de oro, y que para cuando lleguen allá todo estará terminado. ¡Pero por supuesto no será así!”.¹⁰

Tendrá que haber una reubicación a una escala masiva. Los policías, los doctores y las enfermeras, los evangelistas, los directores de las funerarias, los cerrajeros, los vendedores de alarmas contra robo, los gerentes de banco y los cobradores de deudas (junto con muchos otros) ¡tendrán que volver a capacitarse para tener un empleo provechoso en la tierra nueva! Pero todos tendrán un papel en la mayordomía de la re-creación y todos estarán perfectamente equipados para ese papel. Todos encontrarán una satisfacción completa y absoluta en sus labores. El trabajo ya no estará bajo maldición; no tendremos que trabajar duro y sudar para producir algo de valor (Gn 3:19). ¡Los resultados de la Caída ya no se recordarán! ¡El trabajo mismo habrá sido redimido!

Así que si el trabajo será una parte alegre de la expresión de nuestras vidas en la tierra nueva, pensemos en la segunda pregunta. ¿Todo lo que se ha alcanzado a través de siglos de logro humano se perderá con el fuego del juicio? ¿Aniquilará Dios todo el progreso en la ciencia, la tecnología y las artes, o podría ser que este mismo progreso será redimido y se le concederá un lugar en la tierra nueva?

Sin duda, una perspectiva muy pobre de la participación de Dios en Su mundo es la que sostiene que lo único que a Él le interesa es la salvación de nuestras almas. Hemos visto que Dios es el Dios de toda la creación. Al principio señalamos que la Tierra no era solo una estación espacial desechable en la que Dios obraría Su misión de salvación, sino que era (y todavía es) Su creación, y en cada paso de su desarrollo Él la ha estado sustentando. Estoy seguro que muchas obras de arte, arquitectura y música, junto con los descubrimientos científicos y los avances tecnológicos, han complacido a Dios. Ciertamente Él no aprueba todos los esfuerzos creativos del hombre (por ejemplo, lo que degrada al bien o lo que glorifica el mal), ni puede estar satisfecho con algunas de las aplicaciones que se le han dado a otros “buenos” descubrimientos (por ejemplo, los avances médicos que han facilitado el aborto). Pero es impensable que Dios condene todo el progreso que se ha hecho (que Él mismo ha habilitado) por medio del esfuerzo humano, como para que merezca ser quemado con el fuego del juicio.

Seguramente los mejores y más liberadores logros de todas las épocas, aquellos aspectos del esfuerzo humano que han estado en armonía con el deseo de Dios para Su mundo, se mantendrán y se asimilarán en la vida en la tierra nueva. El teólogo evangélico holandés Abraham Kuyper escribe: “Si un campo interminable del conocimiento humano y de la habilidad humana se está formando en este momento con todo lo que se lleva a cabo con el fin de que el mundo visible y la naturaleza material se sujeten a nosotros, y si sabemos que este dominio de nosotros sobre la naturaleza se perfeccionará en la eternidad, podemos concluir que el conocimiento y el dominio que hemos ganado sobre la naturaleza aquí pueden y serán de importancia incluso en el reino de gloria”.¹¹ Qué maravilloso pensamiento. En la economía de Dios ningún fragmento de esfuerzo que valga la pena se desperdiciará. Los esfuerzos que se hayan llevado a cabo por avanzar Su reino en la esfera del esfuerzo humano en este mundo tendrán un sentido para la vida en la era venidera. Esto sin duda da un incentivo para lograr cosas cada vez mayores para

Dios en todas las áreas de la vida.

Michael Wilcock resume esta esperanza cuando dice: “Todo lo que sea verdaderamente bueno y hermoso en este mundo volverá a aparecer allá [en la era venidera], purificado y mejorado dentro del marco perfecto para el cual su Hacedor lo destinó; nada de valor real se perderá”.^{[12](#)} ¡Aleluya!

¿NO HAY TIEMPO QUE PERDER?

Como una nota al pie de esta línea de pensamiento, algunos han comentado que ya que la eternidad será “atemporal”, la idea del desarrollo (o de la materialización progresiva en potencia) no tiene sentido. ¡Si no hay “futuro” no tiene sentido ponerse a trabajar “hoy” para crear algo que será disfrutado “mañana”! Una vez más nos debemos preguntar si esta opinión es indiscutible. ¿Experimentaremos el paso del tiempo en el cielo?

Parece que no hay ninguna buena razón bíblica para suponer que el tiempo se abolirá. De hecho, si estamos convencidos que la intención de Dios es renovar *todas* las cosas, ¿por qué debemos imaginar que el tiempo, que obviamente es parte de esta creación, no será re-creado como parte de la que viene?

En el “nirvana” budista el tiempo se acabará, pero con el tiempo del “cielo” cristiano [es decir, la era venidera] esto no es tan evidente. Hay una serie de obstáculos que bloquean el paso a esa conclusión. No existe una afirmación clara en las Escrituras de que en la era venidera ya no habrá tiempo o duración. Sería difícil de imaginar, por ejemplo, cómo podrían haber cánticos en el “cielo” o cómo se tocaría el arpa si no existiera el tiempo. ¿La música no tendrá ritmo? ¿Los cánticos nuevos no tendrán compás? (J. Oswald Sanders).¹³

Es difícil imaginar qué significará tener tiempo sin las limitaciones y las presiones inherentes al “tiempo” que nosotros conocemos hoy. Muchas de las enfermedades de hoy en día están relacionadas con el estrés, que ha sido catalogado como “la enfermedad de la prisa”. ¿No sería increíblemente maravilloso experimentar toda la plenitud de la vida humana sin la presión constante de la prisa por estar a tiempo o por cumplir con los plazos? ¿No sería fantástico conocer el placer de pasar tiempo con las personas o deleitarnos en cualquier otra actividad sin la presión del tiempo que causa estrés y ansiedad?

Puede haber una sensación de “acabo de” o “en un momento”, y la perspectiva de que el tiempo pasa en ninguna manera tiene que menguar las gloriosas esperanzas y seguridades de nuestro estado eterno.

RECOMPENSAS

Ningún intento por vislumbrar en el futuro de la vida en el nuevo planeta Tierra estará completo sin retomar el tema de las recompensas. En el capítulo dos vimos que Jesús prometió regresar a la tierra para recompensar a los fieles; y en el capítulo tres reflexionamos sobre el cielo como el “lugar” donde Dios “almacena” las recompensas hasta que llegue el tiempo de distribuirlas.

Donald Guthrie resume la enseñanza de la Biblia sobre las recompensas en cinco afirmaciones concisas:

1. Dios dará recompensas sobre la base de lo que se ha hecho en esta vida.
2. Las recompensas se reciben aquí de manera parcial, pero la mayoría de ellas están reservadas en el cielo.
3. Las recompensas finales se obtendrán en el Día del Juicio.
4. Las recompensas son de naturaleza “espiritual”, como “la corona de justicia”, pero aparte de eso no se especifica su carácter.
5. No hay ninguna sugerencia de que la salvación misma entre en la categoría de recompensa.¹⁴

Algo dentro de nosotros se inquieta con la idea de diferentes recompensas en la tierra nueva por el servicio cristiano fiel que se preste en esta era; huele a desigualdad, incluso a favoritismo. Sin embargo, cuando pensemos en estas recompensas que Dios da por el servicio, debemos recordar que no se igualan a nuestra salvación, que será dada libre y equitativamente a todos los redimidos. Ningún cristiano será más o menos salvado que otro en ese gran día, ya que la salvación es un don gratuito para los fieles y no una recompensa que se tiene que ganar. Además, como se supone que en el mundo futuro los celos, la ambición egoísta y el resentimiento estarán entre las cosas pecaminosas que “ya no se recordarán”, las recompensas no serán causa de envidia, divisiones o jactancia.

El Nuevo Testamento a menudo habla sobre estas recompensas en términos de coronas, pero ¿no es nada probable que participemos en la obra y adoración del cielo tambaleándonos bajo el peso de una variedad de sombreros incrustados con diamantes! Seguramente las coronas son símbolos de la bendición de Dios en nuestra vida venidera. “Las recompensas de los creyentes no son algo que uses en tu cabeza como una corona [...] Tu recompensa [...] será tu capacidad para el servicio en [la era venidera]” (John MacArthur).¹⁵

Las coronas del cielo, entendidas de esta manera, representan niveles diferentes de agradecimiento en la era venidera. Quizá una persona que tenga una recompensa relativamente pequeña tendrá solo una capacidad relativamente pequeña para apreciar la vida en la nueva tierra eterna. Esta persona no se sentirá nada menos que totalmente plena en eso, ni los demás lo verán con desprecio por ser así. Los que hereden una gran recompensa por las obras hechas en el aquí y el ahora experimentarán la vida eterna en un nivel más pleno. Ellos también estarán completamente satisfechos y no sentirán que su recompensa de ninguna manera los hace superiores sobre los que están a su alrededor. Cada uno estará contento con su parte.

La siguiente ilustración puede ser útil. Imagina un concierto de música clásica. En la audiencia hay tres personas muy diferentes sentadas una junto a la otra. Una mujer de edad media taconeas al ritmo de la música disfrutando las melodías y el sentimiento general de la ocasión. Junto a ella un entusiasmado flautista amateur escucha ávidamente

cada nota que tocan los instrumentos de viento, emocionado con su virtuosismo. Junto al flautista amateur un estudiante de posgrado en música cuidadosamente sigue el desempeño en su propia partitura, señalando los diversos matices en la interpretación del director y gozando la estructura que el compositor le ha dado a la música.

La dama de edad media, el flautista amateur y el estudiante de música están disfrutando el mismo concierto. Cada uno lo está experimentando a un nivel completamente diferente; no obstante, cada uno está contento con su habilidad de disfrutar el concierto y cada uno se va a casa sintiéndose satisfecho por esa noche agradable.

Quizá esto asimila un poco lo que nos espera en la tierra nueva. Todos disfrutarán el futuro, pero algunos tendrán la recompensa de una capacidad para disfrutarlo a un nivel más profundo que los demás. La promesa de la recompensa, por lo tanto, nos motiva a hacer nuestro máximo esfuerzo “en pos de lo supremo” en este mundo, y así entremos a la tierra nueva con la más grande capacidad posible para apreciar su belleza, darnos cuenta de su potencial y adorar a su Hacedor.

[*](#) El Hermano Lorenzo, Nicolás Herman (1614-1691), fue conocido por la intimidad que expresó con respecto a su relación con Dios, según consta en su libro *La Práctica de la Presencia de Dios*.

TRES RELATOS VISIONARIOS

Querido lector: Espero que me permitas hacer un paréntesis en este capítulo. En los siguientes “Tres Relatos Visionarios” me he dado el lujo de soñar despierto sobre cómo pudiera ser la vida en la tierra nueva. No te puedo ofrecer capítulo y versículo por cada giro o acción en cada relato, pero espero que reconozcas muchas de las tendencias de la enseñanza de los capítulos anteriores que se entrelazan en estas tres breves historias.

EL RELATO DE JORGE

Todo pasó tan rápido que ahora nadie podía decidir, a ciencia cierta, qué es lo que exactamente había sucedido. Algunas versiones cuentan cómo una ráfaga de relámpagos muy brillantes penetraban una oscuridad cargada de humo a tal grado que la noche se había convertido en día. Hubo terremotos tan fuertes que parecía como si nada pudiera permanecer en pie. También se habla de una tormenta de viento terrible e implacable que parecía que barría lo que el terremoto había derribado. Otros, mientras que no podían recordar ninguno de estos fenómenos, sí recordaban con bastante claridad una experiencia interna, una clase de fuego abrazador que purgaba el centro mismo de su ser. Otros, por otra parte, todavía medio insensibles por esa experiencia, hablaban con melancolía de la repentina presencia arrolladora de Jesús mismo, saludándolos con un tono sumamente amigable y dándoles la bienvenida, de manera que el mismo acto de escucharlo había sido una forma de sanación.

Para ser honesto, ninguna de estas personas podía realmente describir, mucho menos explicar, lo que había sucedido; solo sabían que, a raíz de lo que había pasado, ahora ellos eran diferentes; ahora todo era diferente. Los recuerdos de “la vida que fue” ya se veían lejanos. Por consiguiente era difícil contrastar “la vida que fue” con esta vida en algunos detalles, pero mientras Jorge contemplaba la escena que estaba delante de él, dentro de él sabía que esta no era la vida como siempre había sido.

Desde su punto de vista privilegiado, sentado en la baranda del puente sobre el río, observaba a un grupo de hombres y mujeres que saltaban de alegría con un gozo puro e ilimitado. A sus oídos llegaban fragmentos entrecortados de una conversación: “Nunca pensé que te volvería a ver...”, “Te extrañé tanto...”, “Recuperaremos esos años perdidos...”.

Separados por algo que no sabía qué era, Jorge observaba su feliz reunión mientras cada uno tomaba turnos para abrazarse, reír y danzar el uno con el otro. Su alegría se interrumpía con gritos de “Gracias, Jesús” y “Alabemos al Hacedor”. Su conversación común y corriente y su adoración se mezclaban en un solo flujo natural de comunicación.

Jorge, atrapado por la euforia pura de su celebración, se encontró riendo mientras volteaba a ver a otro grupo que se encontraba más lejos, aunque de alguna manera parecía igual de cerca. Este grupo estaba de pie en silencio, como estatuas inmóviles, con los brazos alrededor de los hombros de los demás, sin hablar, totalmente absortos por estar unidos. Uno tenía la piel negra, otro blanca; una mujer que usaba el hábito de una monja católica era sujeta con fuerza por otro que usaba una kipá de judío. Completando el círculo estaba una mujer palestina que, según a Jorge le parecía, se tomaba de las manos con el judío con una ternura profunda. En su silenciosa unidad, este grupo de personas hablaba tan elocuentemente como el primer grupo lo había hecho en su regocijo. Era como si el solo hecho de abrazarse y tomarse de las manos estuviera sanando algo, volviendo a unir algo que se había fracturado. Ninguno de ellos podía decir lo que era; solo sabían que estar así era en sí misma una importante expresión de en quién se habían convertido y por qué estaban ahí.

La vista era tan hermosa que a Jorge le costaba trabajo mirar para otro lado. Pero, mirando de reojo, dos siluetas que venían por el camino llamaron su atención. Las vio y las volvió a ver. Sí, no había duda. La mujer de la derecha era Diana, su esposa en “la vida que fue”. Saltó del puente y comenzó a andar por el camino para saludarla.

Jorge siempre había pensado que Diana era atractiva, pero ahora, en la Luz, parecía más hermosa que nunca. Mientras caminaba hacia ella se percató de la presencia de un hombre que caminaba a su lado, un hombre al que Jorge nunca antes había visto pero a quien, de manera extraña, reconoció inmediatamente como su hijo, Miguel.

Al ver a Miguel, Jorge hizo una pausa, sintiéndose confundido y abrumado. ¿Qué había pasado? Miguel había nacido en “la vida que fue” con una discapacidad que había implicado que Diana lo tuviera que cargar a todos lados. Sus piernas habían estado torcidas y eran incapaces de soportar su peso. También había sufrido un desorden respiratorio que hacía que hasta el más mínimo esfuerzo fuese totalmente agotador. Jorge todavía recordaba (aunque hasta sus recuerdos más vívidos estaban desvaneciéndose rápidamente) cómo la vida de Diana había estado totalmente dedicada a bañarlo, alimentarlo y llevarlo de aquí para allá. No podía hacer nada por él mismo. No vivió más allá de los 10 años de edad. Ahora estaba aquí, como un adulto fuerte, ¡abrazando a su madre con tal fuerza que parecía que la estuviera cargando!

Ambos estaban tan absortos en su mutua compañía que al principio no vieron a Jorge, pero tan pronto como se percataron de que estaba ahí, Miguel corrió a él y se arrojó en sus brazos. Diana se les unió en el abrazo que, como los abrazos del grupo silencioso que Jorge acaba de ver, parecía corregir un mundo de equivocaciones y, que al mismo tiempo, marcaba el fin de una etapa y el inicio de una nueva era.

EL RELATO DE MAURICIO

Mauricio ajustó su sombrero hacia atrás y se quedó mirando la raíz que sostenía en su mano. “Sorprendente. Nunca había visto algo como esto”, se decía a sí mismo con un deleite que lo dejaba asombrado. Estaba en la parcela; en una mano tenía la pala y en la otra la zanahoria más grande y mejor formada que jamás había sacado de la tierra. “Aleluya. Gracias, Padre”, dijo mientras se agachaba para sacar otras de la hilera ordenada que había sembrado el mes pasado... ¿o había sido el año pasado?... ¿o quizás ayer? No lo podía recordar, pero de cualquier manera eso era irrelevante. Aquí solo había un deleite más en un mar de deleite sin fin.

Descubrimientos tras descubrimientos se acumulaban gracias al trabajo que Mauricio hacía en su jardín en este Nuevo Mundo Salvado. La tierra se rendía ante la pala como si estuviera cooperando en su propio cultivo. Ni maleza ni plagas parecían deteriorar el crecimiento de sus cosechas, y las semillas que él sembraba brotaban de manera rápida y uniforme, segando tanto que parecía cosechar al menos el doble de lo que había previsto. Siempre había más que suficiente de todo para compartir con sus vecinos y con cualquier desconocido que pudiera estar pasando por el pueblo.

Mauricio se enderezó otra vez y reflexionó en otro rico descubrimiento: el hecho de que, aunque había estado trabajando agachando en el huerto durante toda la mañana, ninguna vez le había dolido la espalda ni sus piernas se habían cansado. Día tras día trabajaba sin ningún indicio de aburrimiento o cansancio que arruinara la experiencia. Su cuerpo parecía ser poseedor de una fuerza y poderes infinitos, de modo que correr, estar de pie o sentarse requería los mismos niveles mínimos de esfuerzo.

Miró al otro lado del jardín en donde los vecinos estaban reunidos, pelando papas, disfrutando de su feliz relación. Nadie sabía qué papas eran de cuál huerto; había bastante para todos, así que nadie estaba preocupado de que no hubiera suficiente. Mientras trabajaban, dos caballos con los arreos puestos trotaban sin prisa con Silvia a la vuelta de la esquina del granero. Silvia se había valido de ellos para cortar el césped en el campo que estaba al lado.

La humanidad había adquirido la experiencia de reemplazar los caballos con maquinaria mecanizada para el trabajo de la agricultura, pero tomaron la decisión de que no era correcto hacerlo así. Como aún nadie había descubierto cómo crear un combustible que no contaminara la tierra, el uso generalizado de la maquinaria en todas las actividades de la vida se había puesto en espera mientras se investigaba más el tema. En cualquier caso, las ventajas principales de usar máquinas eran que las labores eran efectuadas con más rapidez, ahorran trabajo y a largo plazo eran más económicas, pero en un mundo en donde nadie tenía prisa, donde el trabajo era un gozo y donde el costo de algo era irrelevante ya que nadie le cobraba a nadie por nada, ¡estas máquinas, de alguna manera, habían perdido su atractivo!

Por supuesto, había máquinas que los hombres y las mujeres usaban para aprovechar el potencial de la tierra. Los generadores impulsados por el viento o la marea proporcionaban electricidad para cada comunidad. La energía se usaba para hacer funcionar un gran número de máquinas y motores diferentes; por ejemplo, las bombas que llevaban agua a cada pueblo y aldea y a las imprentas de las ciudades. Cada generador tenía inscritas las palabras “Gracias a Dios”, y el resonar propio de cada generador de alguna forma hacía sonar una nota de alabanza al Creador de los vientos y las mareas que lo impulsaba.

Libres de sus arneses, los caballos permanecieron cerca del grupo. Uno rumiaba tranquilamente en la hierba a su alrededor mientras el otro se recostaba tomando el sol. Una gallina se pavoneaba en su camino para unirse a ellos; después un zorro se deslizó y se acurrucó en el calor del costado del caballo que estaba echado. Parecía que las cuatro criaturas, los dos caballos, el zorro y la gallina, se buscaban y disfrutaban la compañía del otro. Para Mauricio se convirtieron en un símbolo de la manera en que la vida era en el presente. Pacífica y armoniosa, que de alguna manera era el “deber ser”.

Mauricio se unió a sus vecinos y se sentó para participar en su labor. Mientras lo hacía, alguien de manera espontánea comenzó a cantar un himno de alabanza al Dios de toda la creación. Conforme cada uno se unía en el cántico, el sentimiento de la presencia de Dios se volvió tan vívido que el trabajo de pelar las papas se tuvo que hacer a un lado por un momento para adorar al Padre y a Su Hijo.

Finalmente, el coro terminó y la labor de pelar las papas se reanudó de forma tan natural que era casi imposible decir dónde había acabado la adoración y dónde había comenzado el trabajo. A pesar de que el pasado distante estaba más allá de su poder para recordarlo, Mauricio solo sabía que esta era la vida como debía ser. Nunca antes había disfrutado tanto de su huerto, nunca había conocido personas con las que era tan fácil relacionarse, nunca había visto al mundo tan hermoso y nunca había sentido tan cerca a su amado Salvador. Bien habían valido la pena los siglos de espera que se olvidaban. “Nada, absolutamente nada podía ser mejor que eso”, pensó.

EL RELATO DE GABRIELA

Gabriela sonrió. Era suficiente para hacer que cualquiera sonriera. Aquí estaba, una chica que formaba parte de una cuadrilla de mujeres alegres que se desplazaba por las calles de la ciudad capital de Brasil. Su memoria no era tan clara, por lo que ya no estaba segura de lo que pensaba que recordaba; pero lo que sí recordaba era cómo se arrimaba a los portales de esa calle cuando era pequeña, hacía mucho, mucho tiempo, en un mundo diferente.

Sí, sin duda ese era el mismo edificio donde se sentaba desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, vendiendo las flores que recogía de los jardines de las casas grandes que estaban arriba de la colina, antes del amanecer, mientras sus dueños todavía dormían. Era deshonesto hacer eso, pero ¿qué podía hacer? Nunca había conocido a su padre y su madre había muerto de joven como resultado de las enfermedades que había contraído de su “profesión” como acompañante de los hombres de negocios de la ciudad. Gabriela había andado por las calles desde los tres años, primero bajo la protección de algunas niñas de doce años que le mostraban dónde robar comida, dónde refugiarse por la noche y dónde encontrar las flores para vender desde “su” portal.

Conforme el tiempo pasó, Gabriela, casi a los diez años, tomó la responsabilidad de cuidar a algunos niños más pequeños que habían sido obligados a vivir en las calles cuando sus padres fueron asesinados por los dementes bandidos de la droga en la periferia de la ciudad. No fue una gran vida, pero era todo lo que tenía, y las necesidades de sus “pequeños” le daban una razón para continuar la búsqueda diaria de la sobrevivencia básica. Por lo menos el ingreso por la venta de flores significaba que no tenía que vender su cuerpo como lo había hecho su madre; bueno, todavía no.

Frente a su portal había una iglesia católica. Una vez a la semana las monjas cruzaban la calle e invitaban a Gabriela y a su pequeña “familia” a la casa blanca detrás de la iglesia. La bañera cerámica se llenaba con agua caliente y, tan pronto como llegaban, se desvestían y se sumergían en ese cielo jabonoso. Después de escoger ropa limpia de unas canastas de ropa mezclada que estaban en la esquina del baño, les daban comida caliente que torpemente trataban de comer usando tenedor y cuchillo.

Después de la comida, en un tiempo de silencio, que para Gabriela era el mejor momento de la semana, las monjas susurraban oraciones a Jesús. Gabriela no tenía mucha idea de lo que estaban haciendo y no entendía todo lo que decían de Jesús, pero la reverencia con la que las monjas oraban cuando hablaban con Él tocó su pequeño y afligido corazón. No tenía nada ni a nadie en el mundo, pero aquí, en este Jesús, ella sentía la presencia de un amigo que era solo para ella. Alguien a quien podía llamar suyo.

De regreso en su portal, muchas veces se encontraba orando en voz baja por miedo a que sus compañeros pensaran que estaba loca. Mientras pasaba el tiempo, sus conversaciones unilaterales y silenciosas cada vez significaban más y más para ella y, de cierto modo, aunque ella nunca podía haberlo explicado, le dieron fuerza para seguir adelante.

Este fue el patrón de la vida de Gabriela hasta una noche de abril. No era una buena época del año para el negocio de las flores (los jardines de las casas grandes estaban casi sin flores) y por consiguiente Gabriela había regresado al puente del tren donde dormía con otros casi veinte niños, hambrienta y sintiéndose mareada. Se había recostado, envolviéndose lo mejor que pudo en un periódico que había recogido de un bote de basura cerca de la

parada del autobús. Mientras cabeceaba para dormirse, fuertes pisadas que hacían eco la despertaron. Despertó sobresaltada; solo tuvo tiempo para levantar la cabeza y entender lo que sucedía por los disparos de las armas.

Las historias de estas bandas que “limpiaban las calles” abundaban en los lugares donde se reunían los niños. Los policías fuera de servicio, pagados por los hombres de negocios locales para quienes la presencia de niños harapientos era una vergüenza y un obstáculo para el comercio, recorrían las calles por las noches, haciendo visitas a conocidos refugios de niños de la calle y disparándoles a muerte. Era más barato contratar a alguien que les disparara que vestirlos, alimentarlos y darles albergue. Así que, siendo el dinero el factor determinante para todo en la vida, ese fue el camino que ellos escogieron. Mientras disparaban hacia el puente, Gabriela alcanzó a gritar: “¡Ayúdame, Jesús!”. Fueron sus últimas palabras.

Gabriela no se acordaba de la bala que la mató. No se acordaba de nada realmente hasta este momento. Aún no sabía lo que “este momento” era, pero aquí estaba, sana, fuerte y viva, caminando por las mismas calles donde había vendido flores, refugiándose de la lluvia en los portales y, aunque parezca extraño decirlo, donde le habían disparado a muerte.

Las mismas calles, sí, pero qué diferencia. No había basura ni una atmósfera de decadencia y miedo. No había tráfico, ni suciedad ni grafiti contra el gobierno. Tampoco puestos de periódicos que vendieran pornografía y que retrataban cada vicio y perversión concebible en vívidos detalles. Parecía que nadie tenía prisa y por todos lados había grupos de personas, algunos solamente charlando, otros cantando y algunos literalmente bailando de gozo.

Al escuchar sus conversaciones, el nombre de “Jesús” parecía estar en los labios de todos. Así que era Él. Su Jesús había hecho que todo esto sucediera. Su Jesús la había llevado ahí. Sonrió. Era suficiente para hacer que todos sonrieran.

PARTE 3

REPERCUSIONES CONTEMPORÁNEAS POR CREER EN UNA TIERRA NUEVA

“Cuando se niega la esperanza de una tierra nueva,
el significado de la vida en esta tierra se viene abajo.

Solo con los ojos puestos en el futuro de Dios
se puede entender la riqueza de la vida en el presente”.

G. C. Berkouwer

CONOCIENDO EL FINAL DESDE EL PRINCIPIO

Espero que el contenido de este libro te haya hecho pensar de nuevo acerca del cielo, la vida después de la muerte y tu destino eterno en la tierra nueva como hijo o hija del Padre. Sería bueno terminar preguntando: ¿cuáles son las repercusiones de esta perspectiva del futuro en nuestra vida en el aquí y el ahora? ¿Solo es vagamente interesante para aquellos de nosotros que nos gusta pensar en temas teológicos, o hay algo importante para *cada* cristiano que transforma y mejora la vida *aquí y ahora*?

La verdad teológica nunca debe ser algo meramente académico. Entre más entendamos a Dios y Sus propósitos, más estrechamente nos podremos relacionar con Él y, con la ayuda de Su Espíritu, conformar nuestras vidas a Sus grandes planes eternos. Así que, en conclusión, pensemos sobre algunas de las repercusiones contemporáneas de la teología de un cielo nuevo y una tierra renovada.

LA TIERRA NUEVA Y LA ALABANZA A SU HACEDOR

La obra creativa de Dios siempre ha sido un gran motivo para alabarlo. Hasta la adoración en los lugares celestiales es, en parte, una respuesta al ingenio creativo de Dios. “Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque Tú creaste todas las cosas; por Tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap 4:11). Desde la perspectiva del cielo, la tierra magnifica a su Creador de modo que incluso los seres angelicales ofrecen abundante alabanza para su Hacedor por la existencia de la tierra.

En la creación vemos la poderosa mano de Dios. Hoy, por nuestro deseo de celebrar la verdad de que nuestro Hacedor es también nuestro “Papá” (Abba), hay una tendencia a perder de vista la increíblemente poderosa majestad de Dios como se refleja en la creación. J. I. Packer lamenta lo que él describe como la “tendencia a encoger a Dios”, tendencia del siglo veinte que ha mermado tanto la grandeza de Dios que lo ha hecho “¡no más que una mancha!”.¹

Si cedemos ante esta tendencia y llegamos a ver a nuestro Dios como impotente y apartado, que observa a Su amada creación deteriorarse desde una distante torre de marfil celestial, entonces es probable que el impulso a alabarlo sea verdaderamente débil. Sin embargo, si nos detenemos y reflexionamos, la asombrosa naturaleza de la creación misma será suficiente para arrancar tales pensamientos escépticos de un Dios distante. La evidencia de Sus atributos se verá en los atributos de Su creación (Ro 1:17), y sin duda nosotros seremos conmovidos a celebrar Su poder y alabar Su grandeza con pasión renovada.

Además, si con fe podemos celebrar el simple y puro poder de un Ser que con una palabra puede crear esta tierra con un nuevo diseño libre del mal, que puede resucitar los espíritus de los que han muerto en cuerpos nuevos, que puede volver a crear todas las especies de animales extintos y cuya misma presencia puede iluminar cada acto de la vida diaria, entonces tenemos a un Dios que es verdaderamente digno de nuestra alabanza. La esperanza en la creación restaurada amplía así nuestra visión de la grandeza de Dios e inspira nuestros actos de alabanza y adoración a nuevas alturas de agradecimiento y nuevas profundidades de gratitud.

LA TIERRA NUEVA Y LAS DESILUSIONES

“¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena?” es el clamor de muchos corazones cristianos. ¿Por qué sufrimos? ¿No nos promete la Biblia darnos todo lo que pidamos en el nombre de Jesús? (Jn 16:23). ¿No promete que la oración de fe sanará al enfermo y que el Señor lo levantará? (Stg 5:15). ¿No dijo Jesús mismo que hasta una fe del tamaño de una semilla de mostaza podía mover montañas? (Mt 17:20). ¿Por qué, entonces, experimentamos la frustración de la oración no contestada, la enfermedad no sanada y las lomas que se resisten a la fe, por no decir montañas?

David Cohen, ex-director general de la Unión Bíblica del Reino Unido, con frecuencia solía afirmar que “algo no es verdaderamente bíblico a menos que refleje la enseñanza de toda la Biblia”. Su punto era que todos somos buenos para tomar los textos que nos gustan y discretamente ignoramos los textos ¡que sacuden nuestra manera de pensar!

Cualquier texto que se tome por sí solo y se aisle de los otros textos aparentemente opuestos, no dirá toda la historia. Para ser bíblicos debemos considerar toda la Biblia. Cuando buscamos razones para nuestras desilusiones a lo que parecen ser oraciones no respondidas, debemos ver no solo la mitad del cuadro que nos alienta a esperar que sucedan cosas grandiosas en el nombre de Jesús, sino también la otra mitad del cuadro que la Biblia pinta de la vida en esta era.

Entonces, aunque es verdad que Jesús está “en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no solo en esta era sino también en la venidera” (Ef 1:20-21), también es verdad que “todavía no vemos que todo le esté sujeto” (Heb 2:8).

Aunque nosotros mismos ya somos “nuevas criaturas” (2Co 5:17) e incluso ahora “nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo” (Ef 1:3), “todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser” (1Jn 3:2). En este mundo el misterio del evangelio se “ocultó [...] durante largos siglos [y] ahora [Dios] lo ha revelado” (Ro 16:25), pero aún así nosotros solamente “vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo”; conocemos, pero “de manera imperfecta” (1Co 13:12-13).

Ciertamente debemos orar con fe esta oración que Jesús nos enseñó: “[Dios], no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno” (Mt 6:13), pero aún orando así, Jesús nos recordó que por la presencia permanente del mal en esta era, “en este mundo [afrontaremos] aflicciones” (Jn 16:33).

Podríamos seguir dando ejemplos, pero el punto quedó claro. La presencia en esta era del reino de Dios, la obra del Espíritu Santo, la oración y la fe del creyente todavía no significan que en este mundo experimentaremos todo lo que Dios tiene para nosotros. Este punto no resta nada de la realidad del poder de Dios para ahora ni disminuye la importancia de la fe en el creyente, sino que reconoce que vivimos en un mundo caído donde el pecado y el mal todavía conspiran para deformar la buena creación de Dios.

Este conflicto entre los efectos de la Caída y los beneficios de la poderosa llegada del reino de Dios son, en verdad, una de las marcas que identifican “este mundo malvado” (Gá 1:4).

Al cristiano moderno le gusta reflexionar en las bendiciones presentes más que en las expectativas futuras. Los cristianos modernos se instan a compartir sus testimonios de que una vez fuimos ciegos, sordos y de hecho

mueritos en lo que a Dios concierne, y ahora, por medio de Cristo, nos volvió a la vida y hemos sido radicalmente transformados y bendecidos con salud espiritual. Gracias a Dios que esto es verdad. Pero la salud espiritual significa ser santo y estar completo. Teniendo en cuenta que estamos por debajo de ser santos y estar completos, tampoco gozamos de una salud completa. Tenemos que darnos cuenta que la salud espiritual de la que testificamos es solo parcial y relativa; es un asunto de estar menos enfermos y menos incapacitados ahora de lo que lo estábamos antes. Tomando como patrón el estándar absoluto de la salud espiritual que vemos en Jesucristo, todos nosotros no somos más (ni menos) que inválidos en el proceso de ser curados (J. I. Packer).²

Podemos tener la certeza de un maravilloso futuro ya asegurado. Usando las imágenes de C. S. Lewis, podríamos decir que esto es meramente el fin del año escolar; ¡las vacaciones pronto llegarán!³ Esto nos puede ayudar a estar más contentos con la vida que nos ha tocado vivir aquí. Sin duda, debemos ser un pueblo que tenga fe en el poder de Dios para cumplir en nuestras vidas hoy todo lo que Él ha prometido hacer. Pero junto con esa fe en el presente, nuestra perspectiva de la tierra nueva nos inspirará a ser un pueblo con una expectativa para el futuro. Yo sé que nunca estaré ni seré física, emocional o espiritualmente perfecto a este lado de la muerte, pero como para mí la muerte no es el fin, no pierdo la fe en Dios. Sus promesas y Su amor son eternos. ¡Ya no habrá más rodillas artríticas, complejos de inferioridad, ataques de pánico o dudas de fe!

En Su bondad, Dios ha permitido que algunos de los poderes de la era venidera impacten la vida en esta era presente. Los milagros existen. Dios sí contesta la oración. Las personas enfermas son sanadas. Dios provee evidencia suficiente de lo que la vida será allá para mantenerme de pie cuando la fe esté en un punto bajo. Tener esperanza en un mundo venidero, nuevo y glorioso me ayuda a lidiar con las duras realidades y desilusiones de este mundo presente.

Pablo dijo que “la fe, la *esperanza* y el amor” son las características cristianas perdurables en este mundo (1Co 13:13). Expresemos nuestro amor por Dios y nuestra fe en Él con una vida de amor por los hombres y las mujeres a nuestro alrededor, pero no dejemos que la fe del *presente* disminuya la realidad permanente de nuestra gloriosa esperanza en el *futuro*.

LA TIERRA NUEVA Y LOS CAMBIOS

En términos más globales, la esperanza es un ingrediente vital para hacerle frente a la vida. En 1970 Alvin Toffler escribió un libro titulado *El Shock del Futuro* en el que trató de predecir los efectos que produciría en la sociedad la aceleración de cambios que se anticipaba. Observó que las generaciones anteriores habían vivido en sociedades relativamente estables donde las cosas se desarrollaban y cambiaban con bastante lentitud y que, por lo tanto, los descubrimientos científicos y tecnológicos modernos significarían que la vida se volvería frenética, caótica y con cambios exponenciales hacia finales del siglo veinte.

Veía una sociedad “que se fragmentaba rápidamente a nivel de valores y estilos de vida” sin que se acordara una base para mantener unida a la sociedad. Estos cambios cada vez más rápidos en las creencias, los valores y los estilos de vida serían más de lo que los seres humanos (que no se adaptan bien al cambio) podrían manejar, y vio que nuestro ambiente se volvería tan “efímero, desconocido y complejo que amenazaría a millones con [...] una ruptura”. A esta ruptura fue lo que él llamó “el shock del futuro”.⁴

La sociedad que Toffler previó está hoy con nosotros. (Que yo sepa, él no es cristiano). Las cosas que una vez pensamos que eran para siempre, por ejemplo, un trabajo, el matrimonio, el alza en el precio de las casas o la Unión Soviética (!) se han vuelto temporales. Compramos lo último en tecnología (un reproductor de DVD, un celular de nueva generación, una cámara digital), y un nuevo modelo se produce casi antes de que el nuestro salga de su empaque. El ritmo de cambio es desconcertante y desestabilizador, y muchos, al sentir que no pueden hacerle frente a “la competitividad feroz de la vida moderna”, sencillamente se han derrumbado o han decidido no participar.

Las rupturas familiares, las enfermedades relacionadas con el estrés y los índices de suicidios están en aumento en una sociedad que tiene más tiempo libre que nunca. Quizá no deba sorprendernos que las personas que ven esta vida como todo lo que hay queden atrapadas en el día de hoy. Al no tener otra guía más que las modas y tendencias contemporáneas, son arrastradas y se dan cuenta demasiado tarde que ¡la corriente les ha llevado hacia la alcantarilla!

Sin embargo, el cristiano que tiene una perspectiva (¡más o menos!) clara acerca del propósito eterno que Dios tiene para la vida del hombre en este planeta, tiene una guía diferente y una manera distinta de evaluar los méritos relativos de las opciones, aparentemente interminables, de los estilos de vida que se nos ofrecen. Así podemos escoger pasar por alto algunos elementos del cambio y del “progreso” que se nos presentan como “vitales” para hoy en día. “Debemos poner en tela de juicio la afirmación de que el progreso económico, técnico y científico sea su propia justificación. Debemos ser libres para evaluar e incluso rechazar el progreso” (Bob Goudzward).⁵

Para ponerlo de otra manera, solo porque *podamos* hacer algo o tener algo no quiere decir que *tengamos* que hacerlo o que *debamos* tenerlo. Por lo tanto, una perspectiva bíblicamente instruida sobre el destino del hombre nos ayuda a decidir lo que vale la pena aceptar y lo que debemos rechazar del supermercado de cambios de nuestra sociedad. Esta perspectiva nos proporciona parámetros piadosos para la existencia humana sustentable en nuestra sociedad.

LA TIERRA NUEVA Y LA JUSTICIA SOCIAL

Una vez que me doy cuenta que el cielo no solo es que mi espíritu va a estar por toda la eternidad con el rostro a tierra ante el Cordero que está en el trono, sino que es un yo resucitado que vive en la sociedad redimida de Dios en la tierra renovada de Dios, tengo un punto de referencia a largo plazo para mis tratos con los demás. Vislumbrar algo de la armonía racial del fin de los tiempos (diversidad y diferencia sin discriminación ni maltrato) cambiará nuestros tratos con las personas de culturas diferentes en esta era. En el reino venidero “los que no son importantes están en el centro del escenario” y “las relaciones verdaderamente importantes son absolutamente increíbles. Los últimos son los primeros, los primeros son los últimos. Los mendigos están en el banquete” (Peter Cotterell).⁶ Esto, sin duda, nos debe influir para ver a quién invitamos a nuestros “banquetes” en esta era. Poniéndolo de manera sencilla, si vamos a pasar la eternidad relacionándonos con alguien, ¡muy bien podemos comenzar a practicar desde ahora!

Somos llamados a vivir como personas del futuro. Cuando la hermosa expectativa de las relaciones plenamente redimidas nos haya conmovido (intimidad sin lujuria, intensidad sin posesividad y participación sin dominio), entonces aspiraremos a formar nuestras relaciones actuales sobre tales principios eternos. Si las amistades pueden ser así de fantásticas, ¿por qué esperar a la tierra nueva?

LA TIERRA NUEVA Y EL DISFRUTE DE LA VIDA

Una vez que nos damos cuenta que Dios aprecia mucho esta tierra y que está destinada a la renovación y no a la destrucción, entonces podremos empezar a apreciarla y a disfrutarla a un nivel más profundo. Lamentablemente, demasiados cristianos no han podido ver esta verdad con claridad y, en consecuencia, han descuidado (e incluso abusado) de la buena creación que Dios nos ha dado para que la disfrutemos. Algunos creen que cuando Jesús habla de no amar al mundo se refiere al planeta tierra en vez del sistema del mundo que está en rebeldía contra Dios. Enseñan que si anhelamos la era por venir, debemos odiar todo lo de esta era, incluyendo a la tierra.

¿Hay que escoger entre despreciar la tierra y adorarla? ¿No podemos valorar la tierra como hijos de Dios, deleitándonos en las cosas que nuestro Padre nos ha dado? ¿No hay un camino intermedio en el cual nos involucremos plenamente con agradecimiento por la creación de Dios, una creación buena y hermosa, y en aquellos aspectos de la cultura que se han desarrollado para Su gloria, siendo conscientes de los efectos de la Caída y del peligro que existe de que el Creador nunca debe ser desplazado en nuestros afectos por Su creación, *pero al mismo tiempo* desear y aspirar la renovación de todas las cosas en el futuro?

Gracias a Dios que, una vez que obtenemos una perspectiva bíblica del propósito de Dios para nosotros y para el planeta que Él ama, somos liberados para deleitarnos en la creación. Después de haber quitado del camino la falsa división entre lo “espiritual” y lo “físico”, todo acto físico (¡excepto el pecado!) se impregna con el nuevo significado. Si mi destino eterno es físico, entonces es permisible disfrutar con un agradecimiento sincero la vida física en el presente. No es que me debo sentir muy espiritual leyendo mi Biblia, un poco menos espiritual comiendo (después de todo, ¡hemos orado por los alimentos!) y totalmente no-espiritual cuando veo un partido de fútbol. Todo en la vida tiene un significado eterno. Las familias judías (no influenciadas por la forma de pensar de los griegos, quienes exaltaban lo espiritual y devaluaban lo físico) oraban dándole las gracias a Dios por cada función física, ¡incluyendo ir al baño! A algunos cristianos esto les suena vulgar, pero para un cristiano que ha captado las repercusiones de que Dios se involucra con la existencia humana, real y física, es como una bocanada de aire fresco.

G. C. Berkouwer trata bien este punto cuando escribe: “Cuando la expectativa de una tierra nueva se niega o se relativiza, el significado de la vida en esta tierra se viene abajo, pues exalta lo espiritual y lo místico a una altura no bíblica y niega el interés que Dios tiene a largo plazo en lo físico [...] Solo con los ojos puestos en el futuro de Dios se puede entender la riqueza de la vida en el presente”.²

LA TIERRA NUEVA Y LAS CUESTIONES ECOLÓGICAS

Un día visité dos editoriales y en ambas me ofrecieron una taza de café. En la primera me sirvieron el café en una taza de polietileno; cuando me acabé la bebida, sin pensarlo, hice hoyos en la taza antes de tirarla a la basura. En la segunda editorial me sirvieron el café en una taza de porcelana china (con el plato que hacía juego). La taza estaba pintada a mano y terminada con una fina capa de esmalte dorado; era el orgullo y la alegría de la oficina, y tuve el privilegio de beber en ella. Cuando me terminé el café, con cuidado regresé la taza a su plato y con reverencia los coloqué a ambos lejos del peligro, en medio de la mesa, para que no les fuera a pasar algo. Ni siquiera por un segundo consideré hacerla pedazos y tirarla en el bote de basura; yo sabía que era un artículo muy valioso que tenía su propia belleza y valor intrínsecos.

Muchos cristianos, por su falta de comprensión del interés que Dios tiene a largo plazo en este mundo, piensan que la tierra se puede tratar como una taza de polietileno. Después de todo, es desechable y está destinada al fuego. Podemos hacerle hoyos, contaminarla y destruir partes de ella, y puesto que solo es algo temporal, a nadie (incluyendo a Dios mismo) le importará mucho.

Sin embargo, una vez que llegamos a ver la tierra más como una pieza con filo de oro, una porcelana china de gran precio, nos vemos forzados a volver a examinar nuestros métodos de vivir en ella. Se hizo un gran esfuerzo para crearla, tiene una belleza y un valor intrínsecos y, lejos de ser desechable, para su Creador es eternamente valiosa.

John Stott escribe: “Creemos que Dios creó la tierra, encomendando su cuidado al hombre, y que un día Él la volverá a crear cuando Él haga ‘el cielo nuevo y la tierra nueva’. Estas dos doctrinas que tienen que ver con el principio y el fin de la historia [...] nos dan un respeto por la tierra, y de hecho por toda la creación material, ya que Dios la hizo y la va a re-hacer”.⁸

Esto nos lleva directamente a considerar las respuestas cristianas que se dan a las causas que los ambientalistas y los ecologistas han tomado. Lamentablemente, con sus ojos fijos en un Dios espiritual que solo se interesa en la transformación espiritual de la humanidad, la cual se prepara para un futuro espiritual, los cristianos han abandonado la obra maestra del Creador a que sea devastada por la contaminación y toda una gama de abusos guiados por el mercado. ¿Cómo puede ser esto? ¿Qué tipo de ceguera es esta cuando declaramos “amar al Amante” pero no “amar lo que el Amante ha hecho”? (Francis Schaeffer).⁹

En cambio, cuando las escamas de este pensamiento dualista caen de nuestros ojos y vemos de qué manera tan íntima Dios está involucrado con Su creación (tanto en el pasado, en el presente y en el futuro) tenemos “una perspectiva de la creación que enfatiza la bondad del mundo de Dios [...] y nos da, por lo tanto, todos los incentivos posibles [...] para trabajar para la renovación de la creación de Dios y por la justicia dentro de la creación de Dios” (Tom Wright).¹⁰

Los horrores que el abuso y los malos manejos del hombre han hecho de la tierra están bien documentados. De acuerdo con la “World Guide 2001-2002”, cada ser humano alberga en su cuerpo alrededor de 500 químicos sintéticos que no existían antes de 1920; el aumento de tres partes por millón en la concentración atmosférica de dióxido de carbono en 1998 fue el mayor jamás registrado; la creciente escasez de agua amenaza reducir la reserva

global de alimentos en más del 10 por ciento; 500 millones de personas alrededor del globo terráqueo sufren casi una total falta de agua potable, y la mitad de las personas en el mundo están, en términos clínicos, desnutridas.¹¹

Una preocupación por toda la creación retará nuestra “posición de avestruz” en lo que se refiere a los asuntos ecológicos. Tristemente, “seguiremos teniendo una crisis ecológica que empeorará hasta que rechacemos el axioma ‘cristiano’ de que la naturaleza no tiene razón de existir sino para servir al hombre” (Francis Schaeffer).¹² Pero cuando nos demos cuenta que a Dios le importa, también a nosotros nos deberá importar. Una vez que reconozcamos la molesta verdad de que las personas hambrientas del mundo son las personas que Dios creó y que ama, no comeremos con tranquilidad hasta que ellas sean alimentadas. Una vez que consideremos con seriedad que la belleza de la creación está ahí porque Dios así lo quiso, no descansaremos con tranquilidad mientras la humanidad la viola para sus propias ambiciones egoístas. Cuando captemos la perspectiva de la creación restaurada en la tierra nueva, nos esforzaremos por vivir de tal manera en el presente para ver los primeros frutos de esa restauración en nuestro propio tiempo.

En la historia bíblica, la creación se ve como innatamente santa porque Dios la creó. Está impregnada de la presencia y los propósitos del Dios viviente. Cristo se hizo parte de ella y Dios planea redimirla. Por lo tanto, si escogemos aceptar la perspectiva bíblica de un mundo hecho nuevo, también nos debemos comprometer a desarrollar un sentido de reverencia por toda la vida creada. Debemos estar a la vanguardia con los que trabajan por la restauración del orden creado (Tom Sine).¹³

A la vanguardia, sí. Nadie debería estar gritando más fuerte y seguido sobre lo que el hombre le está haciendo al planeta, a su gente y a sus recursos que los cristianos. Qué lástima que tan a menudo dejamos la defensa de la creación de nuestro Maestro a los demás. En un mundo que se está envenenando hasta la muerte, ¿dónde están las voces cristianas que se levantan en señal de protesta?

Es un asunto serio. En el Antiguo Testamento, como hemos visto (ver capítulo 1), el destino de Israel no se podía separar de la mayordomía de la tierra que Dios le había dado. De hecho, el código moral de los israelitas y su amor por Jehová estaban formados y medidos por su respeto por la vida, no solo por su fidelidad a los rituales religiosos. Se les recordaba que “nada de lo que ellos pudieran hacer en, sobre o con la tierra estaba fuera de la esfera de la inspección moral de Dios. Desde los temas principales de la defensa del territorio nacional hasta cómo podar árboles frutales, cada área de la vida estaba incluida”. Esta ‘terrenidad’ en la religión judía significaba que la manera en que Israel trataba la tierra era “un ‘termómetro espiritual’ que evaluaba la temperatura de su relación con Dios y su estatus como el pueblo redimido de Dios. Una nación que se permitía sucumbir a los mismos vicios económicos del mundo a su alrededor no podía ser luz para las naciones” (Chris Wright).¹⁴ Cuando Dios usa hoy el termómetro del cuidado del ambiente para medir la salud de Su pueblo redimido, me pregunto: ¿qué tan saludables nos ve?

Esto es retador. La muerte de un gorrión solitario no pasa desapercibida para Dios; sin embargo, nosotros (que amamos a Dios) permitimos que toda una especie llegue a su extinción sin derramar una lágrima. En nuestra televisión vemos que miles de personas mueren de hambre debido a la maldad del hombre, pero seguimos buscando

nuestra serie favorita. Dios creó un mundo de belleza y equilibrio ecológico, pero nosotros vivimos felices con nuestro estilo de vida consumista que es directamente responsable de los altos niveles de contaminación que destruyen ese balance ecológico. Dios planea renovar Su creación, pese a que nosotros sigamos conspirando contra ella. Seguramente debemos “arrepentirnos del despilfarro, contaminación y destrucción sin sentido [...] y [...] evitar rotundamente todo el desperdicio, no solo por solidaridad con los pobres, sino también por respeto al ambiente vivo” en el que el Creador se deleita y con cuyo abuso el Creador se duele (John Stott).¹⁵

Nuestra perspectiva sobre el futuro de la creación cambiará y transformará nuestra vida en esa misma creación en el presente. Nunca más debemos adoptar la actitud de la “taza de polietileno” con la tierra sino que, por reverencia a su Creador y a Sus planes a largo plazo para su renovación, la debemos tratar con el cuidado que merece una creación tan hermosa y delicada.

LA TIERRA NUEVA Y LA CREATIVIDAD HUMANA

Una vez que veamos la *continuidad* entre la vida en esta era y la vida en la era venidera, el hecho de que lo que hagamos en el presente tiene un significado eterno nos impulsará a aspirar logros cada vez mayores para Jesús. Es posible que alguna vez llegamos a pensar de esta manera:

Si todo esfuerzo en el campo de las artes y la ciencia va a ser destruido por el fuego, entonces, ¿por qué molestarse excesivamente en estos campos? Si el cielo va a ser una experiencia espiritual, entonces seguramente las cosas físicas como los cuadros, los puentes, los libros, las casas, las esculturas y los muebles no tienen importancia eterna, ¿verdad? Será difícil colgar un cuadro en la pared etérea de tu mansión celestial. Y si podremos flotar para cruzar el río, ¿para qué construir un puente? Sin embargo, cuando tratamos de pensar en un futuro material redimido, también nos atrevemos a creer que ya que “Dios es un Dios creativo, que afirma la bondad del mundo que ha hecho, simplemente no va a declarar a Su mundo como un siniestro total con toda su riqueza en el arte, la belleza y el ingenio humano” (Stephen Travis).¹⁶

Solo podemos suponer cómo Dios podría redimir estas cosas, pero la perspectiva de que sí lo hará transforma cada campo del esfuerzo humano. La amplitud de los planes eternos de Dios para la creatividad humana nos libera para pensar que casi cada área de la vida tiene algo que se puede redimir. En un tiempo de oración después de un concierto del músico cristiano de reggae, Ben Okafor, alguien le dio las gracias a Dios por darle a Ben la visión para “redimir el reggae”. En ese momento me sonó raro. Las *personas* eran redimidas, ¡no las manifestaciones del arte! Pero ahora, con un aprecio más profundo por los intereses actuales de Dios y sus planes futuros, la redención del reggae está maravillosamente de acuerdo con lo que los cristianos están llamados a hacer en todas las profesiones. ¡Redimamos la arquitectura, la pintura, la tecnología y la danza. Regresémoslos al torrente puro y creativo del amor de Dios, y gocémonos en el hecho de que lo que sea redimido tendrá un lugar en nuestro hogar eterno!

¿Descabellado? No si vemos la redención como “la recuperación de la bondad creacional a través de la cancelación del pecado” (Albert Wolters).¹⁷ En otras palabras, nuestro trabajo como cristianos no es solo dedicarnos a la misión de ver derrotado el pecado en las vidas de las personas, sino trabajar para ver el pecado derrotado en las sociedades, en las manifestaciones del arte y en las expresiones culturales. “Concebir o bien la caída o la liberación por Cristo como si abarcara menos que la creación por entero es transigir con la enseñanza bíblica de la naturaleza radical de la caída y del alcance cósmico de la redención” (Albert Wolters).¹⁸

Estoy inspirado por una perspectiva de la vida eterna en una tierra renovada donde el pecado ha sido derrotado en cada estructura de la vida. La política será sin ambición e injusticia. Las relaciones estarán libres de sospecha y lujuria. Todos los estilos de música se darán sin la autopromoción de los artistas y sin letras degradantes. En el arte no habrá espectáculos grotescos. La danza no tendrá formas provocativas. Cada aspecto de la vida glorificará al Señor e irradiará, de manera natural, alabanza al Creador de toda la vida.

Así que, ¿hay repercusiones prácticas para creer en “los cielos nuevos y la tierra nueva”? Sí. La creencia que tengo acerca del futuro afecta casi cada parte de mi vida: mi trabajo y mi adoración, mi capacidad para levantarme con esperanza por encima de mis circunstancias, mi gozo por la creación y mi responsabilidad por el ambiente. Todo se tiñe de color con diferentes tonalidades cuando mi mirada se fija en la tierra nueva donde la justicia está en casa,

donde Dios mismo mora con Su pueblo y ¡donde la tierra está llena del conocimiento de Su gloria como las aguas cubren el mar! Amén. Ven, Señor Jesús.

NOTAS DE TEXTO

CAPÍTULO 1

1. N. T. Wright, tomado de una conferencia, 1993, usado con permiso. También escribe usando el nombre Tom Wright. Aunque como casa editorial no estemos de acuerdo con su “nuevo pensamiento” sobre Pablo, nos parecen edificantes algunas de sus reflexiones sobre la nueva creación. Después de la publicación de este libro, publicó su propio libro sobre el tema, titulado *Sorprendidos por la esperanza*.
2. Christopher J. H. Wright, *Living as the People of God [Viviendo como Pueblo de Dios]*, Inter-Varsity Press, 1984. Publicado en español por Editorial Andamio.

CAPÍTULO 2

1. El libro de C. McDannell & B Lang, *“Heaven, A History”* [*“El Cielo, Una Historia”*], (Yale University Press, 1990, p. 16ss.), ha tenido un impacto en las expectativas de las personas sobre la era venidera, haciéndola más “espiritual” y menos “física”.
2. N. T. Wright, *The New Testament and the People of God* [*El Nuevo Testamento y el Pueblo de Dios*], Society for Promoting Christian Knowledge (SPCK), 1992, p. 392.
3. G. C. Berkouwer, *The Return of Christ* [*El Regreso de Cristo*], Wm B. Eerdmans Publishing Co (US), p. 213.
4. A. Koberle, de *Der Herr Über Alles* [*El Señor de Todos*], citado en *The Return of Christ* [*El regreso de Cristo*], ver arriba, p. 103.
5. N. T. Wright, *Colossians* [*Colosenses*], Tyndale New Testament Commentaries, Inter-Varsity Press, 1987, p. 61.
6. *The Return of Christ* [*El Regreso de Cristo*], ver arriba, p. 232.
7. *The Return of Christ* [*El Regreso de Cristo*], ver arriba, p. 232.
8. John N. D. Kelly, *The Epistles of Peter and of Jude* [*Las Epístolas de Pedro y de Judas*], New Testament Commentaries, A & C Black, 1969, p. 360.
9. Henry Alford, *The Greek New Testament: an exegetical and critical commentary*, [*El Nuevo Testamento en Griego: un comentario exegético y crítico*], vol. 4, parte 2, p. 418.
10. Colin Brown (ed.), *The New International Dictionary of New Testament Theology* [*El Nuevo Diccionario Internacional de la Teología del Nuevo Testamento*], vol. 2, Paternoster Press, 1976, p. 670.
11. Agradezco a Tom Wright esta ilustración del Antiguo Testamento sobre la verdadera naturaleza del estilo apocalíptico.
12. *The New Testament and the People of God* [*El Nuevo Testamento y el Pueblo de Dios*], ver arriba, p. 392.
13. Richard Bewes, *The Church Overcomes* [*La Iglesia Triunfa*], Mowbray (Cassell), 1984, p. 87.

CAPÍTULO 3

1. Francis Schaeffer, *Death in the City [Muerte en la Ciudad]*, Inter-Varsity Press, p. 112. Publicado en español por Ediciones Evangélicas Europeas, 1973.
2. Donald Guthrie, *New Testament Theology [Teología del Nuevo Testamento]*, Inter-Varsity Press, 1981, pp. 875-876.
3. *New Testament Theology [Teología del Nuevo Testamento]*, ver arriba, pp. 875-876.
4. *The Collins Dictionary [El Diccionario Collins]*.
5. N. T. Wright, tomado de una conferencia, 1993, usado con permiso.
6. William Lane, *The Gospel of Mark (El Evangelio de Marcos)*, New International Commentaries on the New Testament, Eerdmans, 1974, p. 370; ver también Marcos 10:29–30.
7. N. T. Wright, *The New Testament and the People of God [El Nuevo Testamento y el Pueblo de Dios]*, SPCK, 1992, p. 461.

CAPÍTULO 4

1. Anthony A. Hoekema, *The Bible and the Future [La Biblia y el Futuro]*, Paternoster Press, 1979, pág. 95. Publicado en español por Libros Desafío, 2000.
2. *The Bible and the Future [La Biblia y el Futuro]*, ver arriba, p. 91.
3. Las referencias que se hacen del cielo en este libro siempre se deben tomar con el significado del “mundo espiritual invisible donde Dios vive”.
4. R. T. France, *The Gospel according to Matthew [El Evangelio según Mateo]*, Tyndale New Testament Commentaries, Inter-Varsity Press, 1986, p. 255.
5. *The Bible and the Future [La Biblia y el Futuro]*, ver arriba, p. 99.
6. George Eldon Ladd, *Theology of the New Testament [Teología del Nuevo Testamento]*, Lutterworth Press, 1975, p. 194. Publicado en español por CLIE, 2008.
7. Josefo, “*A discourse to the Greeks concerning Hades*”[“*Un discurso para los griegos con respecto al Hades*”].
8. R. V. G. Tasker, *2 Corinthians [2 Corintios]*, Inter-Varsity Press, p. 81.
9. Craig L. Blomberg, *Interpreting the Parables [Interpretando las Parábolas]*, Apollos, 1990, p. 206.
10. Roger T. Forster, *Eternal Destiny: Heaven and Hell [Destino Eterno: el Cielo y el Infierno]*, Ichthus Christian Fellowship, p. 19.
11. Millard J. Erickson, *Christian Theology [Teología Cristiana]*, Marshall Pickering, p. 1183. Publicado en español bajo el título *Teología Sistemática* por CLIE, 2009.
12. David Watson, *Fear No Evil [No Temeré Mal Alguno]*, Hodder & Stoughton, 1984, p. 164.
13. *Fear No Evil [No Temeré Mal Alguno]*, ver arriba, p. 164.
14. *Theology of the New Testament [Teología del Nuevo Testamento]*, ver arriba, p. 554.

CAPÍTULO 5

1. John Stott, *The Contemporary Christian [El Cristiano Contemporáneo]*, Inter-Varsity Press, 1992, p. 85. Publicado en español por Libros Desafío, 1996.
2. *The Contemporary Christian [El Cristiano Contemporáneo]*, ver arriba, p. 81.
3. Jürgen Moltmann, *Theology of Hope [Teología de la Esperanza]*, SCM Press, 1969, p. 201. Publicado en español por editorial Sígueme, 1992.
4. De David Watson, *Fear no Evil [No Temeré Mal Alguno]*, Hodder & Stoughton, 1984, p. 163.
5. *The Contemporary Christian [El Cristiano Contemporáneo]*, ver arriba, p. 76.
6. N. T. Wright, tomado de una conferencia, 1993, usado con permiso.
7. Gordon D. Fee, *First Epistle to the Corinthians [Primera Epístola a los Corintios]*, Wm B. Eerdmans Publishing Co (US), 1987, p. 777.
8. C. S. Lewis, *The Great Divorce (El Gran Divorcio)*, Fontana (HarperCollins Publishers), 1971, p. 29. Publicado en español por Harper One, 2006.
9. A pesar de que la resurrección de Jesús en un cuerpo físico sustenta nuestra maravillosa esperanza futura, Su ascensión parece confundir el asunto. Surgen dos preguntas. Primera, ¿cómo puede un Jesús físico entrar al reino espiritual de los lugares celestiales? Y segunda, ¿es esta ascensión, como la resurrección, un patrón para los creyentes? En otras palabras, ¿entraremos a los lugares celestiales en nuestros cuerpos resucitados como lo hizo Jesús?
 - a. En primer lugar, siempre debemos recordar que Jesús es nuestro patrón solo hasta cierto punto. Él fue, y es, completamente humano (como lo somos nosotros) y completamente Dios (como no lo somos y nunca lo seremos). Quizá Su cuerpo resucitado tenía que ser tan capaz de entrar a lo celestial como de caminar en la tierra precisamente porque Su divinidad y Su humanidad demandaban que ambas fueran posibles. Las mismas demandas no se presentan en nuestra humanidad.
 - b. En segundo lugar, mientras que el Nuevo Testamento claramente cita más de una vez que la resurrección de Jesús es un patrón para nuestra resurrección, en ningún lado se cita que Su ascensión sea un patrón para nosotros. ¿Por qué? Porque el destino de Jesús después de la resurrección era ser el divino Rey humano del cielo, mientras que nuestro destino después de la resurrección es gobernar la tierra en Su nombre.
 - c. El espacio aquí nos impide una extensa discusión sobre la ascensión, pero para estimular más la reflexión sobre el tipo de existencia a la que Jesús entró en Su resurrección prueba leer el capítulo 16 titulado Miracles of the New Creation (Milagros de la Nueva Creación) del libro *Miracles, A Preliminary Study [Milagros: Un Estudio Preliminar]* de C. S. Lewis, Fount (HarperCollins Publishers), 1993. Publicado en español por Harper One, 2006.
10. Stephen Travis, *I Believe in the Second Coming of Jesus [Creo en la Segunda Venida de Jesús]*, Hodder & Stoughton, 1988, p. 172.
11. *First Epistle to the Corinthians [Primera Epístola a los Corintios]*, ver arriba, p. 29.
12. C. K. Barrett, *First Epistle to the Corinthians [Primera Epístola a los Corintios]*, New Testament Commentaries, A. &

C. Black, 1971, p. 373.

CAPÍTULO 6

1. G. C. Berkouwer, *The Return of Christ [El Regreso de Cristo]*, Wm B. Eerdmans Publishing Co. (US), p. 234.
2. Marie Luise Kaschnitz, “Life after Death” (“Vida después de la Muerte”), citado en *Eternal Life [Vida Eterna]*, Hans Kung, HarperCollins Publishers, p. 182.
3. Millard J. Erickson, *Christian Theology [Teología Cristiana]*, Marshall Pickering, p. 1234. Publicada en español bajo el título *Teología Sistemática* por CLIE, 2009.
4. John D. Watts, *Isaiah [Isaías]*, vol. 2, Word Bible Commentary, Word Books, 1987, p. 357.
5. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah [La Profecía de Isaías]*, Inter-Varsity Press, 1993, p. 125. Publicado en español bajo el título *Isaías* por Libros Desafío, 2010.
6. Louis Berkhof, *Systematic Theology [Teología Sistemática]*, Banner of Truth Trust, 1971, p. 737. Publicado en español por Libros Desafío, 2009.
7. El espacio aquí impide un análisis completo de quiénes estarán en la tierra nueva y quiénes serán excluidos. Algunos creen que al final Dios salvará a toda la humanidad (Universalismo); otros creen que Dios mismo seleccionará solo a unos cuantos para la salvación en el nuevo mundo (Restrictivismo); y otros creen que una amplia gama de personas se beneficiarán de la obra salvadora de Jesús porque han respondido con fe a lo que ellos saben de Dios (Inclusivismo). Los restrictivistas y los inclusivistas creen (aunque por diferentes razones) que algunos serán excluidos de la tierra nueva por haber caminado por el “camino ancho que lleva a la destrucción” en vez de hacerlo por “el camino estrecho que lleva a la vida”. Los universalistas creen que en algún lugar del horizonte ambos caminos se unen. Para un examen más completo de estos puntos de vista ver *No Other Name [No Hay Otro Nombre]* por John Sanders, Wm B. Eerdmans Publishing Co. (US), 1992.
8. Stephen Travis, *I Believe in the Second Coming of Jesus [Creo en la Segunda Venida de Jesús]*, Hodder & Stoughton, 1988, p. 173.
9. Ben Witherington III, *Jesus, Paul and the End of the World [Jesús, Pablo y el Fin del Mundo]*, Paternoster Press, 1992, p. 218.
10. Anthony A. Hoekema, *The Bible and the Future [La Biblia y el Futuro]*, Paternoster Press, 1979, p. 252. Publicado en español por Libros Desafío, 2000.
11. Walter Rauschenbusch, *A Theology for the Social Gospel [Una Teología para el Evangelio Social]*, Macmillan, citado en *I Believe in the Second Coming of Jesus [Creo en la Segunda Venida de Jesús]*, ver arriba, p. 235.
12. Gordon Wenham, *Genesis [Génesis]*, Word Bible Commentary, Word Books; ver también Génesis 11:1–9.
13. Michael Green, *The Second Epistle of Peter and Jude [La Segunda Epístola de Pedro y Judas]*, Comentario Tyndale del Nuevo Testamento, Inter-Varsity Press, 1987, p. 155.
14. Michael Wilcock, *The Message of Revelation [El mensaje de Apocalipsis]*, de la serie *The Bible Speaks Today [La Biblia Habla Hoy]*, Inter-Varsity Press, 1991, p. 212.

CAPÍTULO 7

1. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah [La Profecía de Isaías]*, Inter-Varsity Press, 1993, p. 124. Publicado en español bajo el título *Isaías* por Libros Desafío, 2010.
2. Anthony A. Hoekema, *The Bible and the Future [La Biblia y el Futuro]*, Paternoster Press, 1979, p. 252. Publicado en español por Libros Desafío, 2000.
3. Millard J. Erickson, *Christian Theology [Teología Cristiana]*, Marshall Pickering, p. 1232. Publicada en español bajo el título *Teología Sistemática* por CLIE, 2009.
4. William Lane, *The Gospel of Mark [El Evangelio de Marcos]*, New International Commentaries on the New Testament, Wm B. Eerdmans Publishing Co. (US), 1974, p. 508.
5. William Barclay, *Revelations [Apocalipsis]*, vol. 2, Canterbury Press.
6. R. T. Kendall, *Worshipping God [Adorando a Dios]*, Hodder & Stoughton, 1989, p. 221.
7. A. W. Tozer, *Whatever Happened to Worship? [¿Qué le Pasó a la Adoración?]*, Kingsway, p. 98. Publicado en español por editoriales CLC, 2005.
8. Albert Wolters, *La Creación Recuperada*. Poiema Publicaciones, 2013, p. 121.
9. W. Graham Scroggie, de What About Heaven? [¿Qué Pasa con el Cielo?], citado en *Heaven: Better by Far [El Cielo: Mejor con Creces]*, J. Oswald Sanders, Highland Books, 1993, p. 70. Publicado en español por editorial Portavoz, 2004.
10. J. B. Priestley, citado en *God: What the Critics Say [Dios: lo que los Críticos Dicen]*, ed. Martin Wroe, Hodder & Stoughton.
11. Abraham Kuyper, citado en *The Bible and the Future, [La Biblia y el Futuro]*, ver arriba, p. 286.
12. Miguel Wilcock, *The Message of Revelation [El Mensaje de Apocalipsis]*, serie The Bible Speaks Today [La Biblia Habla Hoy], Inter-Varsity Press, 1991, p. 211.
13. J. Oswald Sanders, *Heaven: Better by Far [El Cielo: Mejor con Creces]*, ver arriba, p. 90.
14. Donald Guthrie, *New Testament Theology [Teología del Nuevo Testamento]*, Inter-Varsity Press, 1981, p. 862.
15. John MacArthur, citado en *Heaven: Better by Far [El Cielo: Mejor con Creces]*, ver arriba, p. 80.

CAPÍTULO 9

1. J. I. Packer, *A Passion for Holiness [El Renacer de la Santidad]*, Crossway Books, 1992, p. 69. Publicado en español por Grupo Nelson, 1995.
2. *A Passion for Holiness [El Renacer de la Santidad]*, ver arriba, pp. 40-41.
3. C. S. Lewis, *The Last Battle [La Última Batalla]*, Puffin (Penguin Books Limited), p. 165. Publicado en español por ediciones Destino, 2005.
4. Alvin Toffler, *Future Shock [El Shock del Futuro]*, Pan (Macmillan Publishers), p. 293. Publicado en español por Plaza & Janes, 1995.
5. Bob Goudzward, de Idols of our Time [Ídolos de Nuestro Tiempo], citado en *The Transforming Vision [La Visión Transformadora]*, Walsh & Middleton, Inter-Varsity Press, p. 152.
6. Peter Cotterell, *Mission and Meaninglessness [Misión e Insensatez]*, SPCK, 1990, p. 272.
7. G. C. Berkouwer, *The Return of Christ [El Regreso de Cristo]*, Wm B. Eerdmans Publishing Co. (US), p. 230.
8. John Stott, *Issues Facing Christians Today [Los Problemas que los Cristianos Enfrentamos Hoy]*, Marshall Morgan & Scott, 1984, p. 119. Publicado en español por editorial Vida, 2008.
9. Francis Schaeffer, *Pollution and the Death of Man [Polución y la Muerte del Hombre]*, Crossway Books, 1993, p. 67. Publicado en español por Casa Bautista de Publicaciones, 1976.
10. N. T. Wright, tomado de una conferencia, 1993, usado con permiso.
11. Información tomada de “The World Guide 2001/2002 [La Guía Mundial 2001/2002]”, New International Publications Ltd., 2001, pp. 22, 23.
12. *Pollution and the Death of Man [Polución y la Muerte del Hombre]*, ver arriba, p. 84.
13. Tom Sine, *Wild Hope [Esperanza Eufórica]*, Monarch, p. 249.
14. Christopher J. H. Wright, *Living as the People of God [Viviendo como Pueblo de Dios]*, Inter-Varsity Press, pp. 59-61. Publicado en español por Editorial Andamio.
15. *Issues Facing Christians Today, [Los Problemas que los Cristianos Enfrentamos Hoy]*, ver arriba, pp. 119-120.
16. Stephen Travis, *I believe in the Second Coming of Jesus [Creo en la Segunda Venida de Cristo]*, Inter-Varsity Press, p. 181.
17. Albert Wolters, *La Creación Recuperada*. Poiema Publicaciones, 2013, p. 128.
18. *La Creación Recuperada*, ver arriba, p. 132.

CONTENIDO

Introducción

Parte 1: Bases bíblicas para una tierra nueva

- 1. ¿Para dónde va todo esto?
- 2. La renovación de todas las cosas
- 3. Entonces, ¿qué pasa con el cielo?
- 4. Un paseo por el jardín del Paraíso
- 5. Vayamos a lo físico

Parte 2: Perspectivas de la vida en la tierra nueva

- 6. Persona a persona
- 7. Es la vida, pero no como la conocemos
- 8. Tres relatos visionarios

Parte 3: Repercusiones contemporáneas

- 9. Conociendo el final desde el principio

Notas de texto